

JAIME O LA SÁTIRA MODERNA

Escrito entre el Domingo 2/6/2002 y el Lunes 07/10/2002

TOMÁS LÓPEZ ALONSO

Reg. Propiedad Intelectual 02 / 2016 / 2656

tla.libros@gmail.com

<https://sites.google.com/site/tlalibroses>

Comenzado el Domingo 2/6/2002

Como en muchos lugares de tantos libros, los críticos ven más allá de lo lógico y natural; ven más allá de lo que es tan claro y que está simplemente delante de sus propias narices.

Vuelve Jaime a aleccionarnos con sus demandas, con sus prerrogativas y ruegos, con sus lloros de cocodrilo incluso. Vuelve el bicho éste a mordisquear nuestra alma cansina, angosta y fúnebre, porque nuestro espíritu está más que muerto, es algo que solo se revuelve para encontrar la simple y llana seguridad que imposibilita nuestra mejor arma, la victoria. La victoria no es ganar un partido de fútbol o establecer una nueva plusmarca cocainómaca (no maníaca). La victoria es poder dar apoyo a un semejante nuestro de dos patas (piernas) por simple y pura filantropía. Ustedes verán si les place perder un poco de su ya perturbado y aburrido, de por sí tiempo, y si no tienen más que hacer, piérdanlo leyendo un poco más lo que el viento, de seguro, se llevará. Pero tantas cosas se lleva el viento o la arena arrastrada por él, ¿qué por qué no arriesgarse? Quizá hasta vuelve a sonar la flauta por casualidad.

Jaime había pasado unos últimos meses rebosantes, porque de nuevo había dado otro giro de tuerca a su vida: arriesgó y revolucionó en algo su espíritu y su palabra, para que el mundo arbitrario y pobre que le rodeaba quedara lo suficientemente impresionado. De todas maneras, conforme iba reflexionando, conforme los días pasaban con sus normales cambios meteorológicos, se daba cuenta de que todo este, su cambio, no arriesgaba ni era tan genial como se creía. No, cualquiera en otro tiempo y con unas circunstancias mucho más llanas, había arriesgado mucho más. Lo que para él parecía victoria, para otros hubiera sido una simple exposición de los hechos real y voluntaria. No había que darle tanta importancia a lo que hizo, no porque hubiera cantado las cuarenta a aquellos payasos con los que compartía el consejo editorial. Antonio no dejaba de ser un idealista hipócrita, pues le era tan fácil divagar cuando bebía y comía en exceso, como fácil volver al redil con los mansos. Él era el dueño. Pero él mismo, ¿qué había arriesgado? Si el resultado había sido incluso una catarsis mucho mayor. Los lectores continuaban bajando el morro y tampoco se veía en los medios de comunicación una respuesta violenta y enérgica. Se acostumbraban a decir lo mismo que desde 1977: que todo era posible y

válido en esta democracia, mientras no tocáramos los bolsillos de los de siempre y de los listillos que se habían montado al carro. ¡No!, Jaime estaba esta vez más que mosqueado, harto y asqueado de sí mismo, de hacerse el convaleciente una vez más con esta sociedad. ¿Por qué no arriesgar ahora que ya tenía dinero? ¿Por qué no jugar la carta definitiva? Si los millones, que ya tenía en el banco, no se los iban a robar. Algo se había ganado en estos tiempos; a uno no le iban a desterrar al Ponto o a Egipto, incautándole todas sus propiedades y pertenencias. En estos tiempos, simplemente le tomarían por loco y no por enemigo. Y si todo se iba al carajo, pues al carajo todos. Por un lado, era peor y mejor. ¡Era el momento de arriesgar! Iba a iniciar un viaje por el espacio y por los diferentes contextos de nuestra sociedad, para dar un ligero repaso a multitud de eventos y consideraciones que se tenían por verdades supremas. De todas maneras, existía el riesgo de estar uno equivocado, pero ¿es qué no podía jugar, él mismo a crítico, cuando tantas veces tenía que soportar los ungüentos de muchos que como tales se tenían?

La mañana era clara. Pero un día que se prepara serio, soleado y agradable, en Jaime (y en muchas otras personas) puede ser proclive a la duda y a la desesperación. Mas, eso no va a ocurrir hoy, se decía entre dientes y no solo con el pensamiento. Su piso, ya sabemos que es grande, hermoso y por todas partes bien ambientado e iluminado -como corresponde a su *standing* socio-cultural-, le incentivaba en el buen camino, y hoy, más que nunca, parece que le decía con una extraña voz -¡pues que un piso tenga voz!- que las cosas tomaban ese definitivo giro y dirección en que apenas le iban a trastornar ya su moral, como sí lo hicieron en el pasado.

Se vestía ligeramente, pero sin dudas. Era comedido, pero sutil en la combinación. Se podría decir que tenía una portentosa intuición para no perder tiempo en una de las cosas más habituales y que complicamos hoy en día como nadie. El vestir es después del comer una necesidad básica que nos sirve para protegernos del frío, del ambiente y de las miradas libidinosas que pueden ser hasta indiscretas. Desde Adán y Eva ya comenzamos a tener vergüenza de nosotros mismos.

Su plan ya estaba perfectamente perfilado y aceptado. Pero en Jaime, los planes perfectamente perfilados y aceptados lo son como el breve espacio de tiempo transcurrido desde el relámpago hasta el trueno. El símil es válido, porque indica la victoria de la intuición sobre la deducción. La iniciativa no necesita de planes muy desarrollados, puesto que será por el

transcurso de la vida por el que se irá perfilando el argumento. Pero cuantos proyectos se han venido abajo por su mal planteamiento. Sería un viaje más o menos largo en el espacio, más o menos en el tiempo, por lugares indefinidos, pero que contemplaran todos los posibles rangos sociales, y cuyo método de observación sería la sátira, al sacar de forma natural una serie de opiniones libres y espontáneas sobre lo que siempre le había corroído de los hombres y mujeres. Y sería tan ligero y afable su humor, que hasta de la propia naturaleza haría tabla rasa, ¡porque menuda ella también y no la de esos bucólicos y ridículos documentales!

- Ernesto, bellaco -sonaba de nuevo uno de los apelativos que no insultaban al mayordomo, sino que mejor lo definían-. Estaré varios meses fuera, te iré llamando y ordenando lo preciso. Ni que decir tiene que confío en ti como tú en mí, porque ¡qué mejor y larguísimas vacaciones sabáticas, para ti, sin mi presencia y con mi dinero!

- No habrá diversión al no haber trato con usted.

- Eso es verdad, pies negros, ¿quién te dirá cualquier perogrullada con la gracia y la originalidad mías?

- No me gusta hablar conmigo mismo.

- Presuntuoso.

El nuevo tiempo acaecido entre ellos, volvía a ser usual como a la antigua, pero el cambio había dejado también su impronta, porque el juego, a pesar de ser en apariencia como antes, había adquirido, por fin, la verdadera sustantivación de la palabra juego, ya que no había debajo de los insultos y de las comparaciones ninguna mala intención o segunda ídem. Las cosas entre ellos ya estaban del todo claras y el mero ejercicio de esas estupideces se debía al mero placer que las mismas provocaban.

- Advierto que después de su nuevo trajín experimental escribiré un nuevo libelo.

- Por ello me llevo mis cuadernos y lápices, mi ordenador portátil y móvil. Esto es lo bueno que tienen los tiempos de la modernidad. Los aparatejos informáticos y de comunicación punta, nos permiten disponer fácilmente de la información necesaria para nuestros quehaceres *lujuriosos* -dicho con tono.

- Escribiré en este viaje -continuó- como si fuera un Heródoto o un Camilo modernos, que con mi propia personalidad, y la aprendida de todos los maravillosos predecesores de la cultura, crear algo en sí, también en ciertas dosis, novedoso, pero basado en firme clásico de cómo debieran ser siempre las obras maestras.

- ¡Hala!

- Sí, hala, me he pasado, pero no debiéramos alejarnos tanto de las verdades intangibles que deben servir para todas las épocas y culturas, y que meramente debíamos adaptar a la nueva estética o instrumentación de los tiempos. Ernesto, que los hombres siguen siendo igual de cabrones o golfos, o incluso más, que los antiguos. Bueno, algunas cosillas han mejorado... pero como otras, asimismo, han empeorado. Que solo suelen cambiar las formas, como yo las cambiaré a la hora de escribir con estos nuevos y bellos instrumentos de la tecnología de nuestra época. Quizá emplearé un barniz nuevo, daré las pinceladas con otra soltura, pero la sátira continuará siendo sátira.

- ¡Ah!, ahora le ha dado por satirizar... A los demás.

- ¡Burro!, te olvidas de que tú formas parte de los demás... ¡Cómo yo también! ja, ja -y riéndose con fuerza se acercó a Ernesto y le abrazó con verdadera alegría. Éste se sintió reconfortado y vio que el cambio continuaba siendo sincero en su amo. Si dudaba todavía, era porque no había pasado el tiempo suficiente para acostumbrarse. Hemos de tener en cuenta que la naturaleza humana es torpe a la hora de adaptarse a las nuevas situaciones.

¡Qué mejor que un lunes para empezar la nueva obra! -se decía Jaime a la hora de acostarse la víspera del comienzo del viaje. Jaime era una persona muy ordenada y sistemática cuando había adoptado una decisión. Ya era imposible pararle, y sin haber visto todos los resultados prácticos -que por otra parte, los más mezquinos ninguno le interesaban-, la decisión era ya un hecho. Es muy triste poner a la misma altura de los resultados prácticos, éstos más mezquinos, pero es de los únicos que parecen entender cierta mayoría hoy. Sí, lunes, el comienzo del trabajo, la semana arranca con el esfuerzo para que la compensación dominical firme la bella obra humana. Que sí, que había que tener esperanza y que esta obra también gustaría a mucha gente, a la suficiente para que el libro pudiese alcanzar la imprenta.

De todas formas, su viaje iba a ser muy peculiar. La prueba es que estas hojas que nos han llegado a nuestro poder, proceden de un desordenado entusiasmo por parte de alguien, pero por casualidad desconocido. ¿Fue algún tataratataranieto de aquel famoso gato Murr, el que con sus patitas también metió la zarpa? El símil puede hasta ser malo, pero la duda da pie a cualquier posible estúpido bulo. De lo que es seguro, es que Murr era un

gato bien listo e irónico, digno de estar a los pies de Hera en el Olimpo, para que le lamiera sus piececitos y hasta su mal genio.

No va a ser un viaje lineal, porque tampoco lo va a ser en el espacio ni en el tiempo. Hum... El resultado del argumento nos hace sospechar del propio Jaime. ¿No habrá sido él el compilador y hasta su estructurador? ¿No habrá querido meter, en una misma obra, todo lo que su olfato quería criticar, ya fuese de sus innumerables viajes en el pasado o en el merodeo suyo, y habitual, en fiestas y cenas a las que era invitado? Incorpora además, lo que sus ojos, antes, le delataban, ya fuera a la hora de comprar un regalo, de tomar un simple café o de hablar con la portera. Sospechoso es el asunto y a mí me tocó “*corregirlo*”. ¡Qué estupidez! Corregir a Jaime. Simplemente asentí, como es obvio. A Pérez sí que me hubiera gustado corregirle, pero nosotros solo podemos hacerlo con la ortografía y el estilo.

Y cogió el portante y para adelante como los de Alicante. La rima de la vida, no obstante, es mucho más bella y menos tópica. Juegos de palabras bonitos podrán acercar un corazón a su naturaleza real, pero no le es tan fácil, a todos, decir frasecillas hechas, tan al uso, que quizá sea porque estamos ya la mayoría aburridos y mucho más ¡de nosotros mismos!

Y comenzamos con una primera píldora, y es que la portera de la casa de un antiguo amigo suyo, y que jamás ha alcanzado la fama el amigo (solamente un buen sueldo en una oficina del gobierno, para permitirse ciertos buenos gastos como viajes y libros, como niños y una gran mujer), barría el vestíbulo del edificio con unos guantes blancos de algodón. Se quedó Jaime estupefacto. Quería despedirse de Enrique antes de marcharse, para cerrar una antigua deuda: hacía casi un año que no le daba señales de vida. Y mira por donde, la lúcida casualidad humana le ponía antes de partir, antes de pisar siquiera la plataforma del Talgo, un primer objetivo entre ceja y ceja.

- ¿Pero qué hace esa portera barriendo con guantes de algodón? He visto de todo, pero esto ya me suma demasiado.

- Es que la deseada alcurnia la lleva muy alta. ¡Ya era hora de que vinieras!

- Y tanto... -y siguió un buen montón de explicaciones y de saludos y atenciones. Llevó a todos de todo, a los niños juguetitos bien escogidos, a su mujer unas buenas prendas (le ayudó Andrea) y a Enrique unas obras completas de un autor clásico (=modelo) del que ya hacía tiempo Enrique deseaba todo y con orden. Y ese escaso rato (dos horas) fueron intensas y verdaderamente profundas, como nunca. Pero dejémosles ya con sus cosas. Ahora nos interesa este primer comienzo.

Al bajar, vio de nuevo a la portera con sus guantes blancos. Era ella estirada, de mirada altiva -como debía corresponder a su estatus-, pero le notó un no sé qué, como que sí asumía que era portera, ¡pero de reyes y señores! Por las pocas referencias que tenía de los vecinos (solo existían las placas, en la entrada de la calle, de 1 abogado -oficio del que siempre hay que desconfiar de primeras- y de 1 dermatólogo -¿?-, no había mayor profesionalismo en el edificio. Y que supiera, solo Enrique parecía tener algo más de alcurnia, alcanzada por su sapientísima moralidad. Pero la portera aquella, creeríase que estaba en una casa monárquica, quizá por el imbécil y gordo jovenzuelo, que hasta casi le llegó a pisar los callos a Jaime, cuando bajaba las escaleras como un rinoceronte blanco, de piel tan blanca, sonrosada y grasienta, como deberíamos imaginarnos solo al rinoceronte, y que ante semejante susto y atropello, no pudo imaginar Jaime nada mejor para la portera, que la de estar trabajando ya en el zoo, o cuando más, la propondría, incluso, para figuranta en una perrera (pobres perros abandonados). Tendríamos que ser más finos y decir de una pajarera. Era una buena pájara también, vuelta a encontrársela al salir, porque fulana no era, pero decente tampoco. Hacía el trabajo de “*manera limpia*”, le diría en la próxima visita a Enrique. Pero la portera le devolvió el saludo en baja voz y seca ¡y sin mirarle! Ella solo miraba, se supone, la escoba y lo que supuestamente barría, que por cierto, de tanto barrer siempre lo mismo y “*únicamente eso, porque el resto de la escalera la tiene como los demonios y ya los vecinos estamos hartos*”, pues que debería hacer un cambio y pulir el oro con sus blancos guantes, sino californiano -porque ya no hay suficiente para que sea rentable- sí el de alguna joyería de la parte alta de la ciudad. Esas son claras formas de un espíritu que aspira a lo que no puede y que si pudiera ¡pobre de nosotros! Pero qué ridícula quedaba esa portera con esos guantes blancos y tan bien vestida, ¡porque no iba a ponerse un uniforme! -gran incongruencia con sus guantes, por otra parte-. Los accesorios que anuncian los grandes almacenes son los que detallizan a una persona y ésta usaba esos guantes como elemento, sino disuasorio, sí referente a su alcurnia, que de tan indefinida, le haría continuar donde debía. Cuando un espíritu mediocre quiere subir a esos altares, a esas nubes (si no es religioso), a esos Olimpos que desconoce y que solo, de forma desordenada e inculta, parece saber, aparece a los ojos de cualquier mente mediana como un espantapájaros. Y que quede claro, que no era alérgica a nada. Está comprobado. Hete aquí su primera sátira. En cualquier lugar y momento puede surgir la gutural voz del significado de las palabras.

En el Talgo Barcelona-Madrid no ocupan los puestos ciertos seres largos y cortos. Viaja mayormente gente diversa: los jubilados también existen en el Euromed Barcelona-Alicante, pero como el primero hace de mayor puente aéreo, la existencia de ejecutivos, técnicos, y mayormente mandados, de unas empresas a otras, no diversifican nada el ánimo. Jaime prefería ver el paisaje. Los móviles, ahora, hasta cualquier gato gusta de usarlos. Lo extraño es que se tenga que utilizar hasta para descolgar a mamá “*que ya vamos por Zaragoza*”, cuando su madre debía saber, que si llama dos horas después de Lérida, lo más lógico es que se esté en Zaragoza y no en el hospital o en una vía solitaria al sol de los Monegros, esperando rescate por avería. Pero la madre pugna por tener ese continuo contacto. En el Euromed, recuerda todavía aquel pesado de detrás suyo, y al cual no le dijo nada por puro miedo, ¡porque todos, todos! estaban con su móvil, con el Eleuterio que no hizo bien el encargo; con la imbécil de Lulu, la secretaria predilecta por sus tetas; por el que no te oigo bien ¡que vuelvas a intentarlo en cinco minutos! Pero como aquel pesado, nadie.

- Me pones en contacto con Manel Isbert y me lo pasas -llamaba para que le llamaran.

Al poco

- Me pones en contacto con Ruiz Caballero y me lo pasas.

- ... Me vuelves a poner con Manel Isbert, porque de la última llamada con Ruiz Caballero ha salido algo nuevo.

- ... Me vuelves a poner con Ruiz Caballero para comunicarle mil disculpas porque a quien quería llamar era a Isabel Pit.

- ... Y de nuevo con Manel, porque la señora Pitillo, digo Pit, comenta que la clave final de todo la tengo yo mismo.

Así uno va imaginando al menos, con el run run del veloz tren, una historia cuyo fondo nos importa un pimiento, pero que en manos de Jaime se convierte en argumento. Le entraban ganas continuas de coger el móvil y decirle al Manel Isbert, que la culpa de todo la tiene él mismo por tener a semejante muermo como proveedor. Pero suelen llevarse peor las llamadas personales, que las puramente de empresa, y más si intervienen características íntimas, que en el diccionario cotidiano de la gente han perdido tal denominación.

- Que sí cariño, que llego e iremos, que haremos y que va y vendrá y que sí, que uno se obsesiona porque es imposible no hacerlo con semejante vocerío. Y ataca el lateral derecho. Y tus bragas me gustaron. Y por delante y por detrás grillos mecánicos, con multitud de sintonías monocordes no

obstante (ya las sacarán con estereo y soundsorround), desestabilizan los pensamientos.

En el Euromed, de vez en cuando, surge algún viejo o vieja sordos que *estentorean* el ambiente. En el Talgo son más abundantes, porque cada tren se dedica, en líneas más o menos generales, a diversos tipos de gente. No obstante, después de Tarragona, de Salou y Cambrils, el paisaje va perdiendo fuerza constructiva y aparecen, más a menudo, montañas y campos libres. Pero todo es perecedero en esta vida y pronto por Castellón volverá la urbanización y la *riqueza* a imponerse. De todas maneras, Jaime siempre veías islas. Así en el Garraf -y esto era mucho antes de Tarragona-, entre los túneles existían hasta calas de imposible acceso por tierra, por lo que estaban liberadas del azote humano. Habían hasta pequeñas lagunas naturales, mucho más adelante, eso sí, entre las amenazadoras urbanizaciones. O esos campos baldíos, en teoría de nadie, que indicaban que el hombre pondría sus pies pronto en ellos, pero que quizá durante este año aún no. Llovía suavemente y parecía apoyar la lluvia esa inútil lucha por hacer olvidar a los hombres semejantes lugares. Serían los de peor acceso, las carreteras no llegarían aún, los centros urbanos estarían mucho más lejos. Cualquier excusa había que buscar para que la rapiña no convierta toda la naturaleza en la nueva ciudad lineal, monstruo de nuestro tiempo.

- Semejantes imbéciles -se decía Jaime en esos viajes a Valencia. No hay solución.

Hacia el interior de España, por la línea que conduce hasta Madrid, pero mucho antes, el campo pulula más libre. Hay menos desarrollo, pero se agradecen ahora estas grandes islas de campo libre. No hay costa, no hay playa, solo intenso frío: ¡qué guardianes más valientes! Llega algún momento en nuestras vidas que nos radicalizamos porque el ambiente que nos rodea es horroroso; muchos de las agencias inmobiliarias me decían de pequeño -y no sé por qué; ¿me hago el loco?-, que todavía no había alcanzado la suficiente madurez. Ahora Jaime era muy maduro y a las cosas que nos aturden se enfrentaba con la ironía. Ese es el verdadero triunfo de la vida, no desmañarse ni irritarse demasiado fácilmente por las fuerzas que son tan superiores a nosotros. Los reformadores que lleguen después, de seguro que harán lo mismo, porque en este siglo pasado ya ha habido suficientes ejemplos prácticos para aseverar esta hipótesis en formato de supuesta ley de costas. ¿Queda costa por no urbanizar?

Entre Épila y Alhama de Aragón vuelve a ver los pueblos belenes encaramados entre las colinas por donde serpentea el Jalón. El tren es un río más, que busca su lugar entre los desfiladeros por medio de túneles y puentes. El viajero juega a divertirse en ese paisaje en el que el hombre se ha acondicionado a la naturaleza y no al revés. Las huertas cada vez están más yermas, los jóvenes no se quedan en tierra tan pobre, porque hoy las oportunidades son otras y todos tienen derecho a gozarlas. ¿Una nueva repoblación? Ya no sería natural, porque nadie quiere vivir el campo. ¿O cambiarán mucho las cosas y las concepciones sobre la vida? ¿Por qué no? No cambies a Aragón, porque quizá sea ya su hora y tenga que morir. “*Yo, el historiador, la recordaré*”. Pero Jaime era un historiador diferente, porque solo le interesaban esas formas antiguas de la gente por sobrevivir día tras día, cuando el agua no salía del grifo y cuando la nieve aislaba los ánimos. Nadie envidiaba aquella vida y más cuando llegaron los adelantos y muchas abuelas aún pudieron contemplar los beneficios de la ciencia. “*Si hubiéramos tenido televisión, lavadora, calefacción.*” ¿Pero sabremos sobrevivir nosotros en el futuro cuando la escasez venga de nuevo? ¿Y por qué ha de venir? Que sea lo que sea, ¡mierda! Y esta palabra la dijo en voz alta para miradas extrañas de los viajeros y para el importe de los propios pimientos de Jaime.

Las virtudes de su sobrino como escritor quedaron demostradas en cierta forma en una revista de publicación bimensual, que editaba la orden religiosa para la que trabajaba. Le hicieron redactor del centro donde estaba junto con un hermano joven. La orden la formaban muchos centros en toda España, dedicados al ámbito hospitalario y de asistencia, pero que tenían como denominador común el que estaban orientados, en última instancia, a los sectores más desfavorecidos o a las enfermedades marginales (mal vistas) como las enfermedades mentales (antes locura) o el sida.

El artículo de su sobrino no le sorprendió, porque ya conocía a fondo al marido de su sobrina. Era de esperar. Y lo que más le gustaba de ese chico era esa frescura, fruto de su sinceridad... o de su ingenuidad contumaz. Jaime ya se lo decía alguna vez: a veces no te das cuenta de tu simpleza, y eso, en este rebaño de lobos, es morir. “*Déjale ya, tío; pues mejor ser así y no un bicho*” -le contestaba Andrea. “*Los bichos son muy fáciles de comer*” -era el tío, ¡claro! “*¡Oh!*” -y se quedaba callada, harta ya, como su marido también, pero éste no harto, sino callado, pero sonriendo feliz. Tino decía las cosas como él las sentía. Hasta se le cogía en algún fuera de

juego, porque más de una vez, como se dice, de tan bueno, tan inocente. Leyó el artículo y lo incluyó en líneas, más o menos generales, pues el tamiz de Jaime insistía siempre en el estilo, en su nuevo libro de sátiras. La novedad de la obra de Jaime podía incorporar las opiniones ajenas que coincidían con el tema de su nuevo trabajo, y rehaciendo el estilo a su manera, podía obtener el beneplácito propio para que ese algo ajeno tuviera sentido en su creación. También incluyó la presentación que su sobrino dedicó al redactor jefe de la revista, “*porque debía excusarme -justificarme- para hacer publicable lo difícilmente, en apariencia, impublicable, y es que le fui notando, a lo largo de mi experiencia con mi sobrino, ese algo de muchos jóvenes que empiezan con ideas renovadas, pero cuyo yo aún está todavía tierno como para dejar paso a cierta envidia intangible*”:

25-27/03/2002

Al Hermano Enrique:

Con más aliento que otra cosa, te expongo una idea mía para ser publicada, si corresponde, en la nueva imagen de la revista *Información y Noticias*. Pretendo que bajo un mismo título se edite un artículo por revista –a modo de colección-, la ligazón vital de los cuales será la de nuestras experiencias naturales en el albergue, lo cual es mucho. Bajando al lenguaje llano y realmente conciso, y que a mí más me caracteriza, quiero definir como experiencias naturales la simple vida que todos llevamos en esta santa casa, aplicado este concepto de santa en todos los sentidos de carga, desesperanza y esperanza.

Estoy abierto, Enrique, a todo, por la sencilla razón de que hay que estarlo. Cualquier censura, corrección, consejo, reforma u otra acción que merezca mejorar mis escritos en las cuestiones de intención, temática y del propio estilo gramatical no debe callarse. Es obligación comunicarla inmediatamente para que los artículos adquieran la calidad mínima y precisa para poderse editar en *Información y Noticias*, lo que también quiere decir que los artículos puedan merecer no editarse.

A partir de aquí, te presento el posible material publicable. Primero la presentación, que explicaría la intención del proyecto, seguida del primer artículo.

APUNTES DEL SUBSUELO

Con este título pretendemos componer una serie de artículos que describan las experiencias de nuestro trabajo diario en el albergue. El título proviene de una pequeña obra de Dostoievski, un autor que sí que escribió a partir de sus experiencias límites no buscadas. Desde fuera le llegaron inesperadamente esas fuerzas naturales y humanas que parecen probarnos, fundamento muy diferente al de muchos escritores contemporáneos que parten de la posición contraria, cuando escriben forzosamente a partir de las experiencias que ellos mismos se planifican. Nosotros no viajaremos a países exóticos ni viviremos extrañas relaciones pasionales. Aquí, en vivo y en directo, desde nuestro pobre y rico punto de vista, describiremos, de la mejor manera posible, lo que nos pasa a todos (usuarios, hermanos, profesionales, voluntarios y “diferente personal anexo”) en nuestro quehacer diario en el albergue.

APUNTES DEL SUBSUELO (1)

“Las Mentiras de los Albergados”

En éstas estábamos en la trinchera del frente, no muy lejos de la sobrepasada línea Maginot, y sin ser la 1ª Guerra Mundial nuestra recepción, a veces parece trasladarnos a ciertos ambientes bélicos en los que uno no se espera por donde van a venir los tiros o las bofetadas. Incluso, también llegan en ocasiones, los largos relatos de nuestros usuarios y el cariño que parece florecer tras la cruenta embestida de cada día. Hoy los alemanes, perdón, un albergado (porque esto de llamar usuarios a nuestros albergados me suena a eufemismo, técnica muy empleada en los tiempos modernos para ocultar lo malo, lo que nos espanta y avergüenza y *lo que se debe* esconder, ¡vamos! hipocresía pura en una palabra) llega muy eufórico, fuera de horario (serían las once de la mañana) a plantearnos su historia. Sí, llega fuera de horario y esa es la norma desde la cual partimos siempre: y así no queremos oír más.

- Que quería ver a la Asistente social para enseñarle el contrato definitivo, porque ella me lo pidió. Si no, no podría continuar aquí, me dijo.
- ¿Y qué haces fuera del trabajo ahora?

- Es que es eso lo que te digo, he pedido una salida que me ha costado Dios y ayuda, me han mirado incluso mal, aunque ya les he dicho que recuperaré el tiempo perdido como sea. Si no traigo el contrato hoy, ya no duermo en el albergue.

El hombre era gordo y fornido, y su cara, entre angelical y despistada, denotaba cierto tono desequilibrado. Y es que claro, nuestros clientes son enfermos de cuerpo y alma, y no turistas, como creen muchos, cuando nos llaman pidiéndonos por la reserva de una habitación, y que por cierto, desde ahora proponemos a nuestro director este nuevo servicio de clientes, para que muchos que viven en otra dimensión contemplen, por breve tiempo, una nueva realidad.

Conforme el señor nos iba hablando, se iba excitando. Eso sí lo notamos, pero lo que no sabíamos es que era epiléptico, lo que demuestra la gran coordinación de nuestro servicio y la gran preocupación nuestra por saber más de los usuarios. El tiempo es corto y conciso y...

Uno de nosotros se temió que algo iba a ocurrir, y cuando se habla así en nuestro albergue, es que los acontecimientos pueden ser pintorescos, inescrutables y hasta fatales. El señor nos dijo que llamáramos a su asistente social, que le quería hablar y enseñarle el contrato para que todo quedase claro, que él no quería tener problemas, que él quería cumplir con todo y una serie de más largas argumentaciones, que justificaban muchas cosas que hasta nosotros no llegamos a entender del todo. Evidentemente iba creciendo dentro de él esa tensión, que durante gran parte de su vida, le habrá estado matando. Empleemos un eufemismo de nuevo, perdonen ustedes, le habrá estado afectando. Sólo lo sabe el que sufre, dice el refrán, pero la modernidad no debe entender de esas cosas, porque caeríamos en la catarsis universal del dolor, que a todos nos impediría actuar... Me parece que exageramos siempre los humanos y que de un extremo nos pasamos al otro rápidamente.

Por su parte, la asistente social argumentó que no eran horas de presentarse, que debía haberse apuntado a la hora prefijada por el protocolo. Bien, en honor a la verdad, la asistente dijo literalmente “*que se tenía que haber apuntado esta mañana, cuando las visitas*”. Volvimos con la respuesta, porque nosotros somos meros correveidiles, en el mejor sentido de la palabra. ¡Huelgan concurrencias y vivan las metáforas! Para que el escenario fuese completo, en el vestíbulo de la recepción estaba esperando, muy sentadita y muy maja, una chica que venía a hablar con la asistente social de nuestra unidad de curas paliativas de sida, el otro servicio del que disponemos en *Sant Joan de Déu Serveis Socials*. Venía a ver el recurso, como un ejercicio más de las prácticas que las estudiantes de

Trabajo social deben realizar en el último curso. Ella era muy mona y estaba muy bien compuesta y acicalada, como corresponde a la mayoría estudiantil de nuestro tiempo. Su lenguaje además era muy cuidado. No nos interesan ahora sus diferentes jergas en otros contextos.

Mientras tanto, nuestro cliente, al que llamaremos CLIX01, magullaba internamente frases inconexas que meramente oían nuestros oídos, pero que de seguro, tendrían un más que sobrado argumento. Su temperatura crecía y los pensamientos comenzaban a perturbarse entre ellos. Al decirle nosotros, que la asistente social le vería en otro momento, fue como si no escuchara, porque él continuaba obcecado que hoy sería el último día y que volvería a la calle, es decir, que volvería a ser poco más que un cero a la izquierda, perdiendo una nueva oportunidad para poder trabajar, ser útil así mismo y comenzar de nuevo la vida en una habitación alquilada. El proceso interno continuaba creciendo peligrosamente como la fisión descontrolada del uranio. Le dijimos, ante su balbuciente insistencia, que le plantearíamos de nuevo el asunto a la asistente social, que haríamos fotocopias del contrato y que seguiría en nuestro albergue sin ningún problema.

- ¿Pero cómo yo vuelvo a Badalona? Tenía solo 1 euro, que me lo he gastado para venir aquí, y si no llego a la hora, como me han dicho, de seguro que me echan.

Con lo que el contrato no serviría de nada –pero este humor negro no se lo dijimos en ningún momento. La historia parecía liarse a propósito, pero también le resolveríamos el asunto, y con otro euro, que muy amablemente nosotros le concederíamos, por lo que llegaría a tiempo a la obra. Era albañil. Pero su sistema energético interno parecía obedecer a las simples razones científicas que provocan los ataques de epilepsia y no a las razones propias del sentido común.

De vuelta al despacho de la asistente. Nuestro cometido es ir reconociendo, paso a paso, todos los recovecos del pasillo que conduce desde la recepción a los despachos de las asistentes sociales y del director. Hoy nos hemos dado cuenta que hay un fluorescente a punto de descolgarse. Le diremos al Hermano de mantenimiento que lo sujete mejor. Para algo han de servir los paseos. De vuelta, ya fue la propia asistente la que se presentó en persona a hablar con él. Bien, por fin todo estaba encarrilado y nosotros nos marchamos a hacer otros quehaceres. Pero la vida es cruel, es una prueba continua o hasta una broma de mal gusto si uno tiene el alma de un simple humorista. Oímos de repente unos golpes fuertes, graves y profundos que retumbaban por toda la recepción, y que no

acertamos a adivinar el origen físico concreto que los producían, pero era de tontos no adivinar que dichos sonidos broncos estaban directamente relacionados con CLIX01. A la vez, los chillidos de la asistente social eran mucho más perturbadores para nuestra alma tranquila, y hasta se nos pasó por nuestra cabeza enfermiza que CLIX01 se había vuelto loco y que estaba pegando a nuestra querida asistente social. De todas maneras, nuestro auxilio, en cualquier caso, fue muy tranquilo y lento. Al habernos parecido que las cosas acabarían así, mal, nuestra disposición de ánimo no fue muy heroica, y era como si contáramos los pasos hasta llegar a ver el espectáculo, que por cierto, no consistió en una reacción violenta, ni mucho menos, sino en un mero ataque epiléptico. CLIX01 no paraba de subir y bajar las piernas, golpeando fuertemente el suelo; su cabeza se ladeaba de un lado a otro, y nos pusimos sobre ella para ver aquello de cómo la lengua se podía morder en estos casos. La asistente armaba incluso más escándalo que él, porque cuando vemos una reacción violenta del cuerpo y del espíritu no estamos nada preparados. Llamó inmediatamente a la enfermera de turno de nuestra unidad de curas paliativas de sida. Mientras, la chica mona nos había puesto sobre aviso de que era un ataque epiléptico. Dada su seguridad, resultaba explicable que continuase sentada durante todo el proceso epiléptico. Llamamos al 061 y ¡sorpresa!, no pusieron ningún impedimento para venir. A los diez minutos ya estaban aquí. Debe haber preferencias o tenían disponibilidad, en ese momento y lugar, para una ambulancia; o ambas cosas a la vez. No hay que ser tan mal pensados como yo. Mientras tanto, nuestra muy querida y preparada enfermera, nos comunicó, de primeras, que el ataque era fingido. Entonces la asistente social también nos advirtió que le hizo el mismo cuadro a otra compañera en su centro de asistencia. Ayudaba a estas argumentaciones, el hecho de que enseguida se levantó el gordo muchacho, es decir, que colaboró, por lo que fue muy fácil sentarlo en el banco de al lado, y con la lengua totalmente fuera de peligro. Su estado general se apaciguó muy pronto. Entre todos, le íbamos dando ánimos de que no pensara, que ni el trabajo ni el albergue los iba a perder. Que todo se encarrilaría.

- Pero tengo que ir a la hora y no tengo dinero para el metro.

- Se te dará el euro correspondiente –finalmente tuvimos que darle una tarjeta entera, que apuntamos convenientemente en la lista de deudores.

Siguió la gracia de las casualidades y resultó que el médico del equipo del 061 le conocía y consideró necesario, a pesar del leve ataque –que por cierto aún, no sabemos sobre la veracidad del mismo-, llevárselo para un reconocimiento al hospital.

- Será rápido, te daremos medicación, que la has dejado de tomar CLIX01, y con el justificante, y el viaje de metro pagado, llegarás a la obra a punto. Y todo irá bien.

Nos dejó muy tranquilos el doctor, porque para él no era importante la veracidad o no del ataque, sino que la persona que iba a tratar era realmente un enfermo epiléptico. Un compañero nuestro, que trabaja de conserje de noche, y cuya afición es no acabar nunca la carrera de medicina –y que aprovechamos el momento y lugar para darle ánimos: “¡Vamos LM, como el tabaco, que lo vas a dejar, digo, conseguir por fin”-, al comentarle el caso, nos dijo que el ataque se lo pudo provocar él mismo. Pudo comenzar de mil maneras, considerando su delicada situación, (recordemos que no estaba en la mejor de las situaciones: ¡dependía de un albergue para su modus vivendi!), y en un tris tras se deja a la cruel naturaleza el resto, y ahí sí que él no podría ya controlarse, tomando el ataque todo su sentido. Vaya, las cosas no son ni completamente negras ni completamente blancas. Que existen los grises de los que siempre hablamos, pero a los que apenas parece que queramos ver. Escuchar colores... muy poético, pero esto no es una mera cuestión de poesía, sino que una persona de carne y hueso está en juego.

Conclusión: nuestros clientes son muchos y variados, altos y bajos, gordos y flacos y mayormente infelices. Hasta el cara, el autónomo del servicio, más de una noche dormirá en la calle hasta que consiga engañar al próximo profesional. ¿Pero no es peor engaño, el que se hace así mismo, llevando esa insegura y nada envidiable vida? Nuestro CLIX01 pudo inventarse totalmente el ataque, pero ¿qué situación es la suya?, el de depender del albergue, sabiendo que le quedan pocos días para acabársele su oportunidad. Si nos consigue sacar dos o cinco días más de estancias no es que merezca la simple disculpa, pero sí se hace más entendible. Él, sin casa, sin domicilio fijo y con la enfermedad a costas y sin tratar muchas veces, porque esa vida de trasunto hace dejarse a uno hasta de la higiene, de la alimentación y ¡cómo no! del tratamiento de su enfermedad. Nosotros tenemos unas rígidas normas y horarios -necesarios para el mejor control de las 50 personas que duermen bajo el mismo techo-, que en muchas ocasiones no contemplan que ellos -las normas y horarios- no sirven por sí mismos, sino por la aplicación consecuente a cada caso, a cada cliente. Otra, esta de llamar a los usuarios, clientes. En recepción nos molesta a veces hasta que nos pregunten, las entrevistas nos parecen, en ocasiones, muy rápidas, faltan recursos, coordinación, tiempo, también nosotros somos humanos y nos abruman la cantidad de problemas directos y

adyacentes. Pero será mejor que capeemos el temporal como mejor podamos, porque sino empeoraremos más las cosas y nos pondremos todos de mal humor, y hasta la úlcera, que ya no estomacal sino mental, gangrenará nuestros cerebros. Este último retazo de terror es mío y es que las palabras siempre buenas y cerradas, de estos artículos, a mí me trinan. Perdóneseme mi carácter, porque ya no lo voy a repetir más veces, sino me convertiré en lo que no me gusta, ni teóricamente pretendo, un justificador. A partir de ahora continuaré siendo así. ¿Nos sabe mal que nos mientan? ¡Ay!, ese pobre orgullo nuestro del que todos participamos y yo el primero. Lo mejor es reírse de él, poco a poco y cada vez más, pero con cariño y junto a él, y llegaremos a conseguir un fluido irónico que nos permitirá sobrellevar, mucho mejor, las desgracias que cada día contemplamos desde el otro lado de la barrera. Es decir, que delante de él, nos reiremos asimismo, de nosotros mismos, los profesionales. Recordar aquella comparación que hemos establecido entre nuestra recepción y una trinchera de la 1ª Guerra Mundial. El truco puede estar en que nosotros, “los profesionales” –que se necesitan ¡claro!, tampoco vamos a caer en el absurdo relativismo, porque alguien tiene que coordinar, y a malas, aumentaríamos las desgracias sociales con más parados- salgamos de nuestra profunda zanja. La trinchera tiene también buenas vistas si asomamos un poco más la cabeza. Y tranquilos, que las balas hace ya tiempo que han callado. ¿Qué son entonces esas mentiras de los albergados? Las hay más gordas y menos gordas. Dependiendo de quién provengan, no se han de admitir demasiadas veces, pero hay tantas mentiras, que son más bien un arma defensiva, y más frente a este mundo cruel en el que malviven, qué mejor deberíamos llamarles súplicas.

Bien, nos despedimos, esperemos que hasta la próxima, y no seamos tan paternalistas, crueles, justificadores, excesivamente irónicos y superficiales, sino que cogiendo de todo un poco quizá consigamos cocinar un buen cocidito. ¡Hasta la próxima y no le deis tanto al coco! Dejar que sea también el corazón el que dirima la batalla de la 1ª Guerra Mundial, ¡perdón!, la de nuestra profesión diaria en este mundo de los albergues de transeúntes (¡toma ya! otro eufemismo). Por cierto, aún continúa muy bien sentadita la niña mona. También desde *Apuntes del subsuelo* hablaremos de todas estas almas, todavía algo inmaduras y de aquellas llenas de sus terribles complejos, porque todas y todos necesitan y necesitamos de ayuda y ánimo, no solamente nuestros albergados. Nosotros somos los primeros que deberemos dar ejemplo.

Tino Sánchez

Era gracioso su sobrino. Qué raro que no lo hubiesen echado a la calle. Es una buena obra la que hacen allí, que hasta a los locos, como mi sobrino, comprenden. Buena tunda para todos dió, incluso para él mismo, pero con la esperanza, con la puerta siempre abierta para que los que nos equivocamos podamos, sin apenas vergüenza, volvernos a autorizar, volver a aprender. No, si su sobrino le había enseñado asimismo mucho, a él, al gran Jaime. La vida enseña cuando la empequeñecemos demasiado. No por estar en el gran mundo uno es grande, porque aquél, de grande, solo tiene boca y colorido.

Y a Madrid llegó con ganas de pescar algo. Su amigo Manuel Sanchís, otro grande del mundo editorial, le había invitado a la feria del libro ¡y qué mejor oportunidad que meterse, a brazadas, en los bancos de madrillas! Allí irían políticos retirados que no han alcanzado todavía la edad de jubilación, pero que en el gran circo de la política habían perdido el tren desde su particular punto de vista. Generalmente estaban en el senado, el consejo de estado o en cualquier multinacional, en los tres sitios sin hacer nada, solo cobrándose los servicios prestados con anterioridad a ciertas élites. Y algunos, encima, querían brillar, como estrellas de la fama, con cualquier porquería, biografías incluidas. ¡Qué morro!, encima que estrujaban a los españolitos de a pie, se mofaban de las putadas que les habían hecho, escribiendo un libro. Es lógico que un directivo de una empresa energética lo comprase, pero de gilipollas, que a uno que le daban por ahí, encima lo regalase para el 23 de abril; igual lo regalaba con mala idea a algún antiguo enemigo suyo. Y lo primero que vio fue una antigua ministra, progre, burguesa y rica. Las tinturas no escondían las carnes ajadas, y cuando la saludó no tuvo mejor oportunidad que reírse en su interior de toda la falsedad que cubre nuestro exterior. Cada vez comprendía mejor el falso mundo en el que descansaba la nueva Atlántida.

- Como la antigua chica es lista, no ha elegido mejor tema que la liberación continua de la mujer.

- Eso se lleva y por eso mejor se vende, Jaime. Tampoco exageremos. La mujer necesita alcanzar su puesto en el Olimpo para hacer las mismas estupideces que vosotros.

- Dicen que en vuestro mundo las cosas serían mejor.

- Hay estudios ya claros sobre nuestra superior inteligencia emocional.

- Si no tuvieran también la insidia como bandera. Cualquier joven, por muy liberal y sana de inteligencia, no puede evitar su innata debilidad natural, y mirar, con odio y desprecio, a la rival que mejor cree que viste y pisa, que mejor prevarica o dirige el departamento correspondiente.

- ¡Ja!, si es que no cambiamos más que por fuera. Sí, muchas leyes nuevas están bien, pero las formas son mucho más fáciles de cambiar que el fondo. Y queda mucho aún para igualarnos a vosotros en todas las áreas, ¡eh!

- ¡Sí, sí! Yo te he reconocido siempre ese machismo, pero no vale la pena que hagamos ninguna revolución más, que intentemos postular una mejor utopía que la anterior. ¡No!, hace tiempo que ya no creo en nada de eso. Si el hombre y la mujer van a ser siempre igual: envidiosos, traidores, irascibles, libidinosos, acaparadores, orgullosos, etc., etc. ... Lo único que vale la pena es emplear, de vez en cuando, el látigo verbal, y en nuestro caso literario, para que no olviden totalmente, y para que el acicate del humor, de decir ¡es eso lo que hay! nos deje respirar y contemplar el mundo con la mejor mirada de nuestros ojos. ¡Mira, mira!, qué tetas aquellas.

- ¡Hombre! sé más fino y no cambies tan vertiginosamente de ritmo, que no te sigo. Es que vuestra libido animal no cambiará jamás.

- Y pensar que creíamos todos allá por los setenta, que éramos tan diferentes y superiores a los demás. De ahí viene nuestro error. La idea existía, pero el orgullo del hombre, y también de la naciente nueva mujer, lo volvió a corromper todo.

- ¡Olé! Escribe eso.

- Y tanto que lo voy a escribir, si he venido con ganas de verte y de acompañarte a ese circo; quiero coger ideas e imágenes, sobre todo imágenes.

- Pues aquí te presento, en el próxima stand, al enano de ocho brazos.

- Deberíamos cortarle alguno, porque tiene muchos por donde tocar.

Ya está con Manuel Sanchís, pero antes demos libertad a los lectores, en este caso a una fan:

- Señor Jaime, señor Jaime, fírmeme- la joven chica venía a pedirle un autógrafo, como es obvio.

- Bella muñeca, ¿dónde y para qué y a quién firmo?

La bella muñeca se quedó extrañadísima, asustada mejor dicho, pero de los grandes debe esperarse cualquier cosa. Tampoco merece la juventud, que comienza a ser orgullosa, libidinosa incluso, que se la trate como a un niño. Si quieren jugar a hombres y mujeres, si quieren ser ya maduros, el riesgo puede aparecer, de golpe, ante nuestros ojos, como un monstruo. Así

se aprende más, a estacazos, como la sierra de una estadística. Jaime no era malo, pero no podía ya fingir demasiado desde hacía meses. A las cosas las llamaba por su nombre, pero incorporando ese gracejo que evita que una mente superior se haga desagradable. ... Bueno, eso también se lo creía él mismo. Siempre vivimos con el hecho de que nuestras representaciones mentales son las correctas. ¡Qué se va a hacer!

- Tranquila, pequeña ninfa, ¡y jamás te fíes de nadie que así te llame! Aunque si lo que prefieres es el deporte de la escala, y no precisamente de montañas, tendrás que aportar en más de alguna ocasión especias. También puedes pasar un buen rato-. Y mientras la escudriñaba con los ojos, como un niño pillo, Manuel comenzaba a inquietarse. Pero no había por qué preocuparse, porque pronto Jaime recogió el trapo caído y haciéndole una dulce carentoña a la chica, le continuó diciendo-. ¿Aquí te va bien la firma?- Y firmó-. Pero no tienes por qué ser como el resto de chicas y chicos vulgares, o pretendientes de algo que no justifican, pero que detrás de sus bastidores resulta más que evidente-. Manuel volvió a preocuparse-. Puede que tus bellos ojos sean sinceros. Sí, me estás cayendo simpática, y lo único que quiero de ti es firmarte este libro, cosa que ya he hecho. Puede que tu interés sea totalmente sincero, ¡no!, es totalmente sincero-. Y regalándole de nuevo otra oportunidad, le volvió a acariciar suave y escuetamente, como para no resultar ni quiera una caricia. Ella se fue muy bien y debemos hacer notar cómo un gesto bien intencionado regala confianza.

Las casetas continuaban alineándose porque el negocio editorial había crecido y diversificado demasiado. Pero los humanos parece que solo somos eso, negocio. Estamos tan apegados a la vulgar tierra, que no nos damos cuenta que pronto volveremos a ella para no dejar señal alguna. Los impíos y cobardes ninguna; ciertos hombres puede que tengan reservado algún paraíso, que de tan consabido, pronto hemos apartado en esta sociedad de consumo. Se ha hecho gris y oscuro cuando las aguas y ninfas se disponían a nuestro alrededor para regalarnos historias y sonos, momentos y luces, que después hasta hubiesen formado parte de un entramado de burlas y risas. Los locos son los que arriesgan sin importarles el ridículo. Cualquier idea descabellada, para nuestra recta sociedad, lo es solo, hoy en día, por el efecto de compra, venta y lucimiento momentáneo que pueda transmitir. No vamos a exagerar y decir que cualquier lunático interprete su argumento, ¡pero se aburre tanto este narrador en esta época moderna, que no puede por menos que protestar! Las casetas son un abigarrado y aburrido cúmulo de gente mayor, desengañada, perdida ya toda su esperanza en esos sueños que tontamente imaginaron. Allí están

aquellos jóvenes progres, y pobres incluso, que hace años soñaban con algo diferente. Se les ha caído el pelo a todos ellos, las mujeres están envejecidas tempranamente y las cuencas de sus ojos rezuman frases hechas y aburridos soliloquios. Todos mudan ropas de rastro cuando en algunos pocos hasta se acumula polvo en sus ya cuantiosos ahorros. Las ideas son contradictorias con sus propios actos. Todo lo que ocurre puede que no se deba más que al desengaño por los acontecimientos históricos que por las verdaderas actitudes que hemos adoptado, todos nosotros, cuando la vida nos ha pegado fuerte con sus zarpazos. Qué fácil es soñar, pero que difícil cuando comenzamos a sufrir de verdad.

- Bienvenidos al paraíso los que se muestran gozosos y esbeltos de cara, a pesar de sus debilidades y deficiencias, porque de ellos será el reino.

- ¡Toma ya!, Jaime.

- Pero no ves todas esas caras fingiendo sus mundos mezquinos, queriendo ser grandes, superiores a todos los demás, porque solo se importan ellos mismos. ¿Qué arte estamos creando? El peor de todos, el de la adulación, el narcisista. Todos queremos sobresalir, pero de la manera más vulgar. Queremos que nos vean desde un pedestal bien alto, porque así contemplaremos mucho mejor las miserias de los de abajo. Nos aplaudirán y la culebra nos cosquilleará ¡hasta los huevos!, ¡ay! Debo ser más fino: que nos cosquilleará hasta las comisuras ¿de qué y de dónde?

- Tú sabrás -riendo.

- Pero no vemos, tontos artistas contemporáneos, que la estatua elevada debe tener, del tronco hacia arriba, proporciones más grandes para que el equilibrio se torne realidad. Así que lo único que ven son las sombras de esos pies tan grandes y feos.

- De verdad Jaime, que fijándome un poco más, veo que esto que siempre me ha parecido el parnaso puede ser también, desde cierto punto de vista, un espectáculo bastante lamentable.

- Y lamentable nuestra actitud cuando no reaccionamos, sino que cuales Tigelinos de la literatura, nos revolvemos violentamente cuando se nos lleva la contraria. Mira que llegamos a tener mal genio.

- Pero el negocio ha de continuar también, Jaime, que estamos todos metidos aquí. Yo no les voy a insultar. En el fondo, ¿quién nos comprar, sino ellos? Ya sabes, la gallina y los huevos de oro.

- Sí, la gallina y los huevos de oro, Manuel-. Y asintió con la cabeza a esta demoledora afirmación y con el rostro bastante triste y vencido, ya mirando hacia el suelo.

Y le avino a su sombra otra joven, de veinte años, que rezumaba como la rosa ese aroma deseado por todos. Ella, toda gozosa en el devenir que él esperaba, crédula de la magia del arte y esperando gozar de viajes y experiencias, porque el mundo es eso solamente, un parnaso adelantado. La joven en cuestión reconoció a Jaime, y no obtuvo mejor respuesta al libro recién comprado, que si no era de su autor preferido, “*pues no era de Jaime*”, sí de uno de sus más, y que le haría gracia que su firma sellase la primera hoja de ese cumulo artístico, “*sino artesano*” en palabras de Jaime. Jaime no la azuzó por su comportamiento pseudo-hipócrita, que de seguro la formuló la inocencia y su ímpetu juvenil, más que otra cosa. Ese miedo, esa inexperiencia que nos fuerza a hacer y decir lo contrario que queremos, de seguro que la traicionó y Jaime lo sabía, pero quería espolearla por un motivo personal, que hasta llegó a irritar a Manuel. Aunque Manuel, eso es muy cierto, no dijo nada delante de ella.

- Bella ninfa del parnaso, ¿qué buscas de mí?

Ella se quedó extrañada, pero un famoso del arte era lógico que saliese por donde todos menos lo esperábamos. “*Por eso eran famosos, porque son diferentes a todos nosotros.*”

- Pretenderás que firme ese libro, que no es mío -como ya se ha contado.
- Pero el preferido es usted -esto también se ha contado.
- No me vengas con esas, bella flor.

A Manuel le palidecía la cara por momentos, porque no sabía cómo iba a terminar todo aquello Jaime. Había oído hablar de los últimos acontecimientos en su vida y eso le asustaba. Esa chiquilla no era nadie, pero estaban en medio de la feria y aquello podía acabar como una del otro tipo.

- Chica, quítate las vestiduras, desátate de todos los convencionalismos, pues aunque no lo creas, el mundo de los artistas es el que más los tiene. ¿No crean todos arte, cuando lo único que les interesa de este mundo son las prebendas conseguidas por ello?

- ¡Claro Jaime! -dijo Manuel y riendo forzadamente-, ¿a quién le amarga un dulce? Es el justo premio al esfuerzo. Tú eres un ejemplo vivo, delante de esta joven.

- Pero la realidad, maja, es que lo que nos gusta del mundo artístico es el dinero, la fama, la adulación vuestra, vuestra humillación, mejor dicho,

porque al fin y al cabo no dejáis de ser una especie de esclavos. Y los amos, sin los esclavos, no existirían, pero tampoco los esclavos sin los amos. ¡Ja, ja, ja!

La chica se quedaba perpleja por momentos y Manuel ya no sabía cómo evitar esa hecatombe. Sufría por ella, porque de golpe le estaban intentando quitar, a una futura gran mujer, todas las ilusiones sobre las que se fundamentaría su más apreciado ocio o sobre las cosas que le daban mayor sentido a su vida, tan sencilla y prosaica.

- Joven, te firmo con gracia y ganas este libro de un conocido mío, más falso que el que te habla ahora. ¡Mira!, le voy a hacer una broma con mi firma. ¿Sabías que los únicos escritores que aprecio, son aquellos que han alcanzado la fama después de sufrir, sobre sus carnes y sobre su cabeza, todos los horrores de la vida? Y tantos que han muerto sin fama, para tenerla después, para único beneficio de sus editores y hasta de sus más vagos herederos; pues éstos, éstos son los únicos que merecen que firmen sus propios libros, ¡pero todos están muertos! -aquello ya era una película de terror.

- ¡Ah! Jaime. Sí, se refiere, ¿su nombre? -dirigiéndose Manuel a la chica.

- Sí, sí, yo... yo me llamo Elisabeth.

- Que nombre culto y extranjerizante -era Jaime, ¡claro! ¿Por qué motivo te lo pusieron tus padres? ¿Alguna película?

Aquello iba a acabar mal, porque la chica se hundiría y se marcharía con el mayor desengaño que le habrían dado en su vida -aunque todavía era muy joven- y, que de seguro, le darían en su tan deseada, por Manuel -rezando incluso, y de golpe como nunca, la mitad pseudo-creyente del ateo del editor-, larga vida. Jaime, en ese punto no se había pronunciado, porque estaba por otros temas.

- Pues...

- Deja tu palabra en tu dulce boca, bella dulzaina.

Además, estaba alcanzando la conversación, mejor dicho, el monólogo, unos derroteros de mal gusto que ya no se sabía que leña echar más al fuego.

- Bien monalisa, te firmo, y te aconsejo -encima aconsejaba- que yacen bajo tierra todos aquellos que escribieron con sangre. De ella surgió el

verdadero arte, porque ¿qué arte sale de todos los escritores famosos de hoy en día, entre los que me incluyo?, puesto que solo buscamos aquello que antes te he dicho, fama y dinero. ¿Cómo del efecto, del premio, va a venir la causa, la obra y no al revés?

En este punto no se enteraría ni hasta Tales de Mileto. La chica sufría, porque no tenía ningún argumento que presentarle. ¡No!, realmente ella pensaba que Jaime era un genio, aunque no supiera por qué en esos momentos, pero la chica no se esperaba esto, más veía que eran palabras de genio. Estaba claro. Estaba confundida, nerviosa incluso, y más bien por no saber entresacar ni la mitad del trasfondo de las palabras de Jaime. ¡Claro!, era un sabio, un artista y ella no tenía todavía los mínimos conocimientos necesarios para llevarle un poco la corriente, con cierto sentido, y le daba mucha rabia esto, pero que mucha.

- Todos los mamelucos que formamos la falsa piara de escritores contemporáneos os mentimos con total desfachatez, porque únicamente os ofrecemos lo fácil de la vida, lo que todo pobre y vulgar humano desea alcanzar en ella, y aún escondiéndonos en la fachada de la reivindicación, aquí pasan los años y cada vez hay más injusticias y hambre en el mundo-. Manuel solo percibía unos efluvios extraños dentro de él y ya no intentaba, con sus pobrísimos eufemismos, destensar la situación. El vendaval se convirtió en huracán para llevárselo todo por delante.

» Niña, eres muy joven todavía-, hasta confundía Jaime la cuestión de parentescos y edades-. Sólo los que han tenido todo perdido pueden escribir algo digno, y solo me refiero a las pérdidas elevadas, a aquellas en que el espíritu es el mayor afectado, cuando tu posición en la sociedad es nula, cuando la muerte te ha sacudido con su sombra, cuando no te ha importado darte a tus semejantes de manera total y sin pedir nada a cambio. Cuando la cruda muerte se te ha llevado a tus mejores amantes y seres queridos. Ya está, Manuel, a esta chica le hemos dado en plena feria una clase magistral de literatura.

- Sí, sí... él es muy bromista ¿sabes?

- ¿Bromista? No seas estúpido.

La chica se despidió con la ayuda de Manuel, porque ella estaba allí clavada y no sabía qué hacer. El golpe había sido muy duro porque nada había entendido.

- Debes ser más explícito cuando filosofas, mucho más claro y sencillo, y sobre todo, Jaime, no me amargues a la gente. Dejarán de leerte finalmente. Solo deprimes.

- ¿Y no lo he sido? ¿Y cómo que deprimo?

- Me refiero al modo de presentar las cosas. Le podías haber dicho lo mismo de esta manera: *«cuida siempre tu espíritu artístico, lee, ve a museos, no dejes de ver cine, discute constructivamente con tus amigos, pero sobre, todo valora al hombre por encima de todas estas cosas, porque es él, en virtud, el fundamento de la mejor literatura.»*

- No me seas pelota, ¡hombre!... -pero cayó un momento-. Sí, tienes razón, he de mejorar las formas porque si no a todo el mundo asustaré, pero recuerda que no basta únicamente el discurso para que la humanidad comprenda y madure. Se ha de sufrir antes, sin buscar el sufrimiento, pero se aprende solo así, pasando y pasando.

- Pero ella era muy joven, le queda tiempo de sobra. De seguro que cualquier experiencia laboral o sentimental la sacará de Babia.

- Pero no puedo evitar hablar libremente, no puedo fingir. Y de esas experiencias la mayoría solo saca rencor y desconfianza por siempre. Nadie sublima. Nadie es Jesús, ¡claro!, que del dolor y del maltrato sacaba amor. ¡Jesús!, ¡Jesús!, otro loco, pero ¡qué gran loco! El cobarde, el cobarde soy yo y punto.

- ¡Deja, deja! También es verdad Jaime, y creo que hasta yo me he alarmado demasiado pronto, pero tenemos que tener más tacto con las personas que nos leen. La mayoría no tienen esa profundidad, al menos todavía.

- ¿Ves Manuel cómo no le debemos tener miedo a la vida?

- Sí, ella nos enseña hasta en una feria del libro, cuando le van a pedir a Jaime su firma.

- Esa joven puede meditar, no solo quedarse con el espanto.

- Este Jaime me va a dar más de un susto en este viaje. ¡Vamos, anda! Y le dio un suave empujón.

Se fueron paseando por el parque hasta que cogieron el consabido taxi que les llevaría a la consabida cena de artistas de la editorial. Temía que Jaime incumpliera, de nuevo, el papel de invitado y que desbaratara el ágape nocturno también, pero ya dicen que el anfitrión es más grande cuanto más hospitalario y liberal es con las costumbres de los mismos invitados. El problema es cuando uno de los invitados molesta el ánimo de aquellos y canta las cuarenta al resto y con histriónica cara, asimismo.

Crudo problema. De todas maneras, no iban a haber escenas violentas ni discusiones a puñetazos. Solo sus conocidos sermones y las sí deseadas frases sarcásticas, que pusieran las cosas en su sitio, porque era una gran verdad, para su propio disgusto, que la cena de artistas de hoy estaría llena de hipócritas y oportunistas.

Mientras paseaban, los verdes árboles parecían guiñarse, unos a otros, gracias al viento. El dulce danzar de las hojas y ramas respondía a que oberturas, intermedios y marchas de las mejores óperas estaban sonando mientras nadie del submundo, de ahí abajo, escuchaba. No importa cuando la naturaleza se entretiene a sí misma. Nos referimos al pacífico medio ambiente que no entiende de supervivencias a costa de la sangre ajena, porque también, para nuestra desgracia, aunque funcione según la regla del equilibrio, es totalmente cruel. Pero estos árboles, lejos de ser carnívoros, succionan, sin enterarnos, esos nutrientes químicos del suelo sin hacer sufrir a nadie. Los árboles se acarician entre ellos, sirven de sostén a los pájaros, que ahora rechazamos porque comen insectos -y no quiero subir más por la pirámide alimentaria, y tampoco entrometerme con los insectos, muchos de ellos también carnívoros-, y solos en la naturaleza -los árboles, recuerden- parecen ofrecernos la posibilidad de la existencia de una vida sin dolor. No somos realistas si pensamos así. Quizá los mismos árboles del parque desaparezcan si rompemos el equilibrio aquí también. Quizá, pasando muchos años, también mueran al no permitir a los pájaros serles su sostén. Igualmente, los insectos deben ser muy poca cosa y alma, quizá por ello, no tengan, sino únicamente el maldito instinto. A pesar del dicho chino, muchos animales son un mero y mágico mecano de la naturaleza. Cojamos entonces la escena de una forma meramente sincrónica y sigamos viendo y escuchando, porque las verdes hojas se vuelven a mecer para que luces y sombras espolvoreen fragancias sobre nuestros dos hombres. De pronto, parecen volverse de papel y servir de base a pentagramas y frases bellas. La alucinación del poeta entra en juego, la alucinación que ¿por qué no puede ser imaginación, el deseo por algo mejor y perfecto? ¿Por qué no podemos soñar con el Paraíso, con el Parnaso, con la dimensión sexta o séptima ya? No, lo dice el científico x y lo reafirma el y en aquel periódico, tan amarillo osmótico, que lo único que queda, después de leerlo, es ir al burdel o a la orgía o tirarse por la ventana. Nos referimos a los que todavía creen en algo gratuito, en algo por sí. Pero los bellos idiotas, porque sí, son muy modistas (este concepto, por cierto, tampoco ya se usa. ¡Qué modernos y qué rápidos!), se engalanan y aparecen bellos, cual recamados, y no saben percatarse de que también los otros aceptan las compensaciones. Son unas compensaciones más bien etéreas, pues se traducen en risas, complacencia y bienestar interior, síntomas producidos por esas

complicadas reacciones químicas, que los humanoides estamos descubriendo y que acabaremos por explicar definitivamente. Convertidos todos nuestros sentimientos en material para la pipeta y el tubo de ensayo, llegaremos al punto de que mejor estaríamos dentro de cualquier lata de conservas para risión de algún antiguo histrión. Como nuestros hermanos, pero sí enemigos, no nos dejan ninguna opción para decir que somos hombres, que alguna vez podemos hasta decidir, que ciertamente las reacciones químicas son inextricables de nuestro carácter, porque ellas mismas son carácter, la simple traducción del gran alma etérea y superior que está sobre nuestras débiles cabezas y que ha creado el mundo así, para que las pobres ánimas que somos podamos ver y sentir con manos y ojos. En fin, que no importa que el alma sea sangre, huesos, ácidos y electricidad, porque es una simple cuestión de nomenclatura. Lo que importa es que sea alma y que ésta se llama así, porque según las circunstancias, llora, ama y ríe. ¿Entendéis? ... Será mejor que el tiempo curta las heridas y que nos haga olvidar a todos nuestras pretensiones de no sé qué tipo.

Mientras, los árboles siguen contorneándose suavemente mientras los imbéciles de aquí abajo continuamos luchando por alcanzar la verdad. Las hojas blancas continúan impregnando notas en los pentagramas porque todavía existen almas que ofrecen sin pedir nada a cambio. Estas hojas impresas hacen danzar, con la ayuda del viento, esas ya reseñadas hojas verdes, y sobre las alturas, un cielo límpido, y sí, algo gris, porque se avecina una tormenta, un síntoma natural, que en esta ocasión no será destructivo y que ayudará al poeta a crear bellas frases con las que entretener la imaginación de ciertas personas. Sin pájaros, sin hombres, sin ningún discurso perentorio o innecesario, todavía es posible que este verde cuadro del parque sea una filmina premonitoria de algo grande y definitivo. Quizá consigamos que el hombre adapte sus energías a algo distinto y de lo que se creía imposible. Puede que nuestros fuegos internos puedan ser dispuestos en otro orden para que prevaleciendo podamos adelantar el parnaso aquí abajo. Si existen distintas variedades de hombres, es posible que podamos elegir la que creamos que es más conveniente. Pero eso sí, sin emplear ninguna fuerza disuasoria, porque si no, ya comenzaríamos de nuevo, porque ¿quién tiene la verdadera resolución del pentagrama? Por nuestra parte está claro y algo tranquilo y tenue el ambiente, como aquellas notas antiguas están muy cerca del cielo. Ya vamos induciendo, pero es que sin un mínimo esquema ¿adónde vamos, pajarillos?

La disposición de la mesa y de los comensales obedecía a un juego de relaciones previas y que en el transcurso de la cena fueron variando para que los puntos del jersey de lana tomaran sus respectivos colores. El hilado lo podríamos comenzar por la mesa redonda en la que estaba Jaime y elegimos una pareja nueva que estaba tomando forma en la vida real. Los dos pollos, porque más se parecen a animales de granja, que a sujetos acorralados por la pasión, jugueteaban delante de todos los acompañantes, y estos mismos seguían el juego, pero de una manera todos, que ni en la peor época de Viena. Solamente las metáforas soeces rompían esa preparada e hipócrita actitud. Existen tres formas básicas, desde el punto de vista gráfico, de las actitudes amorosas en público: la clásica, donde solo las miradas y las lindas o cursis frases preparan un tardío amanecer; la jovial, que puede llegar a ser rústica, donde las parejas se hacen carentoñas, con algún entreacto picante, y la extraña, de la cual son fiel ejemplo aquellos donde, sin ningún atisbo corporal, destrozan el vocabulario para obligarnos a taparnos los oídos. Son las extrañas buenas formas de nuestro tiempo. Pero hay de todo y podemos pasar al personaje cuervo que hay a su derecha, y que sin inmutarse de ninguna de las palabras y atrevimientos, pregonaba como el más apto director de funerarias una serie de rígidos chascarrillos, que el resto de comensales seguían puntualmente, para puntualmente volver a dejarlo en el olvido. Pero su poderosa maquinaria no se inmutaba y pasaba de un adagio a un moderato para de nuevo subir algo el tono y ser Allegretto. Cuando él creía que era Vivo, más solo se encontraba dando sus parrafadas, pero era porque su alta preparación les ponía a prueba y así se demostraba, una vez más, que él desde el cielo miraba hacia los pobres que estaban ahí abajo. Cuando su conversación fuere más vulgar, ya volverían a escucharle y eran esos momentos los que coincidían con la buena educación del resto de comensales de volver a mirarle para que no se sintiera omitido, o porque los mismos tics nerviosos de las personas les disponían a cambiar, de vez en cuando, el torso. Jaime se encontraba muy a gusto: reía, escuchaba, hablaba, hacía chistes, miraba, y algo más, a su compañera de mesa, cuyas enjundias obligaban a que lo salvaje nuestro, es decir, lo no controlable por la conciencia se dejase llevar ¡y qué noche se podía pasar! Jaime era satírico con esta sociedad que le aburría para crear, pero que le divertía para criticar y para gozar de esos momentos que la naturaleza nos ha dado. El vino, las carnes, los postres, el café y la copa, el cigarro, todo entraba como por los ojos, como al mismo tiempo seducía esa obra maestra de la anatomía humana, que se llamaba Teresa, y cuya falda, y digamos hasta corsé, apretaban los atisbos para Jaime. Los vestidos ajustados fuerzan las formas para que luego, desnudas, se dispongan a sus anchas. Cuando después se le dispusieron para Jaime,

las formas encontraron pronto su equilibrio, y de verdad, que lo visto se correspondía con mucho más de lo esperado, porque aquella mona tenía el cuerpo preciso, con la cantidad un poquito más que equilibrada, lo que todos quieren cuando Baco y Venus se juntan en una bella noche.

Los puntos de lana iban formando diferentes soles, cuyos rayos, algunos eran azules y verdes y negros y marrones otros. Manuel fue dejando la conversación con Jaime para que se divirtiera esa noche; el sol de aquella mesa poco más pudo brillar. Le placía a Jaime esta nueva vida de observador. Más que nunca empleaba los dotes del científico para describir y sacar unas conclusiones después. Cualquier resquicio del carácter era posible imprimirlo, y si no, para eso estaba la poesía misma, el arte que todo lo gira y lo revuelve para sacar cualquier conclusión, sino la mejor deseada, sí la más posible, dados los vericuetos confusos y diversos de la vida. Comía, hablaba, bebía y miraba a su musa nocturna con un placer inusitado; sí, estaba él por fin tranquilo, la inseguridad había desaparecido, y era entonces -cuando muertos los peores augurios de la depresión y las premoniciones del supuesto hundimiento de las ideologías- perentorio decir, que el resto de invitados habían quedado desbordados, una vez más, por la superior concepción de la vida: la conciencia humana. Él podía llevar el barco a buen puerto al menos. La vida le daría bandazos, pero lo importante no era desesperar, y aprovechar éstos incluso, para crear un buen chiste o un pensamiento ligero y agradable. Y hete aquí que ya cada pareja se fue a su cubil, sin precisar sexos, porque todo era libre a la cordura humana, y Jaime gozó y gozó con aquella yegua que necesitaba el mejor semental. Fue una de sus noches más locas y de seguro que a ello ayudó, sin duda, la mejor disposición mental en la que él se encontraba.

- Manuel, ¡qué hembra! Todo, todo lo tiene esa hija de Venus, aprendiza aventajada en las mayores bacanales que en la Antigüedad se dieron. Tenía, movía, pedía, daba, qué mejor Octopus para que yo, éste que a veces se cree diosillo revoltoso, suba y baje desde lo alto hasta lo más bajo. El Parnaso adquiere su sentido de esta única manera.

- No te quejarás de mi invitación, de las circunstancias de este viaje que te he preparado.

- Te devolveré el detalle como un amigo debe compensar a otro amigo.

- Pero yo soy hombre de una sola mujer.

- Pero solo cuando ella no lo sabe ni quiere saberlo, porque de seguro que también ella tendrá sus cosas.

- ¡Claro! Ya te dije, en alguna otra ocasión, que nos podremos divorciar por el trabajo, por nuestra incompatibilidad de caracteres, por la distinta

educación que pudiéramos desear a nuestros hijos, pero por esa tontería del deseo, la libertad da la solución para que nuestro matrimonio, que no decaerá por ningún motivo principal, sea duradero y quién sabe si hasta definitivo.

Pero Jaime se estaba comportando como un hipócrita. Seguía la rutina de la conversación de Manuel porque él mismo se vio arrastrado por la fuerza de los acontecimientos. Y sería en el viaje de vuelta, en el tren, cuando el run run de esa bella técnica, de las comodidades de primera y del paisaje que se iba dibujando a su paso, relajaron las ideas de Jaime, para que si no de una forma violenta y molestísima, como el año anterior, sí decirle su conciencia, desde el interior, que su ejemplo no era el de un verdadero predicador; a lo sumo, el de algún agente dubitativo, al que el mismo clero tuvo que recomendar, con las siempre buenas formas que conglomeran tan elevada institución, la alternativa a su equivocada vocación. No se martirizaba por la aventura que tuvo con Teresa. Eso quedaba claro. Era una cosa natural, simple deseo, estaba soltero y no debía responder a nadie, era libre y ambos habían gozado. ¿A quién hacían daño? Pero el seguir la conversación última con Manuel, sobre su mujer, le había convertido en un hipócrita. Él no sabía cómo iba a reaccionar cuando se casase con la mujer de su vida -todavía tenía sueños estúpidos; aún se acordaba de su infancia-, pero si había mejorado últimamente su palabra y su deber, para con los demás, ¿de qué le servía la traición de la palabra en este juego? Los mayores éxitos de la vida sacrifican cierta parte de uno por el amor a los demás. Quizá jamás se casaría; no le hacía falta buscar pareja para no sentirse solo el día de mañana. Él tenía suficiente dinero para comprar la afectividad y el placer, pero él deseaba, por fin, algo natural, algo que le quisiera por ese otro algo, más allá de la fama y de su dinero, y él no estaba dando los mejores pasos para encontrarlo. Pero sería posible, dada su fama y riqueza. ¿Cómo podría probar a la verdadera princesa?

¡Bah!, por su posición moral tampoco había ocurrido nada. Debía seguir gozando, el cuerpo lo pedía y ya encontraría su media naranja. Pero no ser claro con Manuel, ¡no!, ¡no! Le habría molestado, seguro, su verdadera opinión, porque en el fondo solo buscamos las antiguas formas, pero era un poco amigo de él mismo, del gran Jaime, y ya había decidido no morderse mucho la lengua frente a las verdades evidentes. Era una traición no decirle a la cara, a la gente, que apreciaba unos mínimos de su oratoria. Bien, él también era humano, débil y debía esperarse a que él mismo se reforzase, adquiriese mejor dominio de todas las situaciones posibles, hasta de las más delicadas, para ir cumpliendo ese nuevo gran plan que se iba conformando dentro su nueva personalidad y actitud. Y volviendo a esas antiguas formas, deben existir como un extraño complejo de culpa, aún

anclado dentro de nosotros. De todas maneras, es cada vez más débil, pero debió de tener su sentido, y sino su gran fuerza, para que todavía en estos tiempos acudan de repente a nuestra conciencia retazos de lo que debe y no debe ser. «*Que no nos importe cabalgar y cabalgar, dejar las riendas a nuestro aire, aunque sea ese mismo aire el que se nos lleve a todos, como nosotros también nos llevamos y nos llevaremos al resto.*» «*Sí, esta frase me la anoto, es buena.*» Y cogió su cuaderno de notas donde apuntaba frases, ideas y hasta parrafadas de su nuevo libro. Estaba contento, después de todo. La conclusión era muy favorable. La ley de porcentajes jugaba a su favor y era culminante ir en este tren, de regreso a casa, sabiendo que el paisaje concluía una bella experiencia.

De nuevo en su casa de Barcelona, en ese sitio donde no faltan el espacio ni la luz. Es muy grato a un escritor profesional, que goza con el sumo placer de su pluma, recoger de sus notas y de sus recuerdos, las ideas que forman parte de un plan predeterminado. Al menos en Jaime es la quintaesencia. Había redescubierto su faceta más técnica. Ya de pequeño y en plena adolescencia se habían entremezclado en su cabecita las letras y las ciencias para formar ese todo superior que explica al hombre. Hoy la técnica digital le colaboraba más que nunca y sentía un regusto especial por cómo una pequeña y vieja herramienta, como era ese cuadernillo, le iba a servir de cabeza de puente para el nuevo libro que escribiría en formato electrónico, es decir, en un ordenador. Cogía las ideas desde el mismo Talgo, para intermediar con aquel artículo que a su sobrino político le habían publicado en aquella revista circunstancial. Tino continuaba sin pretensiones, continuaba amando a Andrea. Eso también lo escribió clarito en su libro. Después Manuel, la feria, aquella monada ingenua a la que castigó, quizá con demasiada torpeza (“*pero la vida es así chica, aprende*”) y la cena, el culmen, la cena donde todos confundían el lugar de su celebración. Era en un moderno hotel de Madrid y no en una de las blancas nubes de algodón que forman el Parnaso y que todos encima consideraban como el principal cúmulo de la celeste bóveda.

Qué bellos insectos pululan por encima del blanco pentagrama. Allí Teresa, la hermosa que le dio placer; Manuel un poco en ridículo, era de los más dignos; y los demás, ¿para qué citarlos? ¿Los queréis conocer? Pues eran periodistas que todos los días veis por televisión y que sin ninguna intención os obligan a comprar sus chaquetas y corbatas, sus relojes y blusas; os hacéis también sin querer sus peinados, os preparáis los maquillajes un poco a vuestro estilo y manera, porque igualmente hay que

saberse adaptar a las circunstancias. Es lo que hay. Y digo sin querer, porque como dice Jaime, es que ellos simplemente se exponen y las ideas las sacáis vosotros, solamente vosotros. Ellos meramente hablan de la violación de las mujeres, del asesinato de un bebé por su padre y de la nueva guerra que nos va a entretener este invierno. Hace mucho frío. Os fijáis demasiado, y cuando deberíais solo escuchar las noticias, os ponéis a divagar sobre algo totalmente fuera de lugar, quizás también porque la cabeza del ser humano es así, libre y volátil como una mariposa. Quizás también, gracias a esas alas, a la excesiva imaginación, el hombre se haya podido dar a cierto arte como también a las realidades estrictas que nuestros admirados periodistas nos cuentan a modo de cantinela del gordo de Navidad. Si después encontráis alguna ligazón entre los presentadores, su contenido y los anuncios de a continuación, sigue siendo vuestra culpa. ¡No!, digámoslo sinceramente, seamos artistas incluso, es nuestra excesiva imaginación, que debemos cuidar, pero que también deberíamos frenar un muchito solamente. Sin cebarnos 100% en un tema, dejemos cierta proporción a la realidad que escupen los periodistas, y así de esta manera estaremos cumpliendo el bello plan preestablecido por todas las grandes mentes que en la tierra han sido para conformar esta bella sociedad en la que nos movemos... Gracias a Locke, Diderot, Adam Smith, Marx, Bakunin y Mussolini por aleccionarnos desde muy antiguo...

Y perdidos en este párrafo nos habíamos escabullido con los demás, porque también en el mundo literario de hoy se dan los escritores. Y ellos parecían ser de otro planeta, de otro mundo, porque no sabían diferenciarse de periodistas ni de ejecutivos ni de banqueros, que también estaban, como en cualquier mesa de alta política. Hasta un juez muy famoso. Los escritores ya no son la única especie que conforma el mundo literario, sino que todos se apretujan y saludan afectuosamente para rellenar más y más pentagramas que no sé quién lee, pero que sí se venden. Pentagramas actuales que sustituis a los antiguos y carcomidos, todos ya amarillentos, que yacen encima del piano desparramados, sin orden, como los del Vals 69/1, las Piezas Fantásticas, Op. 12, el Junio, el Octubre y hasta la gracia que del Scherzo N° 1 D 593 hicieron el Gordo y el Flaco. Sois unos pentagramas que «¡Anda que gracia!» -dice Jaime-, y que en este *compact disk* aparecen en un nutrido y esplendoroso color blanco. Estamos en un mundo de paradojas. Y como siempre, como en cualquier vulgar serie americana o no americana de hoy, como en cualquier pobre relato, cuento o comic, conversación, lujuria o hastío, sonó de nuevo el teléfono y Jaime tuvo que interrumpir su más saludable quehacer.

El teléfono, ese instrumento de la comunicación humana, que Bell, con el mejor de los deseos hizo, porque todo cuando comienza parece ser bueno y benéfico. Recordemos la película sobre Thomas Alba Edison, y que tan bien jugueteó el ligero Mickey Rooney, el nervio del blanco y negro. Pues puede que sea un clásico o un mal tópico el comenzar así un nuevo párrafo, pero maldito invento en muchos momentos de nuestra vida, porque profana esa sagrada intimidad del creador.

- ¡Sí!!!
- Calma Jaime, ¿cómo estás?
- Tengo cáncer, sida y *cangrena*.
- ¡Qué mal gusto!
- Siempre con las mismas fórmulas.
- ¿Y si no preguntase por tu estado?
- Hay maneras y maneras; hay amistades y oportunistas; hay sinceridad y maquiavélica forma moderna, y en cualquier momento preparada a aderezar una nueva demanda.
- ¡Estás como siempre! En plena forma.
- ¿Qué cuentas, Pablo?
- Ven esta tarde a la mesa redonda que he formado sobre *Mundos externos y Mundos internos*. ¿Venimos del más allá?
- ¿Es es título o el tema?
- Gracioso como siempre.
- Aclárate.
- Es el título y el tema.
- Bien, y yo ahí voy a hacer de títere para darte importancia a ti y a tus consabidas y *asqueantes* clases.
- ¡Claro! La amistad tiene un precio.
- Yo no te debo nada y tú no eres mi amigo.
- Pero no te negarás.

Iba a responderle acaloradamente como se merecía un sinvergüenza y un falsario, pero su mente últimamente no solo era muy lúcida, sino rápida, excesivamente rápida, y esa habilidad había que aprovecharla. Qué nueva oportunidad para ir llenando su libro con situaciones perversas y estrafalarias. Al grupo de Pablo irían una serie de personajes, en cierta manera marginales, que todavía están con la posesión de la verdad que está ahí fuera. Como grupo egocéntrico ya cumplían unos veinticinco años de existencia y eran tan dogmáticos como los marxistas y los primeros y segundos cristianos de cierta catadura. Formaban un conglomerado de

cabezas alargadas y ovoides, que de tanto leer y ver siempre lo mismo, iban evolucionando genéticamente su mapa encefálico hacia formas más desarrolladas como la del cúbico supino *elípticoideal*.

- Bueno, bueno, pablo, pablito, pablete, el amo del parapente.

- ¡Qué!

- ¡Cuá!

- ¡Vienes!

- Sí, pero diré y haré lo que me dé la gana, es decir, lo que crea necesario; no voy a presentarme y todo, con mi fama, para ser un pelele tuyo.

- Por favor, eminencia, al maestro hay que darle siempre su espacio y tiempo.

- ¡Hum! Eso me ha gustado Pablo, me ha gustado. Gracioso, gracioso, igual no eres tan terco ya. Puede que la ironía te haga relativizar pronto todas tus cosas.

- Bueno, ya sabes que no hay mal que por bien no venga, y que como todos, debo velar por mi negocio. Mis ideas me mantienen. Qué feliz es uno cuando se sustenta con su afición favorita.

- Muy bien, muy bien, vas mejorando Pablo. Mira por donde tengo ganas de verte. Me ha venido de sorpresa tu llamada; éste imbécil de Ernesto te habrá dado mi nuevo teléfono porque le gusta ir a ver tus payasadas. Siempre vi que Ernesto, como alma demasiado débil, necesitaba de algo elevado, de vuestro engañosos, ¡vamos!

- ¡Bah!, deja de importunar. Habrá además picnic y guateque.

- No, si sois un grupo especial, donde las debilidades humanas no han desaparecido, aunque os vayáis, cualquier día todos, en una nave a Orión.

- No, ahora parece que el asunto está en Andrómeda.

- Nombres griegos, romanos.

- Vosotros no entenderíais el nombre verdadero.

- ¡Ah, claro! Perdona usted mi ignorancia suprema.

Y quedaron a la hora convenida. Después de colgar comenzó a reflexionar, porque tampoco Pablo se equivocaba en todo lo que le había dicho. Pablo le consideraba, desde cierto punto de vista, como ese escritor autosuficiente que podía llegar a ser prepotente. No es que le valorara así cien por cien, porque en sus relaciones había existido la suficiente confianza para decirse algo más que lo meramente diplomático, para así poder traspasar el umbral con ciertas bromas. Pero de todas maneras, él mismo se estaba reconsiderando también. Tras su crisis, era más crítico consigo mismo, pero el proceso no le amargaba. Es decir, había superado una etapa primaria en la que no le importaba relativizarse o infravalorarse

cuando las cosas estaban claras, pero no por ello se preocupaba, porque precisamente lo que le inquietaba eran los errores y no el ridículo frente a los demás. A veces, ni tan siquiera eso, porque cuando no se pueden superar del todo los propios defectos ¿qué vas a hacer? Pues a aguantar, a tirar del carro y a saltar y correr para seguir siendo feliz, pues amargarse por ello de nada le servía. En el pasado, una mala concepción de los mismos le había llegado hasta amargar. Amargar a él, al grande, pero eso era en contadas ocasiones durante la etapa de la fama. Era cuando infante y cuando adolescente cuando sufrió mucho sobre eso, ¿pero no eran épocas vitales en las que precisamente es el fallo el que te catapulta hacia algo mejor? Pero las trivialidades propias y ajenas le obligarían a simular delante de la gente, y era por ese motivo que jamás había superado la barrera del ridículo, y por ello también se veía forzado a fingir, es decir, a mentir en más de una ocasión. Ahora, todo eso quedaba muy atrás. «*Es lo que hay amigos y sino a otro sitio.*» No era mala estrategia esta nueva, no. ¿Qué vamos a hacer si uno es así? ¿Reñirnos, ponernos colorados, enfadarnos con alguien? De seguro, que al no hacerse caso directamente, sino regalarse, tan solo, con una sonrisilla, de aburrimento, el mismo mal comenzaría también a aburrirse, y cautamente, si es listo y sigue sus propias prerrogativas, las que tristemente le alimentan, buscaría pronto otra víctima más propicia. Para ello, deberá coger el carruaje negro e irse en plena tormenta.

Una de las sorpresas, que le tenía preparada la mesa redonda aquella, es que iba a coger el metro. Hacía años que no lo hacía, pero es que había huelga de taxis y se veía forzado a ello. Como era un poco paranoico, no soportaría las miradas, porque a él le iban a conocer o iba a recordar a muchos pazguatos, que nada sabían de él, que era alguien conocido, alguien que en alguna ocasión, no se sabe si por a o por b o por c o z le habían visto en esa tunante caja de transistores que rodean un tubo catódico, ahora acompañado de circuitos integrados también. No obstante, le hacía ilusión y no iba a coger un libro para esconderse tras sus páginas. Daría la cara, pero más que por orgullo porque quería volver a ver el danzar constante de semejante medio de transporte. No era por menos su deseo el apreciar otra vez andenes y pasillos, convoyes y señales, que de seguro habrían cambiado.

Pasó el tiempo, y del resultado de su experiencia metropolitana resultó el siguiente aserto, que narrado en formato autobiográfico, pintó de esta manera. No obtuvo otra mejor experiencia, por lo que su viaje fue primero y último, en esta etapa de su vida, en semejante maletero con ruedas. Antes

de entrar a la mesa redonda, consulten semejante guía de transporte a la que tituló:

La Hora Borde (Hora Punta), en los transportes públicos:

No existe mejor adjetivo para definir el objeto de mi exposición, que también hoy será dicharachera: y queda más bella usándose en singular, sabiendo que durante el día acucian varias, pues son varias las horas puntas de los transportes públicos urbanos que se corresponden con sus grandes ciudades. Para los que tienen más de un turno laboral diario, les acompaño en el sentir con una completa abstracción del mismo. Pueden emplear el concepto “*las horas bordes*”. Vuelvo a repetir, que prefiero su uso singular por experiencia propia, y desenrollándome, doy ejemplos de frases que empleaba en su tiempo: “*quedan 5 minutos para la hora borde de comer*”, “*a casa por fin, a pesar de la hora borde*”, ya por la tarde.

La hora en sí no posee como característica innata ninguna naturaleza borde. Simplemente es el modo de vida actual, que varios seres malignos, surgidos entre las nieblas de la sociedad, y que trabajan en las novelas de **LOVECRAFT**, han forjado con la ayuda de unos, forzada, y de otros, sumisa, pero ambos pazguatos, y que la han bordado bien borde. Las tres BBB. Sin ninguna animadversión por mi parte de realizar paralelismos con los 3 6, sino con una real descripción de que yo, por ejemplo, prefiero enfrentarme al chivo nada expiatorio antes que a la multitud completamente desordenada por la locura cuando emplea los transportes urbanos a la hora borde, eufemísticamente llamada punta.

Como el regüeldo nada reprimido, pero buscando la mala intención del mal gusto, y como el supuesto flato a reprimir por no sé qué normas (no derivadas ambas actitudes, sino su naturaleza física, por el gas que produce la gaseosa requimicada), la hora punta nos sirve también para comprender, y yo sufrir, sin necesidad sus efectos, diferentes tipos de enfermedades mentales o trastornos de personalidad. Sin embargo, los efectos son más fáciles de padecer que las causas, entre codazos, empujones, tirones (%? provocados por carteristas) y abrevantes (de abrevadero) invasiones de nuestro espacio vital, provocadas por fantasmas de real consistencia, pero que cuando vas a increparles con claros gestos de amenaza física, *los muy Canterville* han desaparecido (dicho lo de Canterville en ese mero aspecto comparativo abstracto, que en nada de dignidad les parece). Pululan también los seres enfermizos que con sus miradas pretenden vencer con no se qué superioridad, para demostrar quién es el rey de esa zona metropolitana; otros/as están en una cada vez mayor, inevitable y profusa

paranoia. Los enfermos vitales quedan comprendidos, pero tienen que poseer, como yo, la suficiente fuerza de voluntad para guardar la educación que siempre se ha debido enseñar a mantener y que yo sí poseo. Por esto me puedo y debo expresar así entonces.

El mismo taquillero está vagando, o de mala leche te da mal el cambio, mientras intenta buscar no se qué en el suelo de su cabina para no ver a los que se cuelan. Hasta el perro de unos guardias jurados tiene *complejo de Baskerville*. Incluso las ratas te omiten.

Es hasta gracioso, pues prefiero no emplear la adjetivación que precisa la explicación de salida y entrada de viajeros al convoy (y esto en el metro solamente, hasta que reduzcan otra puerta en el autobús). Los humanoides que versan en el andar, caminando sobre la misma recta trazada 100 veces, y vuelta a trazar 100 veces, esperan inútilmente que el metro venga raudamente (¡qué rima, dios!). Extemporáneamente lo hace. Pero ya está de nuevo lleno el estrecho corral por el que caen las personas a la vía, y salpicando tu ropa de sangre light te planteas el programa de su lavado en tu triste lavadora. Bien, bien, dejemos la imaginación. En definitiva, dada la curiosa relación hora punta-número de convoyes, siempre tenemos que ir apretujados e incómodos.

La entrada del metro en la estación alerta enteramente a las fieras de la manada de que el instinto de supervivencia es individual, con lo que la toma de posiciones se hace maleducadamente, cortando la trayectoria lógica de uno con una clara obstrucción, ante la que cualquier norma de la dignidad humana quedaría anonadada de horror. Debe estar puesto para provocar que una barricada humana se plante enfrente de cada una de las puertas del convoy, antes de abrirse las mismas, el indicador que corona claramente cada una de las también las mismas (y que en Barcelona está hasta en catalán), y que dice "DEJEN SALIR". La concatenación lógica de acontecimientos, en épocas pasadas enriquecía el siempre sano diccionario del insulto, pero actualmente sólo hay sordos empujones, carterazos de los niños del cole, tan bien educados por sus papitos y mamitas, pisotones con claro sentir del causante (como del causado), pero que como el resto, se muestra demasiado orgulloso para tener modales (lo que en lenguaje llano se le llamaría estúpido), o demasiado sentido de una timidez enfermiza que en ningún momento atisba intento de curación, o mucha carga de lo que antaño se llamaba "*estoy de mala leche*", y que ahora, para tratar de aumentar la demanda del psiquiatra, nomina el lenguaje intelectual con el nombre de estrés.

Muchas veces de lógica interrelación

Son todos estos factores causantes de una enfermedad actual

*Y que nadie nunca trata de curar.
Dado el perfecto desarrollo del esquema animal
A cualquier personal se le puede aplicar.*

La rima es mala porque el tema es horroroso.

No he de explicar que durante el trayecto, los transbordos, y las subidas y bajadas de las escaleras, el hombre y la mujer siguen comportándose como la bestia de Danwich. En el autobús sólo yacen 2 diferencias con respecto al metro: una positiva, al poderse apreciar la luz natural, aunque esté contaminada; otra, de su contraria carga, ya que al ir el vehículo por libre, los frenazos y giros dependen mucho más de la mala leche del conductor o de la mala leche que tenga acumulada otro conductor.

La mesa redonda estaba constituida por gente importante dedicada al fenómeno Ovni, a la introspección magnética, al iridismo eucónico y a otras zarandajas que no recuerda Jaime. El público lo formaban invitados de élite porque habían sido de élite los que invitaban. Y dentro de este gran mundo, se encontraban peluqueros, astrólogos, modistos, aburridos y gentes también de mal vivir, que únicamente eran catalogados así por Jaime gracias a la nueva actitud crítica que estaba adoptando últimamente. Prestar al 18 % no es un crimen cuando en la Antigüedad se prestaba hasta al 50 %. Simplemente era que Jaime añadía el valor riesgo a las operaciones actuales y no incluía en ello el riesgo de perder el papeleo o los datos informáticos, transmutar las transferencias o cualquier otra zarandaja como postilla mayor. Las queridas o gigolós no cuentan. En nuestro mundo, no se sabe por qué, las cuestiones personales ya no se valoran. Lo que importa son las cuestiones económicas, la palabra dada, perdón, firmada, y cuando no puedas pagar, has incumplido, amigo mío. El valor es intrínseco y tus cuestiones personales allá tú. Trabajo hay, busca y estudia; sube en el escalafón y gana, pero paga, paga y paga.

- Apagar las luces, apagarlas; los de atrás, darle a los interruptores y apagar las malditas luces.

Se despertó asustado Jaime. Estaba echando una cabezadita mientras comenzaba aquel ya muermo, cuando algún miembro del equipo técnico, de aquella operación, con su extraordinario tacto azuzó a la gente a

colaborar en el *desiluminado* de la sala. Iban a proyectar una serie de documentales con los que dar pie al debate posterior.

«*Están todos chalados se dijo.*»

Los reportajes fueron lo mejor, porque estaban hechos por profesionales y en líneas generales era el público entrevistado, la gente que había tenido experiencias con extraterrestres, los que solían alucinar más. Los comentaristas mostraban un material bastante creíble y ¿por qué no iba a haber otros mundos, con otras sociedades, si las galaxias se podían contar por miles, al tiempo que las magnitudes del universo se hacían inimaginables? El problema estaba en otro asunto... Por respeto a su amigo o conocido, no se durmió, y no, no estaban del todo mal aquellos documentales. El cachondeo vino después, cuando las luces se volvieron a encender:

- Encender esas luces, encenderlas, encenderlas de una vez, ¡coño!

Realmente, aquel miembro del equipo estaba loco o acababa de ser abducido. En voz baja le dijo el mismo Pablo que se tranquilizara, que no había por qué echar al público antes de tiempo. El éxito había sido monumental como para que un comportamiento estúpido estropease un mes de preparativos.

- Bueno señores, esperamos que os haya gustado la filmoteca elegida, que gracias a la colaboración de nuestro experto en filmes de Ovnis, Alberto Pérez, hemos podido ofreceros -surgió un tímido aplauso y un leve cabezazo del aludido, que pronto fue cortado el primero y cortada la segunda por Pablo, porque aquello podía ser demasiado protocolario. «*Y por lo demás, hay cosas mucho más importantes en la vida a las que no damos tanto trato, pero bueno, sigamos escuchando*» -Jaime estaba un poco obcecado.

»Los últimos acontecimientos parecen darnos la razón. La famosa serie norteamericana *Dependiente S* ha sabido dárnosla con pruebas “*a todos los lunáticos*” -dijo con énfasis- que desde hace decenas de años hemos creído en la evidencia. Una serie seria, digámoslo así, redundantemente, porque amigos ¿qué series se hacen hoy? Bodrios sobre el consumismo contumaz a que todos nos sometemos y someten-. Aquello se animaba. No esperaba Jaime eso de Pablo. Pero duró poco el *Intermezzo*, porque era ahora el de los aullidos y las luces apagadas y encendidas, el que con un estilo, que no tenía para dirigirse al público, le dio a entender a Pablo que allí todos eran consumidores, por lo que no merecían la pena ser insultados cuando de lo

que precisamente no se hablaba era del consumo, y que se ciñera entonces al grano. El público descansó con este impás, y al contrario, no le resultó desagradable y fuerza de lugar el corte, sino que renovadas las fuerzas de su propia confianza, todos recobraron la atención inicial para escuchar lo siguiente. Sí, lo siguiente:

- Todo entra dentro de una conspiración bellamente orquestada, pues ciertos entes extraterrestres han conseguido relacionarse con los más preparados de las más importantes agencias de inteligencia e investigación, de los países más desarrollados del mundo, para conseguir una clonación que suplantaré la especie humana.

- ¡Toma! -no pudo evitar decir Jaime y algunos le miraron y se avinieron en su apoyo por estar ahí, en aquella sala, dando su apoyo a los nuevos tiempos. No le gustaba ya aquello, porque creerían precisamente que él era un seguidor más de todas aquellas bobadas. Pero ¿por qué se preocupaba? ¿No había dicho -o pensado-, unas páginas antes, que la gente no le tenía que cohibir ni conducir hacia senderos equivocados? Debía huir de lo que pensase la gente. Él había acudido a la mesa redonda por amistad, no por convicción. ¿Es que ya no existe la amistad? ¿Solo las ideas? Valientes estúpidos. Y además, de ahí se podía sacar un suculento capítulo para su libro de nuevas experiencias mágicas en un mundo ya no tan mágico.

- Y los abducidos entran de lleno en la planificación maestra. Todos no son importantes, muchos son meros conejillos de indias para las investigaciones de los astronautas, perdón, de los alienígenas -el del vocerrón le volvió ahora a mirar raro por emplear ese concepto antiguo y desfasado, propio de las películas de marcianos de los años cincuenta, que pretendían intoxicar y desviar la atención de la pobre opinión pública-. Fue entonces cuando Pablo dijo todo este *enguionado* en voz alta. Y todos aplaudieron tímidamente, porque realmente pocos habían visto películas como aquellas. Si estaban allí era por cuatro libros que habían leído, por las series últimas de marcianos, perdón, de extraterrestres, y porque sus cabecitas necesitaban de fantasía como el oso Yogui las cestas de los campistas. Esto del oso Yogui lo dijo Jaime en voz alta. No se pudo contener y fue censurado por algunos vecinos de la siguiente manera:

- Acabará pronto, señor Jaime, después en la mesa abierta, después de que ellos discutan en voz alta, podremos preguntar y dar nuestra opinión. A veces Pablo dice cosas fuera de lugar.

- Pues sigo diciendo -Pablo parecía ya un político decimonónico y la voz del Eco lo único que esperaba es que los expertos de verdad comenzasen su turno-, que nosotros quizá no lo veremos, los marcianos no tienen prisa -era

mejor dejarle solo y que terminase de una vez- y nuestros hijos, yo no tengo, pero los vuestros sí lo verán, o sus nietos si los tienen, digo los hijos de sus hijos, -Jaime estaba atónito- comprenderán como la obra, si en un principio parecía horrible, acabará por darnos la razón una vez muertos todos. Me refiero a los de aquí -aquello iba tomando su punto tétrico, a pesar de que las luces ya estaban encendidas-, y sí, nosotros desde el cielo o desde las naves intergalácticas, con nuestros espíritus encapsulados, podremos, sino ver sí comprender por algún mecanismo telepático o de telequinesia cómo los alienígenas habrán conquistado la tierra de forma más pacífica de lo normal, más pacífica que la conquista de cualquier pueblo humano por otro, a lo largo de la historia, con pocos sacrificados, y haciendo una superior simbiosis, pues alcanzará la especie humana una revalorización de sus aptitudes y conocimientos como nunca se ha dado ni se dará.

- ¿De dónde ha salido este imbécil? -no pudo contenerse, ya más, uno de los expertos.

El problema de ciertos oradores es que no saben plantear las cosas, por lo que no serán jamás oradores. La idea base la había explicado Pablo, todos incluso ya la conocían por las series y por los tebeos, digo, por los libros y revistas especializadas. Pero si las frases caen fuera de lugar, y con los adjetivos e incluso sustantivos inapropiados, la cosa puede tomarse incluso a cachondeo, con lo que la película de terror desmerece. Pablo había cometido también errores de bulto en cuanto a algo del contenido, por lo que se había lucido. Jaime irrumpió en grandes aplauso. Se había despojado de sus complejos y quiso alargar el cachondeo.

- ¡Bravo Pablo! -los más tontos del público siguieron a Jaime - era lo que quería- y aporrearon las cabezas de los expertos con una pesada y larga ovación. Pablo quedó atónito y tuvo que saludar.

- Venga, era lo que querías ¿no? Por eso has traído a Jaime. Ponte de pie al menos. Saluda. Síguelo la corriente, al menos, que bastante ya la has liado. Menos mal que terminaste, maldito... En eso, el vocero del reino tomó el micrófono y pidió a todos un máximo silencio mientras durase el debate en voz alta entre los contertulios, o lo que vulgarmente se llama como mesa redonda en el ámbito intelectual, que aquella era elíptico-ovoidal, la misma forma de una de las naves que estaban preparando todo aquel lío.

El debate era en voz alta, pero dependiendo del punto de vista del oidor, aquello podría ser de sordos, de mentirosos, de locos, de alucinados, de

elementos sinceros, pero muy fantasiosos o de personas realistas pero que se tomaban aquello demasiado en serio. La locura o enajenación puede ser perdonable en las mentes realmente enfermas, pero los que aúnan enfermedad y cordura son realmente peligrosos, porque te gritan y te llaman encima inculto por no compartir sus ideas. Son estos personajes tan aventurados que te amedrentan con sus amenazas guturales. Creen ciegamente en esa fe y como toda fe exagerada, que concibe en ella la pura verdad y no el amor hacia el prójimo, solo se preocupará de alcanzar su objetivo a costa de lo que sea. Así, amenazaron a los incrédulos con ser llevados en la gigantesca nave negra sobre el mar de Simpson para arrojar a cualquier increyente al fondo del mismo. No pudieron enterarse, el narrador ni el propio Jaime, de la situación concreta de dicho mar. Pudiera ser que estuviese en Júpiter, pero claro, sería un mar vaporoso, de aquellos que emanan vapor de gases letales como en los comienzos de nuestra hermosa Tierra. Pero ¿y el substrato? La base no existía en Júpiter *“por lo que la nave negra, en un continuo navegar, flotaría en la inmensidad del océano de gas de Júpiter para arrojarlos a todos en ese maldito mar.”* Mas, ¿y si estuviera fuera de nuestro sistema solar, de nuestra propia galaxia? *“Sin problemas, la velocidad intergaláctica de los marcianos, perdón, de los entes extraterrestres ultradesarrollados, permitirían la resolución de todos nuestros problemas científicos. Los extraterrestres dan la respuesta a todo, como el jurado de cualquier concurso.”* Esta última frase se le escapó del subconsciente y el vocero ya estaba más que hartos de sus compañeros.

Harto ya de tanta payasada, aprovechó Jaime un despiste del público para escurrirse de tan elevada locura. Prefería continuar siendo un insecto, un híbrido, un proyecto cualquiera de cualquier maldita raza alienígena y continuar con su vida de siempre, con esa vida que le permite gozar de las letras, y ahora, de reírse de estos humanos, como de otros, para intentar al menos coletear con la ironía este mundo de tontos que pierde el tiempo en las vulgaridades más superfluas. Cada vez quería más a la gente verdadera de carne y hueso. El amor se le iba apoderando día a día y cualquier otra sandez que preocupase al hombre mucho más que esa primera conciencia de la pasión, le traía cada vez más sin cuidado, aunque todo sobre los marcianos y las purgaciones etéreas fueran la primera verdad. A veces, por defecto o por exceso, de lo horrible se puede sacar algo bello.

El viaje de vuelta también fue en metro. Quería tensar la cuerda todavía más. Había que aprovechar el día y cuán provechoso podía serlo en aquel

laboratorio humano que forma el espacio ocupado por nosotros ahí abajo, los llamados metropolitanos, una mínima porción de algo sumamente mayor: nuestro querido planeta Tierra. Pero tuvo que comprarse una revista en el quiosco del metro. Ya no podía aguantar las miradas. Leyendo podía de vez en cuando crear miradas furtivas, oír, sobre todo oír, porque la ideología de los personajes quedaría evidenciada por sus comentarios y palabras. Para mayor causalidad, en el arrebatado tímido de elegir, lo más pronto posible, cualquier lectura, compró una de animales, una revista científica a la que preguntó, a solas, una vez en casa, el motivo por el cual la había elegido a ella y no a otra. Evidentemente, la revista no le contestó, pero su subconsciente le escamaba: “*animales, animales.*” Muchas veces los humanos pensamos más de lo necesario y sacamos conclusiones erróneas por partir de concepciones predefinidas. Otros, que emplean una psicología barata en todas sus conversaciones, porque no saben más, siempre aluden a lo mismo y se aprovechan del llamado concepto de prejuicios. No pueden manejar mucha más información porque su único interés en la comunicación con los demás es la apariencias.

Como nadie le conocía, y no sabemos acertar a decir si fue porque Jaime disimulaba muy bien detrás de la revista, que no obstante era algo grande de tamaño, o porque nadie le había reconocido de la televisión, así ¡cuanto menos por el uso del verbo hojear!, pudo concentrarse no en la lectura sino en la alcahuetería, dicho esto con la mayor desfachatez del término.

- Oh, Chuli, mi nuevo logo no compite con el tuyo.
- Ve a la web y truca a fondo.
- ¡Je! chelis, pero mi nuevo nadie lo superará, son dos montados.
- ¡Qué!, ¿pero jodiendo?

Finura de la contracultura.

- Sí -algo cohibido ahora el valiente. Ahora las mujeres han tomado el relevo de la desfachatez de los hombres.

- Mola, mola, nos has de pasar eso, macho. Hará juego con mi camiseta-. ¿Qué camiseta? ¡Ah sí!, el dibujo era la única camiseta, vio Jaime desojándose de la revista y volviendo a disimular. No valía la pena describirlo. Era como el *play* en un ático.

Pero el chico no se arredró y volvió a la carga.

- Contemplar mis zapatos. Vuelo con ellos hacia el planeta de ...
“*Y vuelta.*”

- Ridículos, ¡pero qué a la moda! En la disco te vas a llevar a todas de calle. La Rime se caerá de envidia. Ella siempre se cree que sus ropas pegan como ninguna, porque nadie las ha visto antes.

- Y por su variedad -dijo la tercera del grupo, porque como habrán acertado ustedes son dos chicas y un chico y en total tres.

- ¡Bah!, la muy zorra se lo hace con remiendos. Como su madre es modista, un poquito de allí otro de allá- (“¡No!, surge también el entrenador”)- y a vacilarnos. Pero hoy la pongo verde. Cualquier día le parto la cara. Igual hoy.

- Es una fulana, una ramera, una furcia -no encontró más sinónimos.

- Pero la Chonchi, de Operación Trompeta, sí que va chachi.

- ¡Yo!, yo la quiero imitar, esos collares, esos colores de carmín, ese pelo a lo chucho.

- ¡Qué! -no pudo Jaime emitir un quejido de protesta, pero no importaba, pues se había quedado helado observando la cruenta fotografía del león comiéndose una cría de cebra. No acertó después a calcular cual escena era la peor. ¿La naturaleza produce esto? Pues más valía que se estuviera de vez en cuando dormida. ¿Y la sociedad? La revista es un producto de la sociedad como esos hijos serán de sus padres.

- Una limosnita para mi padre y mi madre y mis nietos-. Él debería ser el hijo y el padre.

De golpe se volvía a anunciar la próxima estación y el retumbar de sus oídos cayó sobre su corazón como una nueva puñalada. El volumen debía estar modulado para todo tipo de personas, y como los que sufren sordera avanzada tienen el mismo derecho que las personas normales a oír, por eso también se ha pensado en ellos. Estamos en una ciudad cosmopolita, agradable, democrática, que abre los brazos a todo aquel que llega... ¡para dejarlo sordo!

Se apercibió de que se había pasado diez paradas, pero valió la pena el experimento. A la vuelta caló más atención en la misma megafonía y pudo oír, por fin con claridad, su estación, la que le llevaría con el trasvase, perdón, con el trasbordo (reminiscencias de la mente), hacia el tren que le subiría hacia las alturas. Nunca Jaime creyó tan profundamente en las ideas que se asientan en el poder de las imágenes. Aquel tren era huir, desaparecer de la inanidad. La mediocridad quedaría lejos y él, entre nubes y serafines, podría coger pronto el arpa y tocar un concierto con la ayuda de **Mozart** y uno de los Marx. Su imaginación le ayudaba a enajenarse y le importaba tres pimientos que alguna vez le acusara su antiguo profesor de gramática de su excesiva, pero a la vez negativa imaginación.

Cuando llegó a casa no pudo por menos que llamarle imbécil a Enrique, por cierto, un ser que se comportaba algunas veces como un imbécil mismo. El pobre, en aquella ocasión, fue pillado desprevenido y le contestó muy suavemente con aquello de que el señor venía chamuscadillo por algo, lo que igualmente era cierto la mayoría de las veces en que así se comportaba con él. Para algo también era el antiguo bufón.

- ¿Qué, señor? Quema la vida ¿no?
- Como el ave Fénix va a arder tu escaso pelo.
- Hoy dan *Llamadas*, pero como *El Coloso en Llamas* nanay.
- Tu madre debió ser cerillera.
- Sí, trabajó en la calle Ballesta, en Madrid, para más señas.
- Dame un abrazo Ernesto, ¿cómo es que la sociedad de hoy, que se cree tan perfecta y más humana que nunca, está tan llena de imbéciles?
- Debe ser que creemos, que porque está más tecnificada y legalizada que nunca, es por ello más humana. El hábito ya sabe, y de raído como lo tienen... a mí no me engañan con sus continuas modas, porque por algún fondo o trasfondo de sus blusas y pantalones yo siempre les veo el cuento.

Pues no es tan imbécil Ernesto. Ha debido mejorar junto al amo. Ha tenido interés en aprender. Ya tenía algo en potencia. Pide perdón el pobre narrador también.

- Y hasta algún piojo tendrán.
- Por mucho que se duchen, el piojo inmemorial se agarra como nadie.
- Sí, la estupidez es tan lejana en los tiempos. ¿No será innata al hombre? ¿No habrá genes que la personalicen desde nuestros ancestros? Tanto se habla ahora de genes y sémenes congelados. ¿Y la naturaleza? Que horrible es, échale un vistazo a esta revista. Prefiero ver *La Matanza de Texas*.
- Pero cómo, ¿ahora le ha dado por lo vulgar? ¿Ha vuelto a caminar sobre la superficie de la tierra para ver como comen los buitres, para saber sobre las reacciones químicas producidas por nuestros asquerosos estómagos al digerir la comida? Jaime, Jaime, que se está haciendo viejo, que vuelve por los caminos de juventud, a estudiar, con la profusión de un ángel adolescente, todos esos manuales que en el bachillerato le ofrecían un mundo ideal que jamás ha existido.
- ¡Ernesto, coño! Que nos estamos construyendo, los dos, una descomunal depresión.
- ¿No ha llegado a pensar alguna vez que estamos en este mundo usted y yo por un equívoco? -¡Jo!, hoy está que se sale Ernesto.

- Me venía en el metro filosofando sobre la estupidez y vulgaridad de mi mayordomo, pero cuando regresas de tus salidas vienes más equilibrado. ¿Con quién has estado hoy?

- Con la fulana que me saca los cuartos, pero comprendo, cada vez más, que este estúpido cuerpo sobre el que nos movemos nos hace caminar por donde él quiere. Necesito joder, ¡pues a por ella!, la pago y santas pascuas. Tengo hambre, abro la nevera y a echar mano. Necesito...

- Calla, calla-. No habrá que pensar en la posibilidad de que Ernesto no es tan tonto o simple como parece. ¿Por qué no va a tener él también la capacidad de aprender? No se le puede comparar con ninguno de los don nadies corrientes, tan abundantes hoy, sin espíritu y cobardes como el que más, que para dar una opinión delante de sus propios amigos, estudian antes los derroteros por donde todos han ido. Hoy nadie es espontáneo, nadie dice lo que de verdad siente y lo de que verdad tiene ya ganas de decir, y por todas. Así el aumento de neurosis tipo psicológicas. ¡Bien, bien!, ya sé que hay millones de excepciones, pero es que mi carácter también me puede. ... Pero Enrique, aunque algo tonto y cobarde, llega un momento en que no cruza tal línea y se nos abre como mucho más espabilado y sincero. ¿Por qué no va a poder Enrique tener la posibilidad en sus manos de mejorar? ¿Tan superior soy yo para sentirme el único socrático de este piso? Quizá tenga que aprender todavía más y dejarme de tantas monsergas, y como tampoco este pensamiento me preocupa lo más mínimo, eso quiere decir que estoy por el buen camino, y que continuando por aquí, quizá me encuentre un día un reflejo contrario con la que poder desfogarme sinceramente, a pesar de la cruel naturaleza.

Hacía días que sospechaba que Ernesto hacía sus pinitos escribiendo. Cuando estos planteamientos se producen o cuando una película *preambula* o *deambula*, de seguro que más pronto que tarde llega la escena culminante en la que el asesino no era el que presumíamos, pero que sí vuelve a cometer un nuevo acto deleznable. “*Sangre, sangre de los dioses que cae sobre tu maldito cuerpo*” (voz original de la película). Fue una tarde, en este caso nuevo que nos trae, cuando Jaime pilló *in fraganti* a Ernesto cometiendo un horrible acto de escritura.

- ¿Qué haces? -al comienzo Ernesto pareció inmutarse, pero fue un comienzo fugacísimo. Más bien diríamos paralelo a la toma de postura que a partir de ahí tomó, redundemos, pues como si de algo habitual se tratara entre los dos desde hace bastante tiempo, ni breve ni ganso le preguntó a

Jaime sobre la posibilidad de incidir, en una novela, chistes y variantes que no venían a cuento. Semejante discusión no nos interesa ahora, porque lo cierto es que pronto Jaime lo abordó de la peor manera posible:

- Mentecato, truhán, pobre de carácter, ¿qué pretendes? ¿emularme? ¿No has aprendido de mis crisis? ¿Quieres ser famoso, eh? Me envidias y deseas paralelizar tu supuesto genio con el mío. Pero si naciste únicamente para ser un maldito bufón. El viejo pecado, que a todos nos sacude ¿a ti también, eh? ¿De que ha servido toda tu maldita cháchara de estas semanas, de estos últimos meses conmigo? De nada. El hombre, se comprende en cierta manera, necesita sobresalir, resurgir hacia el lugar que ocupan las musas, porque la vulgaridad que le envuelve le ahoga cada vez más, hasta asfixiarle. ¿Pero no comprendemos, que si somos vulgares, no tendremos ningún derecho a nada? Cruenta paradoja. Todos, todos somos iguales. Debería comenzar primero conmigo, con semejante adefesio que ha llegado a engañar a la totalidad, esa totalidad informe como el *blandi blup* con el que jugábamos de pequeños. Ortega ya jugaba con el *blandi blup*, ja, ja, ja-. Y dándole un manotazo le dijo que le dejara las hojas que estaba escribiendo.

No eran nada malas las líneas. Con sus consejos, enfocando correctamente el tema y siendo ahora él mismo su corrector o con la ayuda incluso de Tino, podría Ernesto sacar a la luz un buen libro:

- “*El bufón escribe*” le podíamos llamar.
- ¿Es que solo tienen derecho los nobles a escribir? ¿Para qué se hizo la revolución francesa? Porque Montesquieu, Voltaire y Rousseau comenzaron a darles de patadas a los viejos cimientos.
- Pero dentro de un orden.
- Sí, pero su orden es violento conmigo mismo, me insulta y me humilla.
- Exacto, te sitúo.
- ¡Ja!, no dejas de tener razón Jaime -y le trató de tú.- ¿por qué la literatura no puede ser un mero divertimento? Es cruel escribir para nadie, inservible, una verdadera pérdida de tiempo, pero me lo paso bien creando y... ¿por qué no? soñando. Con que me lea usted y algunos amigos.
- Esa es la utopía mágica del poeta superior, el cual no está delante de ti: escribir por escribir, amor por amor al arte, sin esperar recibir nada a cambio.
- En un rico, eso es muy fácil.
- Ahí está el problema, que es más fácil que un rico sea un buen poeta antes que un pobre, porque a este le obsesiona su propio *modus vivendi*, lo que le fuerza a confundir arte con manutención. Pero no creas, el rico

vulgar persigue la fama, por lo que el resultado se traduce inesperadamente en la misma vulgaridad. ¡No!, más aún. ¿Tú aguantarías las parrafadas de un asqueroso y soberbio rico cuando no puede comprender cómo se pueden hacer las cosas por mero valor, por mero amor al prójimo, sacrificando incluso su propia vida? ¡No!, hay una escala superior de poetas que no entienden de riquezas ni de famas, escriben escondidos en sus cámaras de día, de tarde y de noche. Sueñan también de día, de tarde y de noche. Ven apariciones. Se levantan por las noches. El estado catatónico en ellos es habitual y las musas les suelen arropar antes de acostarse, sobre todo, en invierno. Bellos querubines les levantan y el desayuno, si supieran también hacerlo, se lo servirían en bandejas de plata y oro. Son anónimos para la fama, pues siempre les llega tras la muerte. Escriben verdaderamente por escribir, por realizar un acto nuevo, completamente bello y dan gracias a Dios, y no así mismos, por haberles otorgado semejantes habilidades. Todo el mundo les llama locos o hasta genios, pero que de seguro que nosotros les admiramos de manera hipócrita. Yo soy el primero en reconocerlo. Viejos artistas del pasado que confundieron el camino celestial por el terrenal, en un desvarío de memoria, de la misma inteligencia, para pronto volver al redil con aquellos blancos y rechonchos glotonos alados. Se cogen a sus manos para que en el próximo vuelo el camino quede más cerca del paraíso, para que cada nueva recaída les acerque más a Dios, perdón, que esto ya no se lleva, les acerque más a ...

- Pero se llevaba ¿no?

- Sí, pero los científicos de entereza vulgar confunden la fe con los hechos triviales.

- ¿Pero le gusta este arte antiguo, completamente sincero, o no?

- No has entendido nada de lo que te he predicado.

- Eso es, un sermón es lo que me ha lanzado, maldito hipócrita. ¡Venga!

¿Le gusta o no?

- ¿Quieres ser famoso?

- Sí, como usted.

- Que pobre eres de mente todavía. Como para triunfar verdaderamente. Y con qué mala rima. El genio no pide, no exige, hace y gana.

- ¡Como usted! Escribió, se le apareció la virgen, quedó entusiasmada y le editó el libro.

- ¡Qué!

- Sí hombre, ahora nos sale usted mansito.

- Si tienes una pizca de inteligencia, habrás sobreentendido que yo formo parte de tu mismo grupo de farsantes, el que escribe por conseguir un beneficio, sea más o menos material y también, en cierto modo, inmaterial

- ¿El orgullo no es ya un beneficio?

- Pero zopenco, qué lejos estás tú de ese orgullo. Ese orgullo es antitético, del que nosotros gastamos. Mozart gozaba con su obra porque era bella, porque él era la belleza, creaba prodigios, escenas enaltecidas; Velázquez en pintura y Gaudí en arquitectura. Ellos ideaban, porque no podían evitar que su excelso interior pusiera las notas acordes sobre el pentagrama, que la mano trazara el equilibrado color sobre las sombras y que las piedras se retorciesen como el alma fervorosa que pretende alcanzar el cielo.

- ¡Ya está, un beneficio! El verbo alcanzar.

- Imbécil.

- Sí, sé a qué se refiere, pero déjeme divertirme un rato, aunque solo sea con usted y mis amigos. Solo deseo esa fama. ¿Qué se creía usted?

- Esa sí que es una buena respuesta. No estás tan lejos, entonces, de ser un geniecillo. Te acercas a la verdad y no a la de ahí fuera, que me importa ya un pimiento. Eso sí, te morirás de hambre como un perro callejero.

- Veo que me comprendía desde el principio. Solo ha querido jugar un poco conmigo, como siempre.

- ¡Claro!, querido estúpido, al cual cada día más quiero. Escribe, escribe. Si en el fondo, el escribir es evitar que este absurdo nos anule, nos deprima aún más. Creemos, inventemos utopías, alejémonos de este pútrido y cruel mundo. Incluyo ahí también a la naturaleza. ¡Qué horrible revista compré para el viaje de vuelta!

- Escribir como diversión es un gozo, ¡siempre que se cree arte!

- ¡Hombre, claro!

- ¿Ha visto, entonces, algo de arte en mis cuartillas? No pretendo nada. Insisto, señor mío.

- Durante la cena a la que te voy a invitar ya te explicaré más a fondo.

La marejada, que no era tal, pasó. La cena transcurrió bien entre estos dos amigos. Jaime fue muy claro con lo que tenía que hacer y con lo que no tenía que hacer Ernesto para ser un escritor aplicado. Pero el tiempo es quien verdaderamente mata todas las ilusiones. Cuando la realidad se materializa, debemos dejar de escribir con insana intención, no realizar más clases de vuelo ni arriesgarnos en la doma de leones. No debemos forzar la máquina y solo en algún momento podemos dislocar la mente ajena con alguna frase, pero siempre que pertenezca al grupo reducido de amigos de confianza, y a los que hemos advertido, por adelantado, que aquello es un mero *hobby*, como el que gusta de coleccionar cromos o porcelanas. Lo importante es apreciar el arte como al semejante que tenemos al lado en nuestro viaje de metro. Y ¿por qué no?, apreciarlo incluso como si fuese el mismísimo compañero de trabajo, porque hoy es un día espléndido, azul

para más señas, soleado y hermoso, apacible, lleno de rosas y calas que alfombran el bosque que aparece detrás del cuadro. Pájaros y ardillas juegan y con sus sonos característicos nos aciertan con una obertura de la primavera. Y el cielo de nuevo, que evidentemente por lógica no amenaza tempestad, promoverá los mejores juegos en las aguas del río, que en otros tiempos ya lejanos se desbordó, anegando de desgracia las casas de los campesinos, esos seres minúsculos que siempre pululan en muchas obras de arte como duendecillos irreverentes e ingenuos y que necesitan ser disciplinados por la hermosa ama del lugar, que les guía en sus comentarios y clases. El tiempo pasó y Ernesto pareció ver la realidad, porque al mes dejó de escribir. Quizá las frases se torciesen de manera extraña o no encontrarán el sentido adecuado. Lo cierto es que un día le dijo a Jaime:

- Desde hoy ya no escribo más.
- ¿Ves como no eres un verdadero escritor? Lo tuyo ha sido una chiquillada. ¿Quién de niño o de joven no ha escrito algo?
- Muchos de mi clase.
- ¡Como serían!
- ¡Y serán!
- Y serán, serán. Bueno, con que no hagan daño a nadie.
- Pero es que encima hacen daño a alguien. Un viejo cabrón, al que me encontré el otro día, es jefe de personal de una empresa de trabajo temporal. Y tenía la misma mala leche ahora que cuando infante.
- ¡Ah!
- Y otro que me encontré...
- No sigas. Cuéntame más de tu experiencia literaria.
- No sirvo, amo, ahora lo comprendo todo. En el fondo quería algo material, algo que se palpara con las manos o que te hiciera sentir la fibra al adularte una multitud de imbéciles. Pero veo y entiendo que el ideal es que te adulen sin que tú te des cuenta; que solo por tupreciado arte, y disimulando, siendo a la vez oportuno en los gestos, como aquellas que tan bien usan del abanico, se te reconozca esa vena que verdaderamente tienes y que yo no tengo.
- ¿Te refieres a mí?
- Sí y no, porque ese tienes era indefinido, pero bueno, da igual. Usted tampoco sabe disimular muy bien.
- Veo que vas comprendiendo. Con mucho esfuerzo ahora estoy entremedio de los dos bandos, pero un genio verdadero no necesita de nadie, porque él sabe que todo lo que crea es arte verdadero. Eso le satisface y ya está. Lo que venga detrás, que venga, pero ya no es una relación directa ni necesaria. Además, recuerda siempre que si acaso, poco

antes de morirte, te darán la medalla. Y si es ahora cuando te alcanza la fama, en vida, puede que pertenezcas al mismo grupo de gente mediocre, gente que es ensalzada por esa misma mediocridad. El nivel de muchos cantantes, actores y novelistas actuales puede conseguirlo cualquier viandante. Lo importante es tener detrás un buen equipo de lima y propaganda.

- Buenos ministerios.
- La fama de hoy cualquiera la puede obtener, si sabe algo, escribir, medio actuar o cantar, más o menos, o ni eso; es la fama de la vulgaridad.
- Le van a llamar elitista.
- Siempre se confunde elitismo con poder y masa con democracia. ¿Cuándo aplicaremos bien, de una jodida vez, los vocablos?
- Pero la perfecta definición no daría votos. El pueblo, cuando se mirase así mismo, se horrorizaría de ser tan vulgar. Antiguamente, uno se resituaba muy pronto. Hoy todo el mundo tiene esperanza con la *Operación Triunfo*.
- Que listo eres en el fondo, aunque no sea suficiente eso para ser un verdadero artista.
- Es que estoy aprendiendo, gracias a su crisis, a pasos agigantados. Bueno, yo ya me he hecho a la idea.
- Lo que no me explico es por qué las generaciones antiguas de la plebe no se avergonzaban de sí mismas, sino que con sangre, sudor y lágrimas luchaban diariamente con su Dios contra todas las adversidades. Nos situamos en Europa, que es la cultura que mejor conozco por ser la mía.
- Sí, en Europa.
- Y tan tranquilos, porque era lo que había y a vivir y nada más.
- Vivir, quizá sea eso todo lo que haya que hacer, comer, beber y cagar.
- Y joder ¿no? ¡Basto!
- Y falta mear... Y ayudarse y chismorrear y celebrar las fiestas del pueblo.
- Y bailar la jota.
- Y mi muñeira.
- Y todo lo que haga falta. Bueno, no exageremos, pero es tan odiosa la fama hoy en día, tan llena de ponzoña, que pocas veces a lo largo de la Historia se han dado unas características tales, de una manera tan densa y basta, sobre una sustancia concreta.

Estaba encima de la cama algo tenso. Era de día, se acababa de despertar, pero su cuerpo le obligaba a sentir esos cosquilleos o esas tendencias hacia el sexo opuesto que nos son inevitables. Su habitación, que tantas veces hemos alabado por su luminosidad, por su amplio espacio y por la brillantez que le da el artista, se nos vuelve a aparecer como una envidiable escena de película. Pero a pesar de mostrarse su arte como algo libre y resuelto, comenzaba Jaime a ironizar sobre lo inevitable, sobre todos esos impulsos que nos hacen ver a todos la cruda realidad. *«¡Bah, Jaime! no exageres, que la mayoría no concibe el juego del que formamos parte.»* Y tan humorísticamente se iba a tomar este despertar, no sabemos si por la clara y brillante luz que le entraba por las ventanas o por el nuevo periodo de su vida o por ambas cosas a la vez -¿quién sabe la justa proporción de las cosas o la exagerada manía que tenemos, los humanos modernos, al medirlas?-, que estos pensamientos, que a otros filósofos o aprendices de Pitágoras les hubiese llevado por crueles y apesadumbrados derroteros, a él le conducían a concebir esa realidad como el gran cachondeo que merecía. Así que este cuerpo vuelve a pedir a su contrario, vuelve a desear ese placer que le dan las bellas y hermosas zonas erógenas de las guapas y portentosas Venus. Pechos, ingles, piernas, brazos, labios y ojos, etc., etc., acudían sobre su cama en una vorágine de deseo y de placer, donde ese apetito, ahora, no podía saciarse de la forma más normal. *«Pobres mentes, esclavos de las pasiones, cuyo objetivo es la mera reproducción. Sí, analicemos todo claramente, dejémonos de romances; incluso las desviaciones sexuales obedecen a lo mismo y por eso se llaman desviaciones, cambios de aguja y de destino; pero que todo nos conduce a que los pequeños querubines, esos seres alados, acudan por todos los lugares de la casa sin alas y con ganas de poner todo perdido. Suerte tiene la mente de intentar engañar con el amor ese impulso natural de esa “cruel naturaleza”. Maldita seas por siempre. Más por otro lado. Jaime, ahí radica también lo bueno. Podemos falsificar con arte, belleza y poesía el amor animal por el pasional, y para conformar bajo el manto del puro amor, el deseo continuado de la carne, uno se casa con la mujer a la que quiere y ya está. Hoy por hoy, uno (yo mismo) debe de buscar su desfogue ocasionalmente. En las reuniones, fiestas, simposiums, entrevistas televisivas o donde quiera que la fama sobreactúe, uno puede llevarse el gato a la cama (digo, al agua), entre frase y pueril palabra.»* Pero ya le hartaba la intermitencia de su pasión. Dependía de las oportunidades. Muchas veces no coincidían tiempo, lugar y objeto. Se podía comprar, pero le era tan denigrante dicho comercio con la carne. No, si Andrea y Tino habían sido muy listos, engañando a sus malditos cuerpos con la capa del amor, y que en ellos alcanzaba momentos de pura pasión literaria. Cuando necesitaban

desfogarse, entre «*cariñito mío, placer de mis ojos, nube de mi alma, etc., etc.,*» van para allá, vuelta para aquí y a calmar los nervios. El amor bien concebido engaña portentosamente a esa naturaleza cruel, que cada vez tenía menor sentido para Jaime. Claro, la naturaleza no era sino el demonio, la carne, el mundo de siempre, con que de pequeño le habían machacado en el catecismo. Solo había que volver a poner los documentales que tenía sobre la Antártida de la *National Geographic*, para ver como los pingüinos se comen el crill, para que las focas tigre despedacen esas maravillas y graciosas aves, pues no deja de ser el crill poco más que plancton, un crustáceo diminuto, y que como no podemos apreciar más que con cámaras de alta definición, no sabríamos decir si ríe, si llora o si meramente pulula por las frías aguas. En el catecismo católico, o en cualquier otro manualillo de comportamiento moral de cualquier otra religión, solía saberse más, al menos entre líneas, sobre el plumero de la naturaleza. Los osos polares son muy bellos verlos jugar con sus cachorros a imagen fija. Pero ¿quién aguantaría verles comer a las crías de foca que aquella lúcida actriz francesita supo comenzar a defender antaño? La chica era precavida, pero huy si la tuviera ahora entre las sábanas Jaime. Siempre imaginando escenas eróticas en el paraíso, cuando el deseo natural se imponía. ¡Ay Dios Santo!, cómo nos pruebas, cómo nos has dejado aquí a nuestro libre albedrío, para que encima te echemos las culpas de nuestros actos, pero esto tuyo del deseo sexual ya fue demasiado. Temías, dada nuestra indolencia, que perdiéramos la especie. Así no podrías haberte reído de nosotros, sufrir en definitiva, por nuestra forma y hacer imperfectos, para al menos siempre esperar que algún estúpido e ilustre ser, esté un poco más de lo habitual por los demás. «*En fin, volvamos a revolcarnos solos, aquí entre las sábanas, para ver si destensamos estos guarros impulsos. Voy a concentrarme y a intentar cambiar de tema, a ver si vuelvo a ser algo más libre. ¡Qué diferente el sexo con el placer de escuchar a **Beethoven**, por ejemplo, pues su único beneficio es la elevada percepción del rumor del arte producido por las musas! Casi nada... En algo nos hemos de diferenciar de la naturaleza. Sobre otros temas, ya hablaremos más adelante.*» Ahora necesitaba ya levantarse y tomar un buen café con leche con galletas. Eso sí, siempre tras la ducha, tras el perfecto aseo, que de tan perfecto, también vamos a desaparecer a la vista de nuestros propios ojos. Y se metería con Ernesto, de nuevo. Qué placer que no poseen los animales, meternos con nuestros semejantes. Le aporrearía la cabeza como a un guiñol, como si estuviesen en una discusión de pochinelis, y del mero entretenimiento, de seguro que surgiría algo interesante, alguna risotada, algún cosquilleo infantil como cuando niños. Jugar, jugar. Hasta los animales tienen ese bello impulso, un impulso sano y ético, cuyo único

objetivo es la mera diversión y no la preservación de la especie, de esta especie que da risa, hasta a los marcianos, pero a los marcianos de series de vivos colores o de justos blancos y negros, no de los diluidos de alguna serie Y de hoy en día. Y vuelta. «Aaaaarriba.»

- ¡Qué! ¿Filosofando el señorito?
- A que te aporreo la cabeza -no nos gusta que nos descubran.
- ¿Er zeñorito quiere desayuná aquí o en la cocina como los pobres y maníacoz que no quieren ensuciá er comedorr?
- En la cocina, estúpido, y no soy pobre, sino que me apetece, y como mando, hago lo que me da la gana y la gana es llevarte la contraria.
- ¿Guerra quiere, eh?
- Sí, esta mañana quiero guerra, sangre, cataclismos, terremotos de 10 en la Mercalli y más y más. Ser testigo de cómo un Viernes 13, aquel de Texas se liquidó por los campos del maíz todo un maldito pueblo.
- Pues mire por donde mi omisión le va a hundir. Ni caso, diga misa, a, b o c, pégueme si quiere, arañeme, pero yo ni mutis. Frente a la irracionalidad, indiferencia.
- ¿Pero tú que tienes de razonable?
- Pues no había caído, buen ataque señor.
- ¡Venga, venga! ¿Qué tienes tú de razonable?
- El rabo entre piernas para obedecerle y así recibir puntualmente la nómina todos los meses.
- ¡Huy!, no es mala respuesta.
- ¡Oye, imbécil!
- ¡Sí, canalla!
- A sus órdenes -y bajó la cabeza muy humildemente, y con mucho estilo, delante de él.
- ¡Hum! -y pasándose teatralmente la mano debajo del mentón, mirando suavemente a Ernesto, en actitud ciertamente pensativa, pero en formato de comedia, continuó-. Estás muy acertado en tus respuestas hoy, Ernesto. Me doy por vencido, necesito ducharme y desayunar; después ya veremos.
- Así me gusta. Demostrarse a uno mismo, de vez en cuando, la sustancia humana de la que está uno hecho, es ir adquiriendo unos detalles de humildad que le ayudarán a sobrellevar tiempos peores, a querer mucho más a sus semejantes y a subirme un poco más el sueldo.
- ¿Más todavía, obrero mimado cuasi agremiado? Estás mucho más lúcido que yo esta mañana. ¿Es que has conseguido desfogarte, ja, ja, ja?
- Irreverente, ¡usted sí que no habrá podido, si no es que se la haya meneado! -le dijo con furia, con esa furia con la que el hombre solo sabe responder cuando le han pillado o le han molestado. Esta acción, que nos

molesta de seguro y que demuestra que no hemos aprendido todavía a asumir lo inevitable.

- Ernesto, que te pierdes con tu lengua al estilo Juvenal. Marcial estará sonriéndose en sus adentros, disfrutando de nuestra escena. ¡Demos también de qué hablar a esos antiguos genios! -en voz alta-. Oídme todos, aquí desde abajo. Desde estos andurriales del mismo infierno os ofrecemos nuestros mejores sainetes, para que como nuevos dioses os entretengáis con las continuas peloterías de los humanos.

- ¿Está bebido de buena mañana?

- De lo que ha vomitado usted, señor juez -esta es una anécdota del pueblo de la madre de mi nuevo sobrino, de mi gran Tino, que cada día me impresiona más, que cada día me hace reír todavía más, que cada día me va quitando, poco a poco, ese lastre sobrante que me impedía navegar por el ancho y bello mar, libre cual rápida galera que se dispone a conquistar las Américas.

- Le haré el café a la puta cabra.

- ¡La cabra la cabra, la puta de la cabra...!

- Loco, loco de remate.

- Loco por alejarme cada vez más del falso puerto que me retenía. Anda Ernesto, ves preparando el desayuno, majo, que hoy lo compartirás conmigo.

- Y además rebajándose a la clase baja.

Jaime había comenzado con un plan su nueva experiencia, pero en él nunca se cumplía el guión de manera fidedigna, matemática debería decirse mejor. Existe gente que es muy meticulosa, cuyo guión le marca hasta la hora de tomarse el vaso de agua de las seis de la tarde. Ciertamente triunfan porque nada se les escapa, y aunque sus resultados no sean geniales, de seguro que sí brillantes, por lo que cumplen con el expediente recomendado por el sentido común; así el resultado, de verdad, es correcto y muchas veces hasta magnífico. Gran parte del engranaje social funciona gracias a ellos. Pero en Jaime esta primera pretensión era un engaño. La idea primeriza, la bombilla luminosa, que representaba su idea, reflexionaba brevemente. Las primeras premisas estaban siempre desordenadas, para que poco a poco fueran dos o tres las que catalizaran, finalmente, el proceso de creación. Alejándose más pronto, o más tarde, de toda mayor confusión, Jaime disponía bien el terreno mentalmente, por lo que muy pocas veces necesitaba escribirlo de manera desmesurada. Más bien, cuando abundaban las notas exhaustivamente, incluso con el mismo

adjetivo, ya no las volvía a releer. Debía reducirse el preámbulo a poco más de dos o tres hojas, con cortes de líneas, intervalos extraños, flechas en todas direcciones, letra ininteligible y otras veces legible, multitud de colores en ocasiones, para que fueran mejor su memoria y su inteligencia momentánea las que realizasen el proceso definitivo de sus obras. En esta ocasión, había planificado una serie de viajes, una serie de temas sobre los que satirizar, una serie de tantas cosas, que finalmente obedecieron a su guión vital. Fue realmente sobre la marcha, como tantas otras veces, como volvió a crear. Podría decirse, de forma vulgar, que su guión era más intuitivo que otra cosa, pero lo que realmente ocurría es que sus deducciones estaban bastante claras porque quizá la vida no es tan complicada como nos parece. Su impulso vital influía fuertemente en el resultado, pero la realidad necesita reflejarse también coherentemente en los escritos, porque si no, nos parecería todo artificial. No hay que radicalizarnos ahora y dar todo el lastre a Jaime, y menos para justificarle. Artificiar, si el resultado es bello, que venga, pero Jaime creía cada vez más en lo que todos creemos que es improvisación, cuando para él era resultado de la vida. Sí, ¿por qué no escribir un monumental manual desde el punto de vista literario? Porque a él le gustaba más significar las cosas como hechos reales, como efectos del destino que nos trazamos y que nos trazan. Su nuevo libro era de sátiras y eran muchos los temas sobre los que satirizar, pero prefirió seguir el hilo argumental de la casualidad para ir engarzando todo lo que veía y escuchaba, todo de lo que gozaba y sufría. Tampoco había que esperar horas y días sentado, de pie, con mil artilugios fotográficos que hoy día nos ayudan como nunca antes, para captar el celo del lagarto Guancho y la llegada del crudo invierno alpino afectando a las florecillas que se arriesgaban a vivir también en aquellas alturas, pues el hombre era más factible de tratar, estaba en todas partes, abundaba por cualquier rendija y era indecoroso y tunante en cualquier momento. Eso era lo más importante, que su actitud no es como la del oso que igual le da por zamparse el salmón delante del objetivo, o no, para fastidiar. En cambio, el hombre o la mujer siempre fastidian y no necesitaba Jaime llevar una cámara al hombre con película rápida. Más bien había que vivir como siempre, y de seguro, que todos los improperios y bellaquerías le acudirían de repente y sin motivo de espera. Quizá la misma espera forzara las cosas y le pusiera nervioso. Así, de esa manera indirecta, con toda la tranquilidad del mundo, caerían sobre él cientos y cientos de hojas blancas para emborronarlas después, a la noche o a la tarde, cuando le apeteciese y con quien le apeteciese. Y de seguro que sería más original y sano el resultado. Al menos podría leerse sin atragantarse uno a la primera hoja.

Es así que parece esto una justificación cuando no lo es, pero según el carácter de Jaime tampoco le importa mucho lo que opinemos cualquiera de nosotros. Yo, como narrador, sospecho muchas veces de él, pero vamos a darle un margen de confianza porque por algo este libro lleva su nombre y él tampoco se ha creído siempre perfecto. Miremos sino su crisis de la cual pareció aprender, incluso más de lo necesario, pues en alguna ocasión tornose excesivamente obsesivo consigo mismo. Pero en los primeros pasos de una nueva experiencia todos somos unos salvajes, nos comportamos radicalmente, actuamos de forma egoísta con los demás y queremos imponernos al resto del gabinete. Es decir, que nos comportamos de la manera más torpe posible. Después es el tiempo, en forma de mazo o experiencia, el que vuelve a allanar el ígneo metal.

Todo este cuento viene a cuento porque iba a vivir de cerca, con su nuevo sobrino, con Tino, una serie de experiencias que en él son enseñanzas, que por su movilidad y situación social le eran mucho más difíciles de ver. Estamos en una sociedad en que el noble ya no vive tras sus castillos, bosques y vallas, separado por un ejército armado y por un séquito que le evita cualquier roce con el populacho, que encima le quiere tocar por todos los beneficios de protección que de él recibe. El verbo tocar considérese aquí de la manera que cada uno mejor consideréis para que vuestra pobre mente quede tranquila, ¡arf!, ¡arf! Es así que fue invitado por Tino y su sobrina para pasar unos días en el pueblo de la madre del “pollo”, y como había balnearios -Tino era muy listo- se conllevaría la situación más difícil de Jaime, ya que no sería una figura muy popular hasta que la situación populachera se fijase en él, así que pasarían, todos juntos, unos días de asueto para poder huir, sin ser molestados, de la avalancha humana.

Le fascinó aquel pueblo. Podría elegirlo como lugar de retiro porque la antigüedad, el paisaje, las suaves costumbres y el silencio coadyuvaban para que el pensamiento buscase esa extraña relación con ese todo que nos rodea tan maravilloso. Podía entremezclar a Marcial, tan cercano a aquella población, con unos individuos ya mayores que recordaban las proezas de la supervivencia durante los años cuarenta y cincuenta. Existe todavía en algunas zonas de España ese carácter rústico que puede molestar a los ingratos, pero que es muy agradable a la gente elevada. El carácter rústico al que nos referimos es el que ingenuamente te cuenta sus debilidades, las que tuvo y las que tendrá. Venidos de épocas pasadas, no les importa ver lo que tan fácilmente es de apreciar con los sentidos, cómo de unas casas antiguas de piedra y hasta de barro, ahora remozadas con cemento y ladrillo, con calefacción y suficiente comida, puede surgir el suficiente límite en los caracteres de las personas para que sus conversaciones, sin

muchas veces fuera de ámbito, también muchas veces deseadas como el agua que mana por doquier en aquel pueblo, en medio de la sequedad, entre montañas repobladas por bellos pinos, con unas vegas a punto de desaparecer por la preferencia a perder el tiempo en *skateboards* y músicas discotecueras cuyos platos están todos rayados. ¡Ah, **Redbone**, Redbone, grupo cachondo, ¿dónde estaréis, allá en Los Ángeles donde mezclasteis pasado y modernidad con la salsa del cachondeo?

Bien, al grano, porque de su experiencia Jaime solo nos contó lo que le interesaba en esos momentos y de lo que de él solamente a nosotros nos afectaba: la sátira. Y es así como la línea no se puede precisar suficientemente. Pasando el tiempo, hubieron una serie de degeneraciones, unos nietos o biznietos que tomaron el mando, y que puede que más que por el propio envoltorio social y televisivo, fuese más por la indolencia y el carácter ciertamente estúpido y prepotente de sus mayores, los que permitieron que las juventudes, ya apenas distinguibles entre las de ciudad y campo, comportasen unos nuevos fundamentos que en algunos casos llegarían a ser desagradabilísimos. Así, unos primos hermanos de Tino, de Madrid o Barcelona, o de Soria o Zaragoza, en una salida con ellos, dieron fruta madura para el degustador. Tino ya le fue con la mosca en la oreja, y claro, era que sus tíos habían tenido gran parte de culpa en el asunto. Pero bueno, ¿sólo ellos eran también culpables? Echémosla a los padres y así hasta Adán o el mono, que no pertenece al zoo, porque aquellos andan sueltos. Siempre echando la culpa de todo el pastel a otros. Dejemos que la vida sabiamente enseñe con sus hachazos. Cuando esta juventud correteee unos decenios más sobre la faz, y deje de ser juventud, quizá, aparte de estar amargada saque sus también buenas conclusiones. *Habemus spes*.

Apenas fue molestado por la concurrencia de un clásico bar musical de pueblo de hoy en día. Estos bares suelen tener tres o cuatro ambientes en uno solo y no se puede apreciar nada, salvo la más cercana conversación, porque o las televisiones no tienen sonido, porque si no, no se oiría la música ni nos entenderíamos entre el fútbol y el *reality show*, o los del billar comienzan a tontear con las muñecas que llevan los hilos para no conseguir más que rascarse el bolsillo y alguna carentoña tonta. Porque de verdad, ellas, ellas buscan todavía ese príncipe repleto hasta las cejas de billetes violetas. Hasta que no se dan cuenta no se irán con uno de aquellos que las invitaban y que se rascaban algo menos de lo que ahora podrán gastar. Bueno, alejándonos de estas supuestas irreverencias, resultaba que aquello no se sabía muy bien lo que era, pero el problema era más de Jaime, que no estaba acostumbrado a todo aquello. Poco a poco fue comprendiendo que las cosas del bar, incluidas las personas, obedecían a un patrón, a un orden bien definido. Los que jugaban en la máquina de

marcianos estaban achicharrando a todo ser vivo de tipo acelga que se moviese fuera de su propio ámbito. Los televisores sin sonido servían para que la gente aburrída de su entorno o que fuese nerviosa, y que no tuviese nada mejor que hacer, las mirarse durante el suficiente intervalo tras el que volver a su cruda realidad nocturna. Los del billar ¿quién no ha tonteado? ¿Quién no es tímido la primera, la segunda y hasta la tercera docena? ¿Quién no ha pagado a cambio de algo que no va a conseguir... por ahora? Venga, que el del bar tiene que dar voces, saludar a los que salen y entran, aquello es una gran familia de novecientos habitantes donde todos se conocen, odian y deben saludarse por obligación. Al menos se saludan. Y las conversaciones de alrededor. Tino y Andrea formaban su mundo de caramelo aparte, le daban conversación suficiente y le llenaban el tiempo, pero sus oídos comenzaban a animarse con la mesa misma de al lado, donde estaban esos primos y tíos de su sobrino. Al comienzo todo fue organizarse, presentarse, hablar, y estar ahítos de encanto por tener en la misma mesa y familia a alguien grande, culto y famosísimo. Pero pasaron dos días más y el asombro, que ya iba contaminando el ambiente externo del entorno familiar, también tenía sus caídas, aunque solo fuera por darse importancia ante el gran escritor, porque ellos eran honrados trabajadores, pero sabían el latín y el griego suficientes que ellos habían estudiado con maneras y gramáticas diferentes. Helos aquí, que formando parte del mismo grupo, eran unos trece, se reagruparon unas bestias, digo, unas personas del propio grupo para formar uno menor. De vez en cuando, se repartirían saludos, sonrisas y breves conversaciones entrecruzadas de un grupo a otro o de un extremo de la mesa a otro, porque, en ocasiones, individuos de un grupo se introducían en el otro para volverse a salir y reformar otro, o quedarse solos mirando la televisión un rato, para de nuevo volver a escudriñar el ambiente y buscar la posibilidad de decir algo, algo, algo que sobresaliera. Cruel capacidad y mezquina la del humano que meramente conversa cara a la galería. Pero así somos todos los que somos de esa calaña.

Helos aquí que el hato derecho comenzaba a divagar con temas que ellos meramente conocían de la tele, de hablar con los amigotes del trabajo o de hacerlo con algún viandante despistado. Los temas eran tan absurdos y no se sabía a cuento de que venían, como la caída y subida de la bolsa, el embrujo del siniestro hermano de un concursante, la rémora que significaba para España el monopolio del tabaquismo, la indiscriminada estupidez de los personajes de un supermercado o cualquier otro tema cuya sapiencia denotaba conocimiento y elevado telémetro. Lo audiovisual había pasado de ser mero entretenimiento a fundamento de grandes y elevadas ideas.

- Pero vamos a ver José -decía el más menudo y seguro de sí mismo-, si tú tienes cien obreros y te comienzan a hacer una huelga por el expediente de crisis, ¿qué se puede hacer si el gobierno no inyecta dinero? Pues todos a la calle. Si no hay ganancias, si no se vende ni se cobra a los clientes, ¿de dónde va a sacar el patrón el dinero? -Una gran verdad.

Volvía a decir el buque fantasma:

- Que no, que no José. ¿Pero quién se metía en la legión antiguamente? Si tú habías matado o robado, te daban estas oportunidades: o la legión o la cárcel. Incluso alguno se salvó del garrote. Hasta rojos se metieron en la legión. Todo lo peor siempre va a parar a la legión: vagos, maleantes, sinvergüenzas y aventureros. Ahora es algo distinto, por eso la energía ha descendido.

- Que no, que no, que no, José, que eso no es así, José. Que te lo digo yo. Resulta que aquí en este pueblo, a la hora de la verdad, todos somos unos cagados. No subimos ni la mitad de la mitad a protestar por lo del tren. Ahora solo paran los cercanos, ¡y mira que pegó la guardia civil! Pues yo estaba dispuesto a lanzarme, pero fue mejor frenar aquello, poner orden dentro de nuestras filas, porque iban niños y mujeres y aquellos pegan sin ton y son, sin ningún conocimiento. Son bestias. Para eso los seleccionan, para pegar.

- Peor tirasteis piedras y las piedras duelen a todos.

- ¡Anda, calla! Fueron dos críos y eran dos guijarros areniscos. Lo que pasa es que esa gente está enseñada para dar porrazos, como te he dicho ya, ¡coño!, y solo esperan una excusa para dar y dar y para volver a dar.

- Pues a mí me han dicho que fue una lluvia de cantos rodados y cuadrados.

- ¿Quién te lo ha dicho?, ¿tu amigo el guardia civil?

- ¡Sí, sí!, uno de los que recibió.

...

- ¡Que no, que no, que no!, que la gente ahora tiene mucho vicio, que el submarinismo puede ser también un deporte del aire, que América domina el mundo a pesar de todo y por un lado... Que los rusos son esclavos, que los guisantes no están a buen precio este año, que nuestro presidente preside, que la hibernación ya fue experimentada en Kennedy si no lo fue antes en Roosevelt, que el futuro está muy negro, que mañana amenaza tormenta, que mi madre es la mía, que los nidos de golondrina ya no son los de antes, que la inacción puede provocar hibernación, como te acabo de decir, ¡coño!, que no escuchas, y de ahí la retoma de un tema anterior, que Popeye comía espinacas y no guisantes, que vuelta a un tema precedente, que tu madre debe estar donde está, que el chocolate ya se hace sin cacao, que los ecologistas también tienen su parte de razón, que si no hubiera

curas todos seríamos anarquistas, que si todos no fueran anarquistas no habría ni uno, que las autonomías solo dan gasto -hombre, en eso estoy totalmente de acuerdo-, que las inmundicias pueden y no pueden ensuciar, que quien no paga, no merece de los derechos de la comunidad y un sin fin de etcéteras donde lo más importante no eran los temas tratados ni recalitrantes, sino el mero hecho de que dicho sujeto dijese lo que dijese su contrario, fuera verdad o no, tuviesen la mayor ética del mundo sus apreciaciones, volasen por encima de las nubes los patos, se distinguiesen los reyes por su filantropía, sea lo que fuere, el tema desde cualquier punto de vista no interesaba, sino que a lo único que obedecían todas las respuestas de aquel mastuerzo era a llevar la simple contraria y la voz cantante. «*Las cuarenta -e increíble: sin baraja-*».

Lo que le contó al día siguiente su sobrino no había mejorado para nada el nivel de compañerismo de aquel grupo. Jaime prefirió irse a dormir con los padres de Tino -y que bien hizo- porque su sobrina y Tino tuvieron que soportar lo que este mismo ya les había advertido antes. El relato no es propio de Jaime, pero sí su narración. Y ahí la metemos, a presión, buscando un hueco más en esta variopinta obra, porque ¡vamos!, los zombies parecen haber resucitado para asustarnos y atemorizarnos de nuevo.

- Mira Andrea, nosotros tenemos este piso de 28 millones en -da igual la capital-, ¡pero oye!, con el tiempo necesitaremos una habitación más para el niño. Tenemos ya tres, pero con el iva puede engordar demasiado y es mejor invertir, mover el capital, porque quien sabe lo que ocurrirá. Preveamos el asunto. Esos 28 se convertirán muy bien en 38.

- ¿Por qué no 40? -era su marido.

- Exacto, y compras un piso de 35. Te quedan 5 de ganancias para escrituras, muebles, etc. Y vuelta a empezar a los cinco, máximo diez años, llegando al final a bascular entre 100 y 200 millones tus negocios.

- ¿Y con cuántos años os presentaréis? -digo Tino maliciosamente.

- Eso no importa, estamos bien de salud, no creo que antes de los cincuenta, pero menudo capital para retirarnos.

- Pero la realidad es que esa es una de las causas por la que los pisos tanto suban, la mera especulación, contra la que solo se pueden enfrentar los grandes, los que tratan con más de veinte o treinta pisos.

- Tino ya alucinaba, pero el planteamiento de Andrea estaba bien dirigido.

- No importa, porque quien dice que uno especula con un piso puede hacerlo a pares y a triples.

- Yo era un triple en la catedral de Barcelona.

- ¿Qué?

No hace falta decir a quien pertenece cada frase porque la noche era hermosa cuando tras dejar el cubata sobre el velador uno alzaba la vista hacia las estrellas y si no te quedabas con las pobres ideas de un Carl Sagan, por muy buen aficionado a la poesía que fuese, podías ser feliz, eterno y grande. Pensar que todo comenzó por el bello y preambular inmundo metafisicado en una mínima partícula que explotó por no sé qué motivo, y ya no digamos de donde provenía la maldita. Tino prefería quedarse con el orden establecido, que para algo se llama orden, y qué fácil elegir (que blasfemia) a ese don, a ese Dios (ahora con mayúsculas), que formó todo desde la nada. Así uno es capaz de dormir tranquilo, porque todas esas fuerzas y energías que todavía no entendemos, por empeñarnos en seguir cien por cien el método Hume (científico), las inventó Él y nada más. He dicho. ¿Para qué intentar entender algo que nos sobrepasa? El hombre, desde cualquier punto de vista, continúa siendo un engreído. Dejad todo eso a la poesía, que es demasiado complicado para nuestro ligero cerebro. Benditos los que creen viendo las estrellas. Ese Tino está loco, pero qué tranquilo descansa, qué rima le dona a las palabras. Sin saber solfeo, crea música y mira por donde hasta la historia parece mucho más agradable si le escuchamos.

Aseveró a su tío que esa gente no era en el fondo mala. Había estado años con ellos, pasando las fiestas de los pueblos durante muchos veranos. La mayoría eran primos hermanos y les conocía mucho más de cerca por ello, ya que se veían siempre durante esa temporada. La familia les obligaba a unirse y ellos se unieron. La sangre tuvo fundamento porque no había otro lugar a donde ir. Sin embargo, estas frases están mal planteadas. El roce, la costumbre, la relación y ¡el hecho de que fueran familia de verdad! hizo que el tiempo anclase, en todos ellos, unos lazos de obligación que jamás ya podrían cortarse.

Las mentes de todos ellos eran simples desde el punto de vista intelectual. A su manera mal entendían el arte. Su sensibilidad para las grandes cosas elevadas no existía, porque no las comprendían. Es posible que dijeran muchas tonterías delante de Tino, pero ya éste no se molestaba por eso, porque allá lejos, tras el túnel, llegando al final de la meta, donde el alma se muestra blanca y tal como es, veía en la mayoría de sus personas un interés sincero por él. Lo de Jaime no contaba. Estas opiniones ya las había establecido Tino cuando pertenecía al club del anonimato. Ahora, con cierta fama alcanzada por un esponsal, le afirmaba a Jaime que hasta le tenían cariño porque muchas confidencias, aunque fueran pobres, se le habían revelado. ¿Y cómo podemos decir que son pobres unas confidencias cuando salen de los corazones? El tema sería, que poco a poco Tino les intentaría hacer ver que había muchas más cosas en esta vida que

merecerían mucho más de su interés. No debían obcecarse por conseguir más cosas. No obstante, hasta eran sencillos en muchas, pero ese defecto de no parecer mucho menos de lo que se es, motiva en el hombre muchas equivocaciones. Tino pasaba por ser el inteligente de la familia, pero él mismo alentaba porque esa blanca sábana cayese de su sostén para agruparlos a todos. Él debía tener mucho más tacto en sus conversaciones con ellos. A él le correspondía esforzarse mucho más por hacerles comprender que la sencillez y la honradez es lo único que valen en esta vida realmente. Y cuando el sol más resplandecía sobre su rostro, cuanto más era proclive para que todos le admirasen, él salía con algo llano y franco que los tranquilizaba. Las conversaciones con él no eran humillantes, porque él igualmente desconocía tantas cosas que preguntaba y preguntaba. Su modo de hablar era gracioso, serio cuando se debía, respetuoso con los mayores, atento y buen oyente, y eso la gente sencilla, pero que sabe mucho de sus cosas, del campo, de la vida, de la crianza de unos hijos, de los trabajos, va y te lo agradece con su asentimiento. Incluso su extraordinaria belleza era piropada por cualquiera y de cualquier sexo, y era precisamente por eso, por su carácter abierto y acogedor. Reconfortaba hablar con él, y encima si decía cosas grandes y maravillosas, intentando explicarlas, si al final poco o nada se le comprendía, daba igual, porque en su misma conversación quedaba claro que hasta él se regodeaba de lo que decía. *«La vida es otra cosa y este mal llamado pollo me está enseñando más que nadie.»* -se decía Jaime.

Ya de vuelta a Barcelona y sobre la cama una vez más; era mañana luminosa de nuevo, proclive a ciertos pensamientos y divagaciones. ¿Qué somos? Hoy me duele algo el costado, me siento mal, alguna mala postura habré dado esta noche, ¡y como duele! Duele. Ya no debo ser hombre, me duele, me quejo, me espanto. No es que deba recurrir al sadismo, pero es que nos quejamos de todo ¡coño!, ¡que frágiles somos! ¿Cómo voy a ayudar a alguien cuando me puedo hacer daño, cuando me puedo llenar de sangre, de heces y orines? Nos espanta la realidad a la que tan acostumbrado ha estado el humanoide -hoy no le ha dado por el sexo-. Tendrían que volver a ser de nuevo todos esclavos. Ahora lo sois de otra manera, pero me gustaría veros bajo el látigo de los amos más crueles de Roma. Tampoco deberíamos exagerar aquellos tiempos en este sentido, porque los esclavos eran muy maltratados por no tantos y estúpidos amos, que no sabían sacarles mejor rendimiento de palabra. Deberían ser mudos. Solo en las minas, en ciertas tareas agrícolas (indefinidas) y en algún otro

etcétera, donde debía forzarse la máquina del trabajo para sacar el mejor provecho a las cosas, ocurrían semejantes barbaridades. Solo en esos tres sitios. Solo. Pero la vida era mucho más corta porque, ¿dónde estaban estos avances contemporáneos de la medicina, de la fácil distribución de alimentos o de los mismos transportes? Hasta el amo tenía muchas veces frío sino se avivaba el fuego a tiempo. Aquellas mansiones eran grandes y frías, por mucho que estuvieran bien orientadas. El calor no era fácil de obtener. Y el dolor, ¡huy! el dolor. Ahora me doy con esta cremita y nada. ¡Uf!, cuesta hoy más que nunca, qué posición habré hecho, pero con un masaje atento y algo más de la maldita crema, huye mi corazón de terribles territorios. Hoy se puede gozar sino tienes un maldito accidente. Existe mucha mayor seguridad si cumplimos las normas. Antes cualquier mercader imbecil te echaba la carga de su carro encima. Por eso, los ricos llevaban su séquito, verdadera fuerza brutal para hacerse camino y apartar a puñetazos a los desaprensivos.

- Ernesto, por favor, me duele, tráeme hoy el desayuno a la cama.

En grandes vagos nos hemos convertido. Bueno, no generalicemos, siempre ha habido de todo y habrá. Mira estos artesanos modernos que se auto-explotan para conseguir contratos de obra por todos los sitios y lugares. Después no llegan a todas la obras y un poquito hoy aquí, allí y acá y a tres sin ir. Y protestas, quejas, estrés. Pero la mujer necesita dinero y los niños los mejores colegios y llega a los cincuenta y ¡plof! El corazón, ese músculo que debía ser patrimonio único de los poetas. Los demás se estresan, de otra manera, pero tampoco se pierde el tiempo en diferentes tareas: vemos la televisión, leemos algo, miramos al vecino, conducimos, tomamos algún que otro café y paquete de cigarrillos, hablamos de fútbol, de la novela, de aquel asesinato, de la reforma política, de las posibilidades de no sé qué. El tiempo pasa y pasa y todo son al final preocupaciones y situaciones mecánicas. Antes y ahora continuamos con la ley de la mecánica. Y se me olvidaba de antes: donde esté la libertad, ¿verdad, esclavos de Roma? ¿Pero hoy somos libres o un diente más del engranaje maldito ese que pertenece al diablo neoliberal? Donde estén la comida y las medicinas, ¿verdad, olvidados de África por todos hoy?

¡Dios!, como duele hoy. Ya salió, a Dios lo usamos para cualquier cosa. Para los tacos, para decir que el hambre es culpa suya y no nuestra ¡pues él ha creado todo y tiene los poderes! Lástima que también queramos la libertad para hacer lo que queremos y no también lo que debemos. Pero qué engreídos y malolientes somos. De verdad, que cuando el hombre huele, las peores pasiones nuestras aparecen más sucias detrás del escenario. Somos

gases, grasa, jabón con patas que dice el hermano de Tino. Un niño es abofeteado y apaleado y Dios tiene la culpa. Hitler engañó a una masa como buen aprendiz de Lenin y Dios es el que mueve los hilos. Hasta los imbéciles de los marcianos no lo son, sino que Dios es el imbécil. ¿Pero de donde hemos salido? Se nos da la oportunidad y queremos encima hacerlo bien, sin mover un solo dedo. Si es que somos unos vagos, unos sinvergüenzas de aúpa. Tiramos la piedra y escondemos la mano. Y encima le quitamos el papel a Dios cuando nos interesa e inventamos aquello de la naturaleza, de que se ha dado por culo ella sola para recrearse. Vuelvo a ser obsceno. Me gustan aquellos romanos que a las cosas la llamaban por su nombre cuando venían a cuento. Yo no lo hago nada bien, pero las cosas han venido a cuento y además a mí lo que me gusta es lo otro, el puro arte y hacia los demás. Predicando y vanidando. Pero qué cuadrilla de cuatrerros, de bandidos y mentirosos, de petreles antárticos. Malditos carroñeros estamos hechos. Lo que queremos es vivir sin trabajar, ser millonarios sin merecerlo, fastidiar continuamente al vecino, ¡porque nos causa un placer...! Mira como se hunde en su miseria. Destacar sin mover un dedo. Ser famosos con este cuerpo que sí, que nos lo van a comer o quemar. Asustaos. ¡Ah!, Jaime, mira por donde ya te ha salido otra canita. ¿Habrás que disimularla? Un nuevo problema. ¿Qué haré? Me la teñiré o dejaré a la madre naturaleza hacer. Quizá todo esté en el justo medio: puedo arreglarme sin obsesionarme. Cuidar lo suficiente el cuerpo no va a ser ahora terrible. No nos pasemos de repente al otro bando, que vale vale también.

Pero qué fácil es decir eso del justo medio, del equilibrio a alcanzar, de ser coherente, de ser de centro cuando nadie lo es ni lo pretende. Ahora que se me ha ido el dolor, puede que sea fácil dejarse llevar por el tiempo hasta que la muerte me alcance, pero ¿por qué cuando me dolía me quejaba y no intentaba dejarme llevar también por ese sentido? Ya has hecho muchas cosas Jaime, si ahora murieses ¿sería tan importante? ¿Y si muriese sin haber sido nada? Tino lo más seguro es que va a morir sin ser nadie, pero no le preocupa, él quiere construir su familia, vivir, contentarse con su variado ocio y se dejaría llevar por la figura de la tenebrosa siega, sin ningún atisbo de preocupación, si alcanzada cierta edad, sus hijos estuviesen todos ya crecidos e independizados. De seguro, que solo le preocuparía Andrea, dejarla sola para que llorara y sufriera por su culpa. Porque es tan tonta, que en vez de buscar rápido remedio, se refugiaría en un rincón de la casa para dejarse matar lentamente por las puñaladas de los recuerdos.

- Ernesto, ¡coño!, el desayuno.

Y nosotros deseando, pidiendo, exigiendo, gozando, gastando todas nuestras energías, única y exclusivamente para nosotros. Ya llegaremos a mayores y nos pagarán con la misma moneda. Incluso los listos, los que os casáis y tenéis “*hijos como meros auxiliares geriátricos*”. Graciosa frase la de aquel hermano hospitalario en aquella conferencia. Al menos, yo podré pagar unos asistentes en mi propia casa, porque Ernesto es capaz de morir antes que yo, cuyo única ligazón amorosa conmigo será el dinero. Eso no es cierto, Jaime. Pero igual hasta conspiran para asesinarme. Incluso Ernesto. Mal pensado, ¡loco! Gastemos, gastemos todo en nosotros para acabar gordos, rojizos, gotosos, cojos, freáticos, también ennegrecidos por nuestra avaricia, y exijamos, exijamos a ese estado del bienestar, que quizá no pete antes de tiempo gracias a la masa emigrante. Y eso que hay mucho racista en todas partes. Pero ellos exigirán un precio y deberemos aceptar muchas de sus condiciones. Es ley de vida, sino somos listos. ¡Ay! costumbristas modernos, ya os daré lo vuestro más adelante.

¿Qué podemos exigir cuando todo ya lo hemos exigido? Nada y la realidad se aparecerá cruelmente delante de nosotros, ¡de pronto!, sin avisar, segándonos cualquier posibilidad. Entonces será cuando todos tengamos la última posibilidad, desde un punto de vista egoísta, pero quizá valga la pena. Muchos rezarán, otros leerán algunas cosas más profundas, otros se volverán más sensibles a ciertas cosas, otros hasta comenzarán a intercambiar. Habrá que ver cuántos de estos se nos convierten en sinceros, pero la ley es la ley y solo cuando el palo nos noquea podemos aprender algo. Bienaventurados los que aprenden sin necesidad (y Perdóname). Siempre exigiendo. ... Pero ¿cuántos serán nuevos fascistas y comunistas irredentos? Sobre los neoliberales prefiero no hablar. Se me eriza la sangre en forma de salpullido sobre la piel.

- Bien imbécil, ya era ahora. Coge esa silla y tráete otra taza, que vas a desayunar conmigo, vas a compartir una bella conversación. Vas a aprender cosas buenas.

- ¿Y por qué tengo que hacerlo? Yo soy libre, so paternalista, aspirante a cristiano.

- Bueno, hazme el favor, ¿quieres Ernesto? ¡Buf!, estás aprendiendo demasiado.

- Menos mal que cuando quiere sabe pedir las cosas.

Jaime, como cualquier escritor que se precie, se forzaba a hacer viajes para forzarse a tener experiencias que le aumentasen el bagaje con el que escribir cosas impresionantes. Pero ahora había invertido bastante el proceso. Bien que su nueva novela forzaba el ojo avizor por el que inmiscuirse en la vida de las gentes para relatar, pero partía de un plan bien definido. Buscaba material distinto, porque comenzaba a estar bastante harto del mundo que le rodeaba. Lo único que hacía era recalar en puertos y estaciones para obtener pruebas con las que estampar lo más verazmente posible su teoría. Observaba, pero no se acostaba a propósito con aquella zorra para después contarlo de otra manera. ¡Qué mentiroso era en las novelas! ¡Y yo soy un puto de mierda! No hacía como en el pasado, que cualquier frase, gesto, color era escribible. Ahora el mundo de los escritores no filtra en absoluto. Cree que todo es válido y por lo tanto e ahí tanto bodrio, que no el nuestro claro. Justifiquémonos con honradez y sapiencia. ...

Cuando el paisaje trasunta a través de la ventana que al viajero le ha tocado en suerte tener, comienzan a rezumar desde el otro lado del vidrio una tal cantidad de sensaciones, que percibir las necesita de la profunda ordenación y calma del sujeto que visiona. Todavía no comprendía Jaime cómo la gente necesitaba de diarios, revistas y libros; de las películas que ahora ponen en los trenes; de las conversaciones estúpidas con los vecinos para entretenerse. Poca imaginación, o excesiva por su parte, pero era cierto que desde el otro lado campos y gentes, bosques y montañas buscaban nuestro compromiso.

En este viaje le dio la vena por algo delicado, pero que todo el mundo plantea sin ningún orden ni concierto. Ahora todos descubrimos las costumbres que jamás hemos experimentado. Antes, *intervalemos* la narración con el *Out In The Country* de **Three Dog Night**. Saltan encima de la hoguera para demostrar que todavía somos anim... gente ruin, pastores quizá que miramos hacia el cielo sin ningún atisbo... ¿pero quién pastorea ahora? Otros se disfrazan de muerte para no considerarla en ningún momento del año, asusta y es tabú a pesar de telediarios y películas. Es que no hay morbo cuando nos toca a nosotros. Todos corren delante de los toros y los que se caen por detrás; otros tienen miedo y les llaman cobardes; otros son cobardes ¿y por qué se fuerzan? Otros tienen miedo de verdad, pero también se fuerzan. Todos, como tontos, para que después todos volvamos a las oficinas. «*No podemos perder las tradiciones.*» Bien, dejemos divertirse a la gente. Tampoco hace demasiado daño, pero las tradiciones finalmente se perderán. Quedarán como estúpido retazo folklórico, sin ningún sentido profundo de por qué eran así.

Más allá vienen los salvadores de cientos de patrias y se amotinan y hablan y se imponen, encima. Corrigen tu lenguaje como el mejor autocorrector informático. Tienen la cara más fría que el propio monitor y pudiéramos confundirles con un chip, que por no verse no se ven claros, sino es que abras el ordenador o la tripa de esos tipejos. Estas chicas siempre están pinchando, fastidiando y nunca, en fin, como uno quisiera. Su cara amarga las flores que les regalas por única vez, porque al final pareces darte cuenta de tu estupidez, de cómo uno puede rebajarse por un instinto tan vital, y bajo, a una especie de anaconda de plástico. Y venga banderitas los tipos raquíuticos estos, con los mismos pantalones de siempre, que jamás van a llenar; se les caen y todo, pero queda bien y progresa. Con algún roto canturrean en lo que más les molesta, en las lenguas vernáculas. Son tan aburridos que hasta no tienen un estilo propio. Copian a la que odian, pero por pura envidia. América es criticada, pero a la vez codiciada. Como los nuevos pinzones, ahora vamos todos barrados, cuarteados, en diagonal o a la antigua tribarra, que por no ser ya no es ni de buen tejido. «*He estado en el Cañón, en San Francisco, en los Ángeles.*» El Sur siempre es lo mismo: un poco más grande que el cuartel del Ku Kus Klan y de ahí no pasan su diminuta prolongación cervical. Otros -como yo-, tal cantidad de películas de John Ford, de la época Hippie discos y del nuevo rock sureño, entre country, country and western, western swing, blues, rhytmth & blues, rock and rollo, boogie, dixie, todo tipo de jazz, del soul que no me olvide, que podían atender a algo más que a la mera opinión. Los otros pronto vuelven, se compran cuatro cd's con cuatro perras y triunfan entre los tontos a la vuelta. Vuelta a tocar ese rock mercachifle y apagado, porque ellos son eso: solo sienten el peso de su bolsa. ¡Ojalá el Niño les atiborre de plomo! No hay que desear mal, hermano. También es verdad, pero déjame divagar por estos altozanos donde ciertos hombres puede que todavía recolecten sentimientos de algún otro tipo.

Los políticos reutilizan toda esta edulcorada información, de tal manera, que crean y deshacen naciones mientras el pueblo se cree, que por ser mayoría o minoría intelectual, puede transformar la vida a su antojo sin acordarse de los diferentes. Los macacos no dejan entrar otros valores, porque de tan altos, pueden caerse de los árboles. La única ética es la mayoría o la minoría. Pasemos este maldito apeadero. No para el tren, y si lo hace, no necesito despotricar porque no vale la pena. Curas de cierta categoría, militares de nueva estampa, abominable tipo de populacho y demás engendros del que todos forman parte, sin hacer caso a su honrada y verdadera profesionalidad, porque no la tienen, enarbolando todo tipo de estandartes y banderas para amargarnos la existencia. Los verdaderos problemas son dejados de lado, porque los tontos, todos, les hacemos caso:

como malditas bandadas de termitas nos vuelven a atacar. Ninguna idea merece eso, ninguna idea merece matar a mi enemigo o a mi amigo, porque el mismo verbo no me interesa. Y los que igual, desde cierto punto, lo merecieran... ¿Y quién tiene la capacidad y la verdad de decidir? Prefiero seguir siendo un borrego del fútbol, pero no matar a nadie. Ahí están esos niños dándole al balón, prefieren continuar coleccionando cromos porque la única pelea la tendré en el colegio, y ahora en el trabajo. Los violentos... Yo creo que son los del primer grupo los que regurgitan. porque tantas veces no les hace caso nadie. También existe una porción de estos animales que no saben adónde ir, y el tiro furtivo, el trueno de la madre naturaleza les asusta, y como la peor estampida arrasan todo lo que encuentran a su lado por pura ignorancia y estupidez.

Vuelven a saltar encima del fuego. Van a Rusia, a los Alpes, a la Antártida, y en vez de calentarse con él, lo vuelven a saltar, anclando el maldito estandarte barrado o etc. etc. Quieren hacerse notar por algo tan vulgar. Por la amistad no, que cuesta y prohíbe el engaño. ¿Cómo robarías con ella, cómo acapararías? Y no se dan cuenta de la risa que me producen, ¡serán tontos! Pero muchas veces también me dan miedo. Sí, estoy casi solo, nadie me hace caso, pero continuo siendo libre, lejos de ser borrego, puede que me haga pastor, pero con dobermans como perros. “*La venganza no es buena.*” -me sigo diciendo. Maldito cristianismo que no practico, pero que aún recuerda mi subconsciente. También esto es cierto, pero solo es un juego de mi mente, de mi juguetona y ligera prolongación cervical. Déjame gozar con los Three Dog Night, pues estos americanos son tan diferentes a los del cliché, que por algo continúo yo tras ellos. ¡Qué noche de tres perros hace aquí en las alturas! Mira qué iglesia tan bonita. Oh, está llena de peregrinos de partido. Todos provienen de alta cuna, de pastores y aparceros que un día cogieron las espadas para formar la azulada orden. Ninguno es moro ni judío, y menos negro, porque anda, que todos estos de delante también son con lo obscuro. Hasta el negro encuentra diferencias entre la turba, la antracita, la hulla y el lignito. Todos quieren ser distintos para dominar, ¡claro! -¡huy!-, o para sentirse miembros de una fama que los demás no tienen. Quizá yo también con mi pluma hago lo mismo. Bueno, pero mientras caiga algún chiste o chascarrillo. Aquellos peregrinos enarbolan, entonces, estandartes de nuevo, y leen la biblia del revés porque si no, no se entiende. Dan discursos, se creen de tal pureza como el habano, que da asco tocarles, no se vayan a hacer cenizas y encima te manchen el jersey de vivos colores. ¡Ay madre, cuánta tontería! Yo soy, mi país es, mi continente es. Hasta los del otro lado del Atlas refunfunan por el poder abasí perdido. Todos, que son todos, que nadie se salva de la quema, que todo el mundo prende para saber cuál es el mejor idiota, cuál el mejor

estúpido. Hasta existen ong's y ongd's famosas que compiten entre sí.
... Que necesitan visibilidad para sobrevivir en este mundo de buitres neoliberal. ¿Y por qué no luchan, a la vez, contra el mismo sistema que ayudan a mantener? En ocasiones Jaime era demasiado trascendental y se agarraba a las películas apocalípticas. Que si la espoleta de la bomba se desequilibra peligrosamente sobre el percutor; que si el cometa aquel; y que todos espantados se pisan unos sobre otros, para que formando la mejor alfombra, yo me suba a la nave espacial que nos sacará de aquí.

¡Bah! Ya basta de tonterías, que el tren llega al final del viaje. Después de peregrinar diez estúpidos y cansinos kilómetros, giraremos por las altas cumbres para que sobre un llano aparezca una ermita que no merece tal insulto, hecha del fervor popular y ahora ultrajada por los habitantes de las planicies que dan a las costas. ¡Hombre! si hasta te regalan una copita de cava. El dinero de los impuestos retorna al verdadero proveedor tras sumergirse y sobresalir en varias ocasiones como el Guadiana. El dinero que el estado reparte a partidos y sindicatos tendría que dedicarse a otra cosa más justa. Estos costumbristas modernos no me agradan nada, porque te pueden dar la puñalada por la espalda como Bruto. Es la única forma que tienen de ganar. Aunque César tampoco era manco con su ejército. Pero el problema es que yo no soy César, ¡coño!

Jaime no podía dejar de acudir a aquellas fiestas, porque sus compromisos hacía años que habían sido adquiridos. No podía romperlos del todo, porque tenía que guardar el equilibrio. Era cierto que mucho menos acudía a ellas, pero también una huida, de golpe, hubiese sido de lo más ilógico, no por cobarde, sino por la misma ética que estaba alcanzando durante estos últimos tiempos. Excusémonos. Enfrentarse al enemigo no era hacerlo solo con la pluma, sino que frente a frente, desde cierto punto de vista, era más loable. Más efectivo puede que también, porque según como se planteasen las cosas, hasta podían ser receptivos, y eso con el tiempo puede producir hasta algún cambio. Cuando conviniera el ataque, porque los seres eran indomables y tan perversos, que solo merecían el camino que viene tras la zanahoria, usaría la mayor violencia verbal. Todo dependía del tiempo, del lugar, del grado y de la consabida gente. Este mundo, tan complicado, que hasta complica el mal haciendo mil tirabuzones, dispone de tantos trajes, que a uno hasta le llaman intelectual por ser sastre de tanta estirpe.

Una tarde noche tendría que acudir a una fiesta donde la flor, nata y crema, y hasta un poco de canela en rama, de la Barcelona punch, intelecta

y moderna concurriría como a un hormiguero. Él ya estaba ocupando un margen demasiado lateral, pero como sus amistades y su inteligencia eran inconmensurables, no debían rechazarle. Hoy día solo lo rechazan a uno cuando ya resulta insoportable o es demasiado beligerante, cuando es pobre y etc. Si es el caso, que todas sus gracias se pueden reír y presenciar sin más molestia que alguno de los picotazos de los mosquitos de este verano a punto de comenzar, se pueden hacer llevaderos estos seres extraños de los que también necesita este escenario mundial, el del mayor espectáculo de la vida, el teatro mundo del que tantos ya han hablado, mucho antes y mejor como Calderón.

El palacete Albéniz fue el lugar elegido para la fiesta y ello jugó mucho para animar la presencia de Jaime. Este palacete está sobre la redondeada montaña de Montjuic, que por su parte trasera es escarpada y se desploma violentamente sobre el mar. La parte fina y estética no es contraria a ésta y realmente es otra cara la de la vida, pero de una vida azul, claro, del brillante sol nuestro y de la naturaleza que explota desde la primavera. Los parques y lugares recónditos abundan en Montjuic. Solo parece montaña, vista desde cierto punto de vista, y aún así no pasaría de un altozano si no fuese majestuosa por ese lado del mar. Pero esta parte abierta desde Colón es muy verde y da unos ánimos más proclives. La montaña descende hacia la plaza España y los altos edificios del Paralelo la esconden a pesar de su menor altura. El punto de vista tiene mucho que ver. Pero si estamos arriba, hasta en sus partes más bajas el predominio de la ciudad se hace profundo y bello. Desde la parte más íntima de la montaña, volvemos a parques y espacios intrínsecos, la misma lo es menos, porque dispone de espacios lo suficientemente llanos como para engañarnos. Pero al mismo tiempo, cualquier senda desconocida nos lleva por grandes pendientes, que en muchos lugares son ayudadas a superar por antiguas escalinatas de un profundo declive. Entre todo este espectacular, y difícil de concebir relieve, descansaba el palacete Albéniz, buscando entre diferentes y suaves niveles su espacio de reposo. Deseaba perpetuarse por siempre. El gran animal arquitectónico tenía vida, y no solo eran sus hermosos jardines los que adjetivaban esta característica. Eran las mismas piedras las que bien acordes con el entorno formaban un inextricable conjunto. No podía haber existido nada antes ahí del palacete. Aquel lugar era para siempre y por siempre de él mismo. Los estímulos hacia este tipo de exageraciones provienen de una infancia o adolescencia dificultosa, nada realista con el entorno, exagerada en fantasías que denotará dificultades para madurar y conseguir los objetivos previstos por cualquier persona mentalmente equilibrada. Esta panfletada o renglones libelos son deglutidos en algún manual de psiquiatría, no pasado de moda, sino que ni lo estuvo.

Tristemente es el empleado por muchos profesores e intelectuales, que ante la propia pobreza de espíritu, pretenden amargar a los triunfadores del parnaso. Exagerando ahora a los del equipo de Jaime, podremos estar todo el día sobre cualquier árbol de los jardines, sin comprender tampoco mucho más. Jaime conocía ya el palacete, pero desde hacía poco tiempo se había ilustrado más en su significado por Tino, que por él mismo. En estas descripciones y pensamientos no sabríamos decirles cual porción y calificativo pertenecen a cada cual, aunque en una obra literaria esto es lo que menos importa, porque si no dejaría de serlo por ello mismo, al convertirse en un manual o reglamento. Eso demuestra que cualquier obra literaria, y de cualquier tipo, juegue mucho con la confusión, porque lo único que busca es ir rellenando el pobre tiempo de nuestras vidas, quizá con algo vacío como puedan (digo puedan) ser muchas de las páginas de este libro. Pero qué agradable puede resultar entre las manos de alguno o alguna, pasar el tiempo así, imaginando, especulando sobre algo que yace y sucumbe para volver de nuevo a renacer sobre nuestras cabezas, tras la siesta encima del césped. Así se imaginó aquel primer tamiz verde en la misma entrada a la fiesta y que era el propio acceso al conjunto del palacete. Le pidieron la acreditación y él continuó ensimismado durante unos segundos largos, hasta que aquel gracioso guardia le volvió a poner la invitación entre sus dedos. Tenía humor e iniciativa aquel vigilante y ello se lo hizo saber el propio Jaime.

- Continúa siendo así, sé sin exagerar, tú mismo, porque esa iniciativa, que no obedece ni al miedo ni a las formas, te hará feliz.

- Muchas Gracias.

El primer consejo ya estaba dado y aunque todavía eran las seis de la tarde y el sol parecía incluso envalentonarse más, podía acompañarse el primer paseo con el *Nocturne* del Carmen de **Bizet**. Los pocos edificios existentes eran bajos, sus tejados llanos y los rincones ¡qué mágicos! Se quedó contemplando desde un balcón: sí, eran unas escaleras que conducían a una terraza que se posaba a través de unos grandes árboles para dejar ver de frente la ciudad. El balcón tenía sentido, porque era difícil ver Barcelona desde cualquier parte del recinto. Éste quería descansar del bullicio, esconderse de toda su falsedad y solo ofrecía aquel balcón para recordar, a los que tenemos un innato e inevitable sentido geográfico, que la gran urbe estaba, por desgracia y suerte de contrastes, para nosotros ahí mismo, ahí detrás. Pero cuán lejos si sabemos emplear la imaginación.

- Jaime, encanto, ¿qué haces aquí?

- Lo mismo te digo, Isabel, guapa y alta como siempre.

Isabel era una despampanante mujer alta. Morena y de rasgos equilibrados, su rostro era grande como debía corresponder a su figura. Labios, ojos y nariz eran lo suficientemente formados para no resultar desproporcionales. Sus pechos y piernas, sus brazos y torso eran inconmensurables. Sus hazañas habían sido variadas entre los principales grandes hombres de Barcelona de tipo inteligente. El tipo inteligente, para ella, era saber de buenos restaurantes, de tener buen estar, de poseer una cultura artística y suficientemente variada, y de poder hablar sobre cualquier tema dignamente contemporáneo, para no meter demasiado la pata. Aunque también se acostaba con listos estudiantes, cargados de cierto estilo y sensibilidad, aunque no tuvieran dinero. Era entonces cuando ella pagaba los restaurantes. La mujer actuaba como el hombre, por fin, es decir, mal. Vestía bien y finamente y Jaime dejó que su libido jugase con ese bomboncito que la saludaba.

- Continúas enamorando incluso a los más pobres de espíritu como yo, a los que más nos cuesta ver lo que realmente tenemos delante de nosotros.

- Perdiste tu oportunidad, Jaime.

- Uno es tonto. Finalmente aprendo, pero cuando reaccioné ya estabas con aquel banquero tan letrado, y no solo por las de cambio. Por cierto, ¿el de ahora tiene una cadena de supermercados o de automóviles de alquiler? Imagino que también letrado-. Aquella puntilla no era tal, porque Isabel tenía por muy honradas ambas profesiones.

- Mira, ven, te lo presentaré, se dedica a hacer mapas para el Instituto Geográfico. Es decir, es el jefe de un equipo de cincuenta personas, aparte de tener una gran herencia de sus padres y de poseer miles de acciones.

- Isabel, eres grande, ¡grande!, ¡muy grande!, abriendo los brazos como un payaso en el circo.

- Juan, ven a conocer al gran Jaime.

El cucurucho, sorbete o guirlache caminaba torpemente sobre aquellos algo largos pantalones, porque parecía que quería dar a entender que ella no era mucho más alta que él, y lo único que hacía era ridiculizar más la escena. Pero como Isabel lo sabía, y no le importaba la relación, continuaba adelante, porque la hembra macho era ella y ella era la que con sus faldas y curvas llevaba adelante la agradable pasión del dinero de la fama. Este nuevo tipo de mujeres ya han existido, pero ahora han obtenido un poder legal que ya las va a hacer imparables. Son los tiempos, así que a callar.

Cuando Jaime pudo desprenderse de Isabel, lo cual fue fácil, porque en estas fiestas todos son compromisos adquiridos y saludos tenuemente convincentes, se dirigió hacia donde al aire libre estaba montado el cóctel.

La gente solemos acudir a estas fiestas para saludar, comer y pecar de orgullo por la propia invitación. La primera acción es muy triste, porque nadie se preocupa verdaderamente del otro. Todos son miradas de arriba abajo o viceversa, dependiendo de la costumbre de cada cual en la orientación del lector óptico. Los escáners humanos a Jaime le ponían cada vez más nerviosos, porque cada día más iba prescindiendo de los convencionalismos humanos, que solo pretenden quedar bien, es decir, fingir aunque uno tenga la peor descomposición del mundo encima. Ciertas personas reaccionan con rabia y hasta violentamente frente a estos convencionalismos. Suelen acabar mal, echados a patadas de las fiestas, muchas veces merecidamente incluso, denotando siempre falta de experiencia e ingenuidad. Jaime aprovechaba las armas de las ninfas y diosas de las artes para sonsacar sonrisas incluso ajenas, porque en el fondo este mundo ya tiene bastante llanto para que a las actitudes que lo provocan incrementemos su volumen lacrimal. Además, de esa manera constructiva, el segundo tema, que no es el menos importante en estas fiestas, servía de tentempié para goce de nuestros sentidos y el mejor llevar de nuestras amarguras. Al cabo de un rato, Jaime estaba ya algo calentito y con ganas de guerra, y buscó entre los grupos más ligeros de los que van a las fiestas éstas solo para reír y bromear, aunque sea a costa de los demás.

- Eh, Santi, sinvergüenza, de nuevo aquí ¿eh?

Santi era abogado, pero un abogado distinto. Ante todo dejemos las cosas claras, era como los otros, embaucador, tergiversador, podía convertir la más divina verdad en una mentira que cualquier simio se había sacado de la manga (trabajaba en un circo, por lo que tenía derecho a uniforme). Su pelo era voluminoso, ondulado, negro y largo en recuerdo a su etapa progre, de la que inmediatamente hablaremos. Siempre iba con chaqueta, pero era lo suficientemente moderno y estándar como para no parecer un elefante decimonónico o un engarce entre pimpollo y agente de la alta costura. De joven era soñador, creía en la época revolucionaria como creyeron muchos jóvenes de los sesentas, pero como fue coherente, un día se dijo, me caso, administro bien la herencia de nuestro padre, para que con unos hijos que mantener, dar el sentido a esta broma de la naturaleza. Era de Vendrell y era catalán desde muchos puntos de vista, pero incorporaba una resolución y gracia, donde su propia profesión de mundo pudo animar, todavía más, dicho carácter, que parecía ser general al de muchos a los que admiramos, pues jamás te puede mentir, porque él mismo ya te avisa, con su tono de voz o con sus gestos, no de mono, cuando miente. Quitémonos todos la máscara: cualquier persona que pretende sonsacar dinero y

prebendas, o que su único interés consiste en mantenerse a flote sobre cualquiera -la vida es dura, lo comprendemos-, ya puede provenir del norte, del sur, del este o del oeste de España, que nunca será tu amigo, porque jamás sacará la cara verdaderamente por ti. Si hasta los que creemos amigos dudamos un día de ellos, porque no esperábamos que hiciese o dijese aquello. Este abogado era gracioso y se le veía el plumero enseguida, porque él te lo ofrecía de primeras por el propio mango. Era muy culto y cuando la literatura o la música clásica y modernas pululaban en frases por el ambiente, de pronto se agarraba a ellas para, si provenían de un buen entorno, aumentar la jarana. Jaime y Santi siempre acababan eufóricos. Sin llevar una relación de amigos, sin quedar a propósito, sin buscarse por todos los lugares de este mundo, como los enamorados que inician la enfermedad que les une, terminaban haciendo creer a la gente que sus locuras, que nadie entendía, eran efecto de una amistad añeja y tenaz. Eran muy finos los convidados en su definición, tanto, que a veces eran carcas.

- Oh Jaime, he leído ya diez libros del autor que me recomendaste. Que cachondeo, que ligereza, que me he quitado veinte complejos más de encima -y esto era dicho delante del director de una de las cámaras de comercio de Barcelona y de la presidenta de una asociación de voluntarios hospitalarios que no precisamente se dedicaban a hospitalizar gente-. Ese Woodhouse es un genio.

- Pero si no tiene nada. Es humor sencillo, pero infalible.

- Por eso será, qué claro, qué fino y qué ácido cuando quiere. Da leña, leña. Un clásico, hombre, un clásico. Habría que dar más leña por aquí -y esto lo dijo con una expresión que miraba alrededor, pero sin malicia, sin la enfermiza expresión de un radical de izquierdas, o tan siquiera menos, de uno de esos mismos de la Izquierda Siempre Desunida. Él quería reír, porque era la mejor terapia en este mundo y ya le podían decir y decir, que él conocía cien jueces, las cien fulanas de esos cien jueces y todos los chanchullos que siempre se han dado y se darán en este mundo, desde que éste es tal y desde que éste es cual, cuando la especie bípeda de dos patas consiguió alcanzar, por fin, el dominio.

- Vamos aparte -prosiguió-. ¿Sabes la última? Que el Juez Roldán ha podido desembarazarse de su affaire gracias a la complicidad de Calzaslargas-Gómez. La empresa era fantasma, pero al final, como era propiedad del propio juez, pues, sí, se la traspasó, ¡coño!, pues todo ha quedado en que no existe la empresa, porque ha sido recién adquirida y claro, el caso es de los años ochenta. Y ahora se ven con el problema de que hay juicio y denuncia, pero sin hechos. Que encima están buscando a los culpables de las denuncias y ¡que no se presentaron en la primera

sesión! Yo fui defendiendo a uno de mis clientes y al final no sabíamos si éramos encausados o damnificados o yo que sé . Lo cierto es que se ha sobreseído todo ¡y a callar!

- ¡Cómo decía Joaquín!

- ¡Claro!

Jaime no acabó de enterarse muy bien de la película pero intuía, siempre intuía y esa era una pericia o un defecto según el momento en que dicha categoría psíquica actuase. Su conclusión fue frenar a Santi, hacerle hablar más claro y terminar advirtiéndole que aquello era un nuevo caso de policías y ladrones. El cachondeo duró tiempo y tiempo, y en aquellas filigranas bucales podía verse a dos personas, que bajo el ya menos claro azul del cielo, se lo pasaban muy bien. No necesitaban de nadie más, y todavía ayudaba mejor a lo variopinto, el hecho de que las luces de la ciudad y las farolas de los jardines del palacete comenzaban a penetrar el alma de personas algo más sencillas, en las que parecía existir todavía viejas ideas románticas de hechos posibles, de traiciones imposibles y de dones sin servicios de contraprestación. El mundo tecnificado nuestro hasta ha borrado de las expresiones la belleza, para convertirlas en unos renglones más con los que plasmar innumerables informes, que únicamente sirven para justificar el trabajo realizado o no realizado, pero jamás para suscitar grandes cambios. Por eso, sin promoverlo, el alcohol produce en nuestros pequeños héroes, cuando pueden hacerlo, estampidas y huidas de ese infame orden social. Los mínimos convencionalismos aparecen, bajan la voz cuando notan haberse pasado, pero sus ideas se configuran una detrás de otra para demostrarse, aunque sea entre vapores, que todavía no nos han mecanizado cien por cien. Y si nos mecanizamos cien por cien, nuestra es la culpa. Al cabo de una hora lo dejaron, Santi debía volver a su nido, cumplir con sus hijos y hasta con su mujer. El cuñado, enfermo de arterioesclerosis, necesitaría de los debidos cuidados antes de acostarse todos, por lo que la realidad vuelve a insistirnos cada día con su martilleante crudeza. Según el amor y las circunstancias, el efecto sobre nosotros será perseverante, enriquecedor incluso o destructor de nuestra vida, y así nada didáctico. Por desgracia, esto no es todavía el paraíso y necesitamos del dolor para aprender, pero qué bien lo llevaba este Santi. *«De seguro que siempre habrá sido así.»*

Uno de los propósitos por los que también acudía a la fiesta, era para buscar y hablar con Pérez. Ya se habían visto y se habían hecho la señal correspondiente para citarse luego en secreto. Antes tenían que cumplir los compromisos, sobre todo el maestro Pérez. Pero ya no odiaba sus hábitos.

Pérez era así, algo imperfecto para él. Jaime juzgaba pero no condenaba; tampoco clasificaba a la persona siempre en la misma casilla de su enciclopedia humana. Todo dependía de los nuevos conocimientos que se tenían de la persona. Para él juzgar era valorar, pensar, opinar sobre algo o alguien, aunque fuera equivocadamente. Nada malo le iba a hacer, según el resultado de su valoración. Quizá esta palabra sea más acertada que la palabra juzgar, porque con esta se han hecho demasiadas barbaridades. Hoy estamos en un mundo en que decir la verdad, decirlo bien alto y claro, es pecado, es hija de nuestros prejuicios y complejos, no dadora de nuestra personalidad, sea más o menos perfecta o más o menos imperfecta. Esta hipocresía del nuestro mundo actual cada vez engañaba menos a Jaime, porque todo terminaba siempre en lo mismo. Cuando queremos criticar la riqueza sobre la injusticia, la traición sobre la sinceridad y la pasividad sobre el enfrentamiento a los problemas, cuando queremos justificar lo que nuestros padres, llanamente, llamaban lo malo sobre lo bueno, es decir, el pecado, es que hemos vuelto mucho más hacia atrás de donde hemos partido, porque criticando a los antiguos déspotas, queremos ser diferentes a ellos, pero conservando, para nosotros, los honores, para encima reafirmar nuevas injusticias, que a nuestros ojos no lo son, pero que nos convienen y que los otros, nuestros supuestos hermanos, sufren sin lentes. Debemos creer que la tecnología puede esconder, sin problemas, esas nuevas iniquidades y desafueros.

Le quería proponer a Pérez algo grande, algo diferente a todo lo que hasta ahora estaban acostumbrados. Le iba a ofrecer una novedosa idea, que pocas veces se había llevado a cabo. Quería escribir un libro en común con él, pero la diferencia radicaría en que dos escritores, que se habían ido distanciando entre sí, según las malas lenguas, pusieran sobre las mesas sus diferencias, para que sin resquemor y con el mayor convencimiento constructivo, edificar algún Exín castillos o Tente que nos devolviera a ese trasnochado, pero tan influyente mundo de la infancia. Perdón, una vez más el narrador ayuda a confundir las cosas más que a aclararlas. Tendríamos ya bastante con los pensamientos de Jaime, pero en ciertos libros se supone que debemos dar rienda suelta a nuestros más elevados *distintos* -de distinto, diferente-. Un nuevo míster Hyde puede caminar para reverberar nuevas sensaciones sobre nosotros.

Le vio por fin en el momento decisivo. Ahora ya tendría que decírselo, proponérselo. Ahí estaba rodeado de la mejor *crème* de la alta sociedad, de esos ricos que tan bien visten y se lavan, que tan bien puestos llevan los complementos. Con el adecuado detalle, unos gemelos, el bolso, el pañuelo hacen el juego preciso con su entorno, sin perder el objeto su propia personalidad. Es ese difícil juego en que todo debe ser un conjunto donde

resalten las pinceladas sin ser estentóreas. Jaime terminaba, por otra parte, vistiendo adecuadamente. Causaba impresión, y siempre más, cuando por su gusto sincero se dejaba llevar. Una persona de carácter equilibrado y amante del arte no necesita mucho mirar a su alrededor para no hacer la risa, y al contrario, ser causa de una atención galante. Iba Pérez, por otra parte, con su correspondiente colgante exotérico. Éste era el de las lluvias de unos indios americanos que atraían con él el poder artístico que la madre naturaleza ha regalado a sus fuerzas, y que uno puede llevar, no necesariamente yendo sin paraguas y ni tan siquiera lloviendo. En esta sociedad amable, que todos hemos creado, el amuleto colgante atraería sin ninguna molestia lo que necesitáramos en cada momento. Y de manera inconsciente y precisa, porque sino de qué serviría, ayudaría mejor a una mente preparada, preconcebida para la creación. Semejante explicación se la había inventado Jaime, porque no conocía precisamente aquel amuleto ni sus características, pero estaba basada en otros collares y anillos, que en multitud de fiestas y jolgorios, se habían explicitado por su boquita de piñón. Le vio por fin el propio interesado y le hizo la señal conveniente para que se acercase al grupo, perdón, alrededor de la fuerza centrípeta que él formaba.

- Por fin estamos ya todos juntos. Faltaba Jaime -abrazándole con fuerza y energía, con la mejor expresión que podía dar su rostro-, el hijo pródigo que desde hace tiempo parece esquivarnos a estos simples mortales que somos todos nosotros. Tú Ana, hermosa y ninfa de cualquier Dios -en otro tono más bajo, girando la cabeza, pero sin apartarle la vista a la susodicha-, de algún gran amante, por desgracia mortal, aunque por gracia grande, fuerte y guapo, debes siempre preciarte-. La misma Ana era la que más reía-

» O a ti también, Susana, la del arte ligero, pero contumaz, creciente. A primera vista ¿la observas bien Jaime?, parece que cualquier ligera brisa se la va a llevar muy lejos, pero poco a poco vamos viendo en ella esa fuerza que hace, de su aparente reducida contextura, una simple metáfora. Cuando la conoces ¿quién no se casaría con ella para gozar todas las noches de la fuerza de las cataratas? -Continuaron riendo. Hasta el propio Jaime comprendía que Pérez, como comediante, era el mejor. Al menos, en los momentos triviales enardecía los ánimos.

» A ti no te dejamos para el final, Elizabeth. Los bocados finales suelen ser los mejores. Y perdonarme vosotras -miró a Ana y Susana con la mayor dignidad. Se les suele guardar el final a lo grande, a lo mayor, a lo fantástico, como el niño inteligente deja su crema para mucho después del postre. Pero como en este caso, las comparaciones son odiosas y las tres

sois lo máximo y mejor en lo vuestro, alguna debía ser la última y tú -dirigiéndose ya a Elizabeth-, gozo del sol, desnudas cualquier tímida alma para distanciarle de todos sus complejos y así pueda ya gozar, por fin, de las frutas de la vida. Curas cualquier enfermedad de amor y de ánimo.

- ¿Cómo me he de tomar eso Pérez? -le contestó maliciosamente ella con su sonrisilla.

- Como tú sabes contentar a los pobres de espíritu, ¿qué harías con uno grande como Pérez, y perdóname la inmodestia, o con alguien aún mucho más grande que yo? -Y le adivinó la intención Jaime, cosa que no le importaba, porque pasar una noche con Elizabeth sería tal como lo había definido Pérez o aún mejor

Pérez era un artista de la hipocresía. Todo el mundo sabía que podía fingir cualquier situación y en cualquier momento y lugar; era un comediante, un personaje en cualquier tipo de teatro, forzando con verdades y mentiras, con gestos creíbles y menos creíbles. El rey de la comedia, del drama se goza precisamente con toda sus habilidad delante de cualquier público, y nunca sin ningún rubor, ¡claro! No pretende conseguir beneficios económicos, ni tan siquiera carnales. La farsa era el aire fresco que necesitaba cada día. La gente estaba tan por debajo de él, que necesitaba maltratarla de esa manera, pero el desprecio se representaba con muecas y miradas tan sutiles, que uno que no le conociese se despistaría enseguida. Los que lo conocían precisaban de su arte, porque, no obstante, era respetuoso con todos ellos cara a la galería, y eso es lo importante hoy en día, que a uno no le ridiculicen. Incluso, todo el mundo deseaba estar con él, porque era un buen divertimento en este aburrido mundo de las relaciones públicas de alto *standing*. Su juego terminaba como riéndose de todos, pero era tan sigiloso y tan ligero con los menos inteligentes, que qué importaba. ¿No era él el gran Pérez? Pues ya está. No pasaba nada, los genios pueden tener todas estas prebendas, para algo están en la cúspide. Pero Jaime ya le conocía demasiado y era bastante genio también él, como para dejarse tomar el pelo. Le cogió del brazo y se lo trajo para sí.

-Os lo quito un ratito, le voy a proponer a Pérez algo deshonesto-. Y el murmullo risueño fue quedándose atrás mientras lo iba llevando a un extremo del parterre.

- Para, para, que van a pensar mal, que estamos a punto de entrar en el bosquecillo.

- Pérez, te propongo un asunto. Ya sé que he estado bastante estúpido contigo estos últimos tiempos, y aunque muchas veces te lo merecieras, vayamos al grano y seamos prácticos.

- Me gusta el planteamiento. Suelta desde tus adentros.

- Te propongo escribir un libro en común.

- ¿Cómo?

- Sí, hombre, dejemos nuestras diferencias, bueno, las que el público cree que tenemos últimamente, aunque nosotros somos muy distintos en cuanto a nuestras maneras de ser y de escribir, ¿para qué mentir? Pero hagamos algo estupendo por eso mismo. En este mundo de hoy, todo son celos y peleas. ¿Por qué no espetarles a los lectores en toda la cara cómo Pérez y Jaime también pueden hacer algo en común a pesar de sus distancias y disputas? Incluso más, expresan en capítulos diferentes sus objeciones, diferencias y complejos incluso. Las envidias, ¿hasta por qué no? Y así les enseñamos a todos estos pazguatos, a todos los demás infelices, a todos los humildes y sinceros, grandes y pequeños, que el mundo es re-construible y que nuestros fallos, bien llevados, pueden ayudar a mejorar nuestra vida, nuestra manera de pensar y actuar, la de ellos incluso, la de nuestros queridos lectores, la de un ambiente como el que hay hoy aquí? En el fondo sería algo constructivo, mejor dicho, edificante.

Pérez se lo miraba atónito, pero su real expresión supo disimular el sentimiento poco a poco, mostrando, cada vez mejor, un rostro sonriente y como un poco sorprendido, para disimular perfectamente.

- ¿Ves por qué en el fondo eres el mejor?

- No me salgas con esas.

- Es la verdad. Ahora nadie me escucha. Estás equivocado en muchas cosas, pero en las cuestiones catárticas, las que mueven realmente el planeta, en las situaciones de cambio, tú eres el primero en darte cuenta. Quizá no lleves a mejor puerto que yo, ¡ja, ja!, estas ideas, pero tú, de seguro, eres el que las inicias, el que las inventas. Eres el precursor. ¡Acepto! -no nos lo podemos creer-. Hablaremos, hablaremos mucho del proyecto, nos peharemos y discutiremos, pero ya verás el resultado, digno de ti, gran genio, digno de ti...

- Pero de eso se trata. La estructura sería bien sencilla, pero la mejor, siguiendo los pasos de tu sabiduría. Tú eres mucho más sabio que yo, y el mejor comediante. Yo escribiría un capítulo, tú me contestarías, te volvería a replicar y así hasta quien sabe dónde y cómo acabaremos. Pero de lo que se trata es de que seamos lo más sinceros posible.

- Dentro de un orden. A la gente hay que ayudarla. Quizás tienes razón desde tu crisis, pero no le des toda la mano, porque el hombre, malo por naturaleza, el que todos llevamos dentro, el salvaje mono, te la puede morder.

- En eso estoy bastante de acuerdo contigo, ya sabes.
- Sí, no hay nada más sencillo y genial. Un bis a bis por capítulos y el mundo que se sorprenda, el mundo que aprenda, que investigue y que saque hasta sus propias conclusiones.
- De seguro, que contigo dentro del proyecto, ya estoy viendo a Antonio haciendo él mismo funcionar las prensas.
- Sí, eso es verdad. Últimamente tus proyectos los ve con lupa. Finalmente los edita, pero el majadero, la máquina de hacer dinero, se lo repiensa.
- Menos mal, que cuando quieres Pérez, pareces distinto a la gran vulgaridad que nos rodea. ¿Por qué eres realmente de otra forma cara a la galería?
- Me estás insultando, bueno, definiendo. Somos diferentes, ¿no? Si no ¿qué batalla dirimiríamos en este nuevo proyecto tuyo?
- ¡Qué verdad dices, Pérez! -y le agarró con mucho afecto de los brazos como hacía tiempo que no recordaba-. De eso se trata precisamente y yo ya de salida te quiero controlar. La primera batalla la has ganado tú de calle. El Jaime moralista, el que cree que todos los demás están equivocados, que todos son unos inmorales y sinvergüenzas, unos perversos y traidores, unos hipócritas, que solo buscan la fama y el dinero, ¡claro! Yo, pretendiendo dar lecciones a mi enemigo y él me da la primera. Algo grande puede salir de esto-. Jaime estaba enardecido porque de eso trataba su idea. Quería reconstruir, que todas las personas tuvieran la posibilidad de mejorar, de dejarse decir las cosas sin ambages. Nuestros defectos saliendo a la luz, incluso pública, pero no para ser simplemente criticados e ironizados, sino para que con toda la baraja sobre la mesa, ayudarnos mutuamente en la reconstrucción social que nos haga a todos convivir mucho más felices.
- Pero no te fíes mucho de mí. La idea por algo ha sido tuya. Yo soy demasiado cerebral, puedo traicionarte incluso, pero como en el siguiente capítulo té puedes contraatacarme... Me gusta, me gusta la idea cada vez más.
- Y desde el otro lado, las tres mujeres los veían haciéndose esas carentoñas que algo las extrañaron, pero a las que finalmente optaron por concluir con un «*Son escritores, ¿qué les vamos a hacer.*» «*Pues un buen nudo en la cama -dijo una.*» «*Ja, ja, ja.*»

Al rato, después del guateque, cuando las estrellas florecieron por doquier sin que se pudieran ver en una urbe llena de artificiales y cubierta por esa bruma imperceptible, pero que es fruto de nuestro continuo trajín, el grupo de cinco se reagrupó. No recordaba precisamente a otro de cinco, mucho más comedido y dispuesto para alcanzar elevadas metas. Nuestra

mente, pseudo-enfermiza, dona lugar a engarces poco afortunados muchas veces, pero podemos luchar frente a ellos proponiendo nuevas alternativas. Y es que era gracioso verles a todos bastante ya alterados por las copas, cuando uno comenzó a hacer el guau guau sin ton ni son. No era otro que Pérez, que perseguía a Ana. Ana se dejaba atrapar y Jaime reía y reía como un niño. Realmente -pensaba- no dejamos de serlo ni en los momentos más grotescos. Elisabeth era obvio que se iba acercando a Jaime y Jaime se dejaba querer porque la noche le tenía reservada esa recta final para desfogarse de todos sus complicados pensamientos. Él no era perfecto, no podía ser pecado dejarse domeñar por su propio cuerpo. Bien es cierto que jamás alcanzaría un definitivo nivel filosófico y artístico, porque por mucho que hablara fácilmente, caía rendido a sus impulsos, pero era tan guapa, ella le deseaba y ¿qué mal hacían a nadie? Debía consumir como cuando tenía sed y hambre, y lo solventaba con el agua y el pan. Susana sería la que condujera, y no le preocupaba no acostarse esa noche con nadie, porque ya lo hizo ayer; no obstante, le preocupaba no tener una pareja mucho más fiel con la que compartir algo más, pero eran los tiempos, no tenía que ser débil, porque ella tampoco sufría por los corazones que había destrozado. En el fondo, puede que algún día alguien se fijara, aparte de en los sofisticados brocados que entreveían su bello interior, en lo suave que sería la vida a su lado. O no, o precisamente por todo ello, sería una no tan suave convivencia. También todas las mujeres modernas poseen finalmente, como objetivo y quizá más, el compartir la vida junto al príncipe azul, rojo o verde, sobre todo cuando se acerca la cuarentena, momento ya tardío para nuevas acciones arriesgadas. Pero de eso se trata en esta vida contemporánea, de no arriesgar y de ser fácil y continuamente feliz ¿no? Pues a sufrir también tocan las campanas después. Luego vendrán los lloros, la cruel soledad y el psiquiatra que únicamente podrá contener los peores achaques, porque la vida, nuestra senda, ya ha sido trazada y el material se ha endurecido definitivamente para que el escoplo ajeno la puede recincelar. Susana sabía que gozaría con quien quisiese cualquier otro día. ¿Y por qué no un trío con Ana? Hum... Se lo propuso y todo fueron risas hasta el momento del goce. Se reían de Jaime; él era diferente, no podía soportar las experiencias extraordinarias, porque *“el amor suyo aún es antiguo”*.

- Hasta para los amores de paso Jaime emplea esas reglas. Solo la intimidad puede corresponderse con dos. Más, como dice él, es mundano, foco de chafarderos, donde meterían las narices cualquiera de las cucarachas periodísticas de hoy en día. ¿Eh, Jaime?

- Claro -y se iba mirando a Elizabeth mientras le hacía manitas en el asiento de atrás. Pérez se desgañitaba de risa y en los semáforos en rojo tocaba las piernas de Susana, al mismo tiempo que se dejaba besar su cuello por la hembra Ana: era su turno juguetón desde atrás.

- Mi amorcito -jugueteaba Elizabeth.

Susana conducía mientras, pero mucho más tenazmente. A pesar de sus efluvios, lo hacía perfectamente, y más cuando iba a pasar una súper noche con su amiga y el semental de al lado. Qué de señales se hacían Ana y ella, qué vida más hermosa. Llevarla en aquellas condiciones, sin molestar a nadie, respetando todas las normas y convenios sociales. Las leyes ¿para qué discutir? Habían alcanzado lo que en los antiguos imperios se hacía igualmente, pero allí la venganza y la ambición se supeditaban muchas veces a la pasión. Ese era el error y la sangre cursaba los ríos cuando lo único que tenía que haber manado, de cualquier fuente, era el amor. Parecían no darse cuenta de que el mundo era mucho más grande; más allá de Barcelona, de España y de Europa estaba el resto de la humanidad. Pero aquella colla de salvajes, aquel montón de pueblos semisalvajes estaban todavía muy cerca del pasado o habían impuesto una reacción todavía peor a la que querían vencer. La libertad individual era la panacea que en Grecia y Roma se atisbó someramente, como ya desde el siglo XVII también en muchos lugares de Europa, pero no ha sido hasta hoy cuando definitivamente los convencionalismos han caído. Susana no sabía nada de esclavos ni de explotados, siempre había tenido dinero igualmente, ¿cómo comprender a esos inmigrantes de la propia España que vinieron a matar el hambre aquí a Barcelona! Solo supieron formar familias y criar hijos. Ahora éstos y sus nietos les están enseñando nuevas cosas. Como se ve, Susana únicamente veía los efectos, no fijaba la cámara a lo largo del tiempo. La sincronía dentro de la diacronía le sonaba a fábula. Unas generaciones actúan de una manera porque no saben hacerlo de otra, claro. Como para comprender a los nuevos emigrantes. Bien, puede que el narrador vaya muy lejos. Serán los tiempos de crisis los que logren cribar las fuertes mentes de las débiles. Vuelvo a ir muy lejos, demasiado lejos. No hay por qué desear mal a nadie ni necesidad a ninguno, pero Jaime exigía mucho de la gente en los momentos decisivos y le hubiera regalado más de una vida a Susana, a Ana, a Pérez y hasta a su hermosa Elizabeth para saber hasta dónde podían llegar. Quizá en otras circunstancias no hubieran sido tan gráciles y condescendientes, tan impetuosas y amistosas. Quizá entonces se habría enamorado de todas ellas como esa noche hizo de otra manera. Jaime exigía mucho de la gente, forzando en demasía las situaciones. Ahora había aprendido a pensar en voz baja, pero de seguro

que su media naranja no estaría en este grupo de tres golfas, porque por mucha educación que tuvieran y dinero, sobre todo dinero, para él eran solo tres golfas. Y ser golfa no tiene porque ser una palabra pecaminosa como antaño, simplemente indica la flojedad de sus valores y de cómo se desmoronan fácilmente frente a cualquier imprevisto. La laxitud de las costumbres actuales es eso simplemente: flojedad. Pero ¿por qué esa flojedad? Ésta es más bien un efecto. Simplemente ahora ellas quieren hacer todo lo que hemos estando golfeando los hombres desde los nietos de Adán. ... Y estirando las neuronas: por eso las invasiones germánicas correspondientes terminarán fácilmente con el pueblo autóctono. *«Qué loco estoy, que loco y que cuerdo a la vez. Perdóname Señor -y encima me dirijo a Él, ¡jua, jua!- mi falta de humildad, pero mi cerebro no puede parar de pensar. ¡No, no!, dejemos vivir al mundo. No debe haber más guerras, solo entendimiento, pero con un poco más de fondo y misión, incluso hasta con algún pequeño sacrificio entre todas las nuevas relaciones universales, que incluyen, ¡como está!, las relaciones hombre y mujer de siempre.»* Ciertamente, Jaime había tomado más de una copa de más.

Antes de anidar cada uno en su tálamo, Pérez tuvo que proponer una penúltima experiencia.

- Vamos a ver al Santo Mateo.

- ¡Ay Pérez! -le dijo Ana-, puede ser genial, sería culminar la noche con ese tipo tan raro.

Jaime había oído hablar poco de él, pero se pudo aprovechar de la explicación que dirigió Pérez a Susana. Elisabeth se quedó también a la expectativa.

- ¿Que ya no hay santos? Va a ser la noche perfecta, con una escena que solo habría podido crear el gran Tolstoi en su novela. Jaime, tú enseguida encontrarás la relación. El Santo Mateo es un santo o un enfermo o un hombre, que de tan consciente de sus ideas, puede que esté demasiado por encima de nosotros. Aunque yo no quisiera estar tan loco como él, ¡ja, ja, ja! Vive en uno de los barrios ricos de Barcelona, como todos nosotros. Heredó muy pronto, porque sus padres murieron en un accidente de coche. Él era hijo único y a los doce años heredó unos miles de millones. Su tío mayor pasó a ser su tutor. Se benefició bastante de la herencia, pero no le engañó demasiado. Digamos que se portó hasta muy bien, que se cobró simplemente sus labores, y que por ese asunto de seguro que no irá al infierno. Con la situación económica bien encarrilada y asegurada de por vida por su tío, dispuso de todo el tiempo del mundo para no hacer nada y

sí darle mucho a la bola, que eso en determinadas circunstancias, que no son como las nuestras, es muy peligroso. Pronto fue tildado de loco, de demente, de alucinado, de que tomaba drogas. Pero ya está más que demostrado que ni bebe, si acaso alguna buena botella de vino, alguna cerveza se le ha visto por casa; pero jamás promueve espectáculos ni borracheras; tampoco tomas pastillas, ni cocaína ni ninguna otra guarrería. De mujeres -y se apretujó fuertemente sobre el cuello de Ana mientras metía la mano en la pechera de Susana al mismo tiempo- nada.

- Cuidado loco, que nos matamos.

- Morir así es morir elevadamente. Entonces la gente se preguntaba, los vecinos se preguntaban, sus conocidos, hasta su familia que le envidiaba por depositar la cruel naturaleza, en ese estúpido chaval, semejante fortuna, todos nos preguntábamos qué es lo que hacía en su eterno tiempo libre. Porque trabajar no trabajaba ¿para qué? Y hobbies no se le conocían ninguno. Otros pintan y escriben libros, aunque no sirvan después ni para publicarse ni tan siquiera para colgarse en cualquier pared de algún amigote despistado. Pues anda, habrá que ir a visitarle directamente, zanzar la situación de una vez por todas y medrar la curiosidad humana, pues cuando la curiosidad insiste, puede convertirse en uno de los principales azotes para el individuo. La curiosidad es como una mujer insatisfecha o engañada. Su venganza será de lo más irracional, es decir, terrible.

» Fue una tarde cuando unos antiguos amigos de colla fueron a verle y el resultado fue de los más inesperado. Les recibió sin ningún problema, pero cuando sepáis la historia completa sabréis por qué digo esto, pues otra persona se avergonzaría de sus actos. Él no, estaba ya en la fase en que había asumido su postura y con ella salió al mundo, les abrió la puerta y les ofreció su interior. ¿Cómo llamarle? Un anacoreta, un hermano de un monasterio más bien apartado. Un visionario. Daba igual. Estamos acostumbrados a clasificarlo todo desde el siglo XVI, pero dejémoslo en ese punto impreciso, porque él pertenecía a esa clase de gente que se aparta del mundo, que para ellos les resulta agresivo y pecaminoso. La psiquiatría hablaría de agorafobia, pero nuestra sociedad de mayorías llama enfermos a todos los que no se rigen por sus normas e ideas. ¡Cómo tú, Jaime!

Y fueron todo risas en el coche. Jaime no se molestó. Al contrario, su risa fue muda pero sincera, Pérez no lo dijo sin ninguna maldad y las verdades asumidas, más que alivio, predisponen a que todos hablemos francamente.

Pues ellos entraron con la curiosidad de las más famosas chafarderas. Sus hocicos husmeaban muebles, cuadros y rincones a donde no alcanzaba la vista por falta de luz. Mateo seguía sin ninguna preocupación hacia

delante, porque él no tenía por qué ocultar más que los secretos más íntimos, pero todo lo demás tenía que ser visto alguna vez. A decir verdad, la decoración era de lo más frugal, incluso pobre.

- No necesito cuadros Pérez, yo les conozco: ahí hay una buena enciclopedia de pintura. Son cerca de las doce, pero necesito dormir poco, pero tranquilos, quedaros unas horas. Con el jolgorio que armabais, enseguida he reconocido a Pérez.

- Gracias. ¡Ya!, pero te llenarían la visión unos buenos óleos.

- Bueno, hay algunos por ahí. También voy a los museos.

- Tienes dinero, no nos vengas con zarandajas.

- No grites tanto, que ya te escucho. El dinero que permite mi supervivencia está asegurado de por vida, el resto lo administro de una manera que igual después os cuento. Recordar que mi familia es grande, y que por mucho que os hayan dicho, yo ya les concedo más que bastante. Lo que ellos quisieran es todo y vender las casas nobles de nuestros antepasados. Como dicen que ya están muertos, ¡qué más da! Les contesto con la misma moneda: como ya están muertos, para que quieren todo otros que en pocas décadas también estarán bajo tierra o cuyas cenizas habrán caído sobre un vertedero municipal.

Como todos habíamos entrado con una maligna actitud, otra de las chicas comenzó a meterse con uno de los temas que más le horrorizaban: la comida. No comía nada de carne, pero nada obedecía a cuestiones dietéticas o a cualquier forma vegetariana. Simplemente no comía carne, porque no podía resistir que los animales fuesen sacrificados para después ser comidos sin ningún remordimiento. Si hubiese algún remordimiento nadie comería carne.

- Y ver esos pobres animales despedazados.

Hasta le costaba, le producía cierto pánico arrancar las cebollas, las raíces y hierbas malas de su pequeño huerto, el que había detrás de la casa y que le servía como centro de observación de algo que él denominaba magia, la de la naturaleza.

- Pero las hierbas, como tú muy bien has dicho, Mateo, también las hay malas y hay que exterminarlas.

- Es triste matar a quien nos hace daño. Algo debe de haber en la naturaleza de imperfecto. Pero creo que Dios todo lo ha dispuesto así para ver cómo reaccionamos nosotros. Como el tigre que mata a la gacela,

nosotros en un principio comenzamos a hacer lo mismo, pero mira, han pasado muchos años y no nos conformamos solo con alimentarnos, sino que es de tan buen gusto nuestro matar por placer o humillar a nuestro compañero de trabajo delante de nuestro jefe incluso. Demostramos así la ley de la selva que nosotros los europeos hemos llevado a esos bosques del trópico y del ecuador, porque de verdad, la ley de la selva dista mucho de la que creemos ver allí, en la misma selva. Aunque en cualquier lugar del globo ha habido guerras como hay y habrá por siempre. Somos asesinos en potencia.

- Pero esa ley, si es cruel la mayoría de las veces, es porque las especies penden de la pirámide para su supervivencia. Es más bien una ley natural.

- Sí, eso es lo que no me gusta de la naturaleza. Pero recordar que Dios nos prueba y que nosotros no tenemos por qué hacer lo que hacen los animales, los cuales, como has dicho, se comportan así solo de manera instintiva. Somos solamente nosotros los que matamos de manera racional.

Algunos comenzaban a murmurar, a reír y a disimular muy deficientemente, pero a Mateo eso no le preocupaba. ¿Por qué le iba a afectar, a hacer daño? Era una reacción lógica. Las personas aprenden con el tiempo y a los que están equivocados no hay que pagarles con la misma moneda, solía decir Mateo. Era un nuevo Sócrates, muy a su manera, era evidente.

- Pero en otros tiempos la humanidad se hubiese muerto de hambre.

- Queda disculpada entonces.

- Y seguir una dieta adecuada a base de solo plantas es carísimo hoy en día. Nosotros, los que tenemos dinero, nos lo podemos permitir, pero también, que aburrimiento de vida, comiendo siempre verde. ¿Por qué perder cientos de miles de sabores?

- Las plantas también sufren y los pobres son los primeros en quedar disculpados.

La gente íbamos replicando y preguntando y ya da igual decir quien hablaba y quien no, quien se correspondía con aquella frase y hasta quien con aquella otra sandez. Esa ventaja la tiene el cine.

- Podíamos emplear los compuestos minerales de forma adecuada para obtener nuestra comida, ¡vamos!, un laboratorio como el *Robby*, el robot de *Planeta Prohibido*.

- Hasta tienes gracia Mateo -le apuntó Jaime, muy bien sorprendido por la ocurrencia.

- ¿Por qué va a ser exclusiva de los que quieren reír sin tener ningún motivo para hacerlo?

- Vaya puntadita que nos has lanzado.

- No soy de piedra. Pero bueno, la realidad es que deberíamos ser un poco más cívicos con todo lo que nos rodea. No estoy nada contento con esta forma natural, me hubiese gustado que todos los seres vivos viviésemos por sí, como hermanos. Quizá no tendría ningún sentido científico, pero estoy harto de que los científicos se crean que solo existe una única posibilidad de hacer vida, la de aquella de la transformación de energía en materia y viceversa. Creo que en el paraíso las cosas funcionan de otra manera, a la manera de Dios y no de los hombres.

- Pero bueno, encima que Dios ha creado esa coyuntura que tú criticas, achacas a los hombres la culpa. Nosotros lo único que estamos haciendo es redescubrirla. Vas tú y le das la vuelta a la tortilla-. Íbamos teniendo cada vez más confianza con él, para poder tratarle más de cerca y serle más claros e incisivos sin ningún motivo ya de falaz educación.

- ¿Que nos prueba el hombre? No seáis tan parcos. Incluso hay científicos que admiten ya las formas mesiánicas, que estamos todos aquí, en este valle de lágrimas, para sufrir y echar una mano a nuestros amigos y hermanos. De esa forma saldrán los hombres adecuados que llenarán el paraíso por siempre. Un hombre bueno, que nace a priori, de por sí, ¿de qué sirve? Sería un ángel. Y los ángeles solo pertenecen al cielo. Antes hay que probar su entereza como en un laboratorio.

- ¡Vaya, la Tierra es un laboratorio de almas finalmente!

- Bueno, he usado este símil obsceno porque vosotros sois hijos del hoy. Yo hubiera utilizado algo más poético -y se permitió hasta una ligera carcajada. Hasta en sus pasiones era comedido-. Puede que un día el cambio sea más sencillo de lo que creemos y que alcancemos el cielo sin necesidad, siquiera, de dejar el planeta. Todo es cuestión de dimensiones.

- Otra teoría.

- Sí, otra teoría, pero yo no la vendo, no obligo a creer a pie juntillas en otra estupidez. Pero ¿a qué sería maravilloso? Bien, perdonar, que os voy a ofrecer algo, os tengo que ofrecer algo. ¡Vaya anfitrión! Soy tan solitario, que las mínimas normas sociales ya se me han olvidado. Pasar al salón, que os lo iluminaré. Realmente yo también tengo mis debilidades y aquí he dado algo de rienda suelta a mi espíritu barroco, a mi humanismo descontrolado.

Y al encenderse las luces, la paradoja nos volvió a inundar de nuevo. ¿Eran de esperar más sorpresas?

El escenario era elegante, pero nada recargado. Sus palabras sobre el barroco se debían a otros motivos. De la tenue mesa de mármol sobresalía un delicado jaspeado, meramente suficiente para que el blanco no agotara la vista. Las patas, salomónicas, al ser negras y finas, no obligaban a ideas descabelladas. Nada hacía imaginar cosas extrañas sobre megalomanías que a no sé donde conducen. Las estanterías abundaban en libros y revistas, en soportar una considerable discografía clásica, y por ellas mismas, no deberíamos destacar tampoco ideas extrañas. Eran los cuadros los que daban personalidad, cuadros comprados en galerías de arte que dulcificaban el ánimo, cuadros pintados por la mano del hombre y que mostraban también delicadas marinas, delicados paisajes, algo extraños, eso sí, porque todos tendían hacia algo ininteligible, hacia una bruma que intuía o quería pretender algo, pero que siempre, siempre se hacía intangible. Lo que destacaba, y en cierto modo causó extrañeza, fue la puesta, como un cuadro más, del cartel del western *Raíces Profundas*. “¿Qué pintaba eso allí?” -nunca mejor dicho. “¡Bah!, una película de vaqueros.” “Estaba loco, sí, loco y no tenía gusto finalmente, por mucho que nos habíamos esforzado.” Estos fueron nuestros comentarios en voz alta y baja, pero fue su respuesta la que nos encasilló a todos en nuestro justo lugar:

- ¿Pero habéis visto la película?

- No.

-Ya no me acuerdo.

- Normal, es de hace tantos años.

- Es injusto opinar sin haberla visto, pero sobre los que la habéis visto, he de deciros, que si no os ha penetrado, es que estáis hechos de plástico -y lo digo con el mayor cariño hacia vosotros-, por lo que para qué seguir con la explicación. Si un cuerpo no siente, si un alma plena de sentimientos siempre se hipoteca a la opinión general, nada podremos hacer. Ha sido una moda más considerar el western como género insulso y de plebeyos, y es precisamente en sus grandes clásicos donde podremos apreciar las mejores tragedias que desde Grecia se han dado. Pero cuando la gente piensa que solo son disparos y flechas los que trascienden de todas ellas, poco podemos hacer. Prosigamos con otras cosas, porque merecería vuestra aceptación un cambio en vuestra alma. Para que ella no se lleve un mal recuerdo mío, tomaremos algo, alcohol inclusive, porque aunque yo tome poco, no os voy a quitaros un gusto, y que no por el exceso de algunos muchos, tampoco tengamos que hipotecarnos todos los demás. Pero ayudemos, ayudemos a estos enfermos del alcohol excesivo, porque son nuestros hermanos.

La lección ya estaba dada y aunque algunos algo de más bebidos, idiotizados incluso por sus malignos efluvios, asimismo éramos, en el fondo, poco más que figuras artificiales; pero él prosiguió. Porque es de infelices, y en el fondo de seres inferiores, pasar, prescindir totalmente de explicaciones sobre los que así consideramos nosotros no tan evolucionados. Y eso es un simple progreso de la vida. Hay que darles tiempo a las personas o ayudarles para que su proceso sea menos lento. Así que no vengáis con segundas y terceras relaciones, sobre las que hacen mentes verdaderamente enfermas y asesinas, en el fondo racistas que utilizan cualquier magnitud como excusa. El que se siente que ha traspasado suficientes etapas, límites, secciones, o hasta alguna que otra dimensión, habrá sido todo verdad en su proceso cuando a los que están todavía tan lejos, subiendo aún el primer puerto, les tiende la mano, les lanza alguna sonrisa, les increpa incluso con cariño, les discute amigablemente, hace un equilibrio perfecto, de todo ese su cóctel, y al mismo tiempo que reconoce su también posible torpeza y excesiva verborrea, conseguir despuntar la esperanza y tranquilidad sobre todos los que sí de verdad son inferiores o menores o más jóvenes o enfermos por ahora. En el mundo nuestro de hoy, la inferioridad y la superioridad, que únicamente se basan en la belleza del dinero y en la de la mera forma, han hundido cualquier asunto verdaderamente artístico.

- Esta noche qué bien nos ha recibido Mateo. Él generalmente abre su monasterio, abre su casa a cualquier hora, como los antiguos albergues que al caminante le echaban la mano en lo que podían. Él con su palabra, con sus cócteles, con su mera presencia otorga un momento relajante que únicamente desaprovechan los simples. Todos atentos, estamos algo pedetes, controlaros lo que podáis y ser naturales, naturales. El truco es comportarse como realmente somos y sin perjuicios, acatar lo que el santo Mateo nos diga o nos espute. Y así lo hemos hecho. Qué bien hemos quedado.

- No esperaba esto de ti, Pérez -le espetó Jaime.

- ¿El qué?

- El que a veces no seas tan superficial como últimamente yo te he definido. Creo que te voy conociendo algo más, Pérez. De verdad, parece tener dos personalidades, pero la que yo deseo cuesta de imponerse. En el fondo crees en todo lo auténtico, en la palabra dada, pero como tu juego de dos barajas se debe al miedo de perder la fama alcanzada, dudas y te muestras como realmente no quisieras. La fama que te otorga el populacho es la más fácil de conseguir, porque es la única que se siente capaz de

atrapar ese mismo populacho, la fama de la televisión, de las cuatro chorradas bien dichas, de la buena presencia, del conocimiento pseudo-económico y de las prendas de vestir y de interior-. Y continuó -al populacho vayámosle de frente, ofreciéndole algo más elevado y artístico también. Así no lo radicalizaremos en la estupidez. De la trivialidad, de la frivolidad constante de nuestra sociedad tenemos culpa tanto los líderes intelectuales como las personas que nos leen; unos y otros nos hemos retroalimentado y así estamos ahora, editando y discutiendo después mayormente estupideces. Me refiero a los *best-sellers*, a los libros de los grandes premios y de temporada. De seguro que ese populacho deja de serlo, y sin realizar ningún gran cambio en su vida, cada uno de los que lo forman -porque de seguro que todo hombre y mujer tiene sus cosas más buenas-, con nuestra ayuda y si hacemos que mayormente se fijen en esas cosas mejores, más que nada, pronto el insulto se convertirá en pueblo de verdad. Y nosotros ya no seremos sus estúpidos pochinelis.

- ¡Eureka! Estás que te sales, Jaime. Pero ahora, prefiero dedicarme a alguien que está tan cerca de mí dentro de este coche.

- Pero tú no darás el paso definitivo -y seguía ironizando con él sin castigarle. Aquellos tiempos tan torpes ya pasaron.

- Es verdad, me gusta verme halagado por la masa, por todos, verme en los rótulos de los diarios, aunque es tan frágil la opinión de los susodichos. Yo creo que es una enfermedad, que meramente busca, como cuando niños, y sobre todo, más adolescentes, sobresalir en la clase, verse impreso en letras doradas y oírse por otros a todas horas. Sí, es una mera enfermedad, un trastorno de personalidad más, dicho claramente. ¡Qué pobreza de intelecto tengo!

- Muy bueno -y le dió Jaime una palmetada cariñosa en el hombro-. ¡Bah!, a veces solo se merecen eso. Pero continúa ganando dinero. Al menos, ya quedo más tranquilo contigo. Me has ayudado mucho a relativizar mis críticas. Cuando te crees en posesión de la verdad sale tu monstruo a rugir como una bestia. Sé que jugamos con todo, con la vida propia también y que este gran teatro del Mundo del Padre Feijoo vuelve a ofrecérsenos, una vez más, como vano. ¡Pero hay que aprovecharse! Yo te he censurado muchas veces de modo injustificado. ¡Yo, el perfecto! El superior, porque soy el más moral, el que se da cuenta de la farsa e intenta cambiarla. ¡Yo! Maldito hipócrita yo también.

- ¡Anda, anda! Jaime, que no he aprendido yo ni nada con tu cambio.

- Estos genios -comentó una de las mujeres.

- ¡Déjalos!, yo jamás les comprenderé. Sólo en la cama son como todos los hombres, y éstos, encima y debajo, tienen un punto más que me vuelven loca.

- ¡Ay, Mesalinas de siempre!
- Así os ponemos más a tono.

Y Pérez y Jaime intercambiaron unas miradas de conformismo y de verdadero entendimiento, en que se dijeron que lo único bueno que estas dos (ahora ya no eran tres; ya nos explicaremos muy pronto) tenían, eran los cuerpos de los que iban a gozar esta noche, y que no era poco importante.

- Pero Jaime, serás lo que seas, pero dejemos las cosas en claro-. Y la mirada de Pérez se hizo extraña y contundente-. Aquí el único hipócrita de verdad soy yo. Tú habrás tenido tus aciertos y tus desaciertos, habrás exagerado muchas veces, pero por fin has buscado la verdad con verdadero ahínco, con verdadera sinceridad. Yo tenía el conocimiento de ambos bandos, pero he optado por el peor a sabiendas. Y así estoy ahora. ¡Venga chicas!, que buena idea ha sido ver Mateo. Ahora Venus nos bendecirá a todos.

Y en su mente pensaba que no era justo comparar los dos momentos, ni pensar cuál de los dos era más deseado y gozoso, el de estar con Mateo o el de joder con las mujeres que les acompañaban. Podían ser las dos cosas. Lo que no podía ser era simplemente joder y pasar del momento con San Mateo; si acaso, después de ver al santo se hubiese contentado con solo masturbarse, pero de la otra opción ni hablar. Su cabeza, tendente muy de tanto en tanto a ciertas tonterías, y que en otros, por desgracia, se hace enfermedad, le hizo esta broma.

Cuando cada cual se dispuso a anidar con su compañero o compañera, resultó que las parejas Jaime-Elisabeth, Pérez-Ana tuvieron que coger sus respectivos taxis, porque la conductora, Susana, se había quedado a anidar con el santo. Será mejor llamarle desde ahora simplemente Mateo, para evitar ligerezas y extrañas configuraciones. No es que tenga que ser ningún problema en los tiempos actuales que corren, emplear esta estrategia, y máxime cuando no era ni santo ni hermano, ni ningún otro rango nombrado por humanos, pero nuestro respeto es máximo con las cosas que verdaderamente responden a la Fe y a los Santos. Resultó obvio y no; Jaime y Pérez parecieron quedarse estupefactos en un primer momento, pero la casuística les reveló una nueva enseñanza, y donde el maestro, una vez más, fue el (santo) Mateo. Susana comenzó a flirtear con Mateo porque

las tres quedaron ahora en que no iban a hacer ni dúos ni menos tríos. Y más habiéndose presentado una nueva ocasión con la que tener experiencias en esta vida. Explicamos: Susana sería la que intentaría seducir al santón, a pesar de ser ella la conductora y dueña del coche. Una vez obtenido el seguro éxito, Ana y Elisabeth se iría cada una con su pollo (estamos empleando palabras propias de ellas y del narrador, por lo que el resultado de este híbrido nos debiera exculpar no sé por qué justificación de culpa o no. Tengamos todas las posibilidades para quedar bien, todos los ases de la baraja y alguno bajo la manga asimismo). Mateo, a los ojos incrédulos de Jaime y del propio Pérez, siguió el juego hasta acercarse a aquellos niveles que incluso a los más atrevidos, a los que han iniciado el divertido juego, después acobarda por no haber esperado esos resultados. Susana le mesaba los cabellos, le besaba incluso en los labios como si de un pececillo se tratase, y no únicamente conformados con ese espectáculo, vieron que el santón, ¡que ya no lo era!, le iba poniendo la mano sobre las piernas que asomaban tan fácilmente desde su minifalda. Solo había pasado una hora cuando delante de todos se estaba dando un espectáculo insoportable porque no era el esperado. Haciendo honor a la verdad, aquello no era desde el punto de vista sincrónico nada inmoral. En cualquier reunión de colegiales enamorados se daban momentos venusianos mucho más desagradables. Ahí solo habían caricias y algún que otro beso en los labios. Además, durante los momentos previos y los paralelos, Mateo contestaba a las preguntas de sus invitados, comportándose el anfitrión como Pérez les había contado en el coche cuando se refería a aquella visita anterior con su colla. Aunque quedó mal Pérez con parte del argumento previo, cuando los acontecimientos se tornaron así, de esa manera también sensual. Pero fijémonos en algunas frases de los momentos álgidos.

- Pero... Susana, déjale, que se enfadará-. Llegó a apuntar primero Pérez, como era de esperar. Tenía que salvaguardar su honor momentáneo, de una noche, pero ¿el de quién? Ana y Elisabeth estaban, en cambio expectantes, con los ojos brillantes fuera de sus órbitas. Cuando las mujeres perversas juegan las mejores bazas en el amor, será mejor que abandonemos la partida y nos dejemos guiar por sus caminos libidinosos. Todos los resultados obtenidos no serán negativos.

- ¿Por qué ha de dejarlo? -dijo el santo o santón o Mateo o “*como cojones queramos llamarle*” diría Pérez-. ¿No es lo que quiere, tocar, besar? ¿Algo más, tal vez? Ella ha venido a jugar y dentro del juego las posibilidades son varias. Yo espero a ver qué ocurre, porque tampoco me molesta en estos momentos. Quizá hasta me apetezca.

- Pero eso no corresponde con tu carácter -siguió, insistió, fue pesado, Pérez.

- ¿El qué?

- El eso.

- El eso, el eso. Qué manera más vulgar de llamarle al amor y a sus derivados. ¿Y por qué? Porque la última vez os hablé de la hipocresía amorosa, de nuestra incontinencia en el consumo de cualquier cosa; en haber convertido hasta la propia diosa del amor en una mera comerciante. Mirad, tampoco soy de piedra. Mi ostracismo me acerca a los santos o a los miembros de cualquier hermandad religiosa católica, ortodoxa y ¿por qué no? de cualquier otra religión. Ellos juran cumplir sus reglas de pobreza y de celibato de por vida cuando hacen los últimos votos, pero es eso simplemente, juran, prometen. Después incumplirán o no, pero ahí no está el problema. Si uno de sus miembros transgrede, no por eso debe afectar a la sincera creencia de los feligreses. Se supone que sus reglas de disciplina interna actuarán, y si no, allá ellos. Cuando la comunidad toda incumpla, el proyecto desaparecerá, pero incluso en esos extrañísimos casos, eso no nos justifica para perder la fe. Es gracioso el mundo nuestro de hoy como el de ayer en esto. Frases como “no creo en Dios porque no creo en los curas”, “son unos vividores”, “vaya panda”, “siempre han tenido barriga”, “y se van cuando quieren con mujeres o con... hombres, hombres.” Y los hay pederastas y mentirosos y avaros, soberbios, ladrones y hasta asesinos. ¿Pero qué tienen que ver estos con la fe, con la creencia en algo superior y que todo lo ha formado? Si acaso, lo que necesitan estas almas perdidas es ayuda también, aunque hayan hecho mucho daño, porque la redención es la primera palabra de Jesús. ¡Seremos delincuentes! ¿No será que buscamos cualquier excusa para justificar nuestra propia actitud? Peor aún, la buscamos con ahínco porque lo único que queremos es eso, la vida padre sin los demás, y en el peor de los casos, a costa de los demás. Y encima las culpas al de siempre, al Gran Comodín. “*Todo ocurre porque Dios lo permite: los terremotos, el cáncer, el sida, las enfermedades mentales, el hambre (esto ya no nos afecta tanto; nos queda muy lejos), las guerras y revoluciones, el deshielo (pero todavía tardará, nos decimos, y a pisar a fondo el acelerador para que se nutra de petróleo y gas todo nuestro motor.*” Y nosotros, mayoría de instigadores, nos quedamos tan panchos. Hacemos la libertad que nos gusta, pero no la que intente paliar estas miserias, que muchas se han hecho para probarnos, y otras para intentar arreglarse, incluso, por el bien de todos. Peor ¡coño!, dejarme decir algún taco, que no por él mismo es pecado, dejarme tocar lo bueno que también ha hecho la madre naturaleza, como un melocotón succulento que recogemos del árbol, como esta pierna que sobresale desde esta escasa tela.

¿Pero chica, esto es una falda? Qué creéis, que no tengo mis necesidades también, aunque casi siempre las tenga que realizar a la manera de Onán.

- Encima, encima nos ha salido culto en esos temas también -tuvo que explotar Pérez.

- Me dejaréis a Susana, ¿no?

- Ellos no me tienen que dejar, soy yo la que se deja.

- Y ahí terminó esa historia con Mateo, que habíase prometido Pérez de otra manera. Dejemos al santón con su mero nombre de pila, porque quizá también nosotros nos sintamos, por fuerzas extrañas, impresionados. Todos tenemos nuestros prejuicios, aunque lo neguemos. Solo hay que hurgar y hurgar, cada vez más, con el corazón abierto y con verdaderas ganas de hacerlo.

- ¿Y por qué no? -les dijo Pérez, a todos, mientras buscaban un taxi.

- Es verdad, ¿por qué no? -le ayudó también Jaime-. Mientras, Ana y Elisabeth se gozaban de una nueva victoria de la mujer sobre el hombre, del deseo sobre las ideas preconcebidas, que no se sabía muy bien de donde les habían surgido esta noche. El deseo es un arma de la madre naturaleza contra la que no se puede luchar mucho, como tampoco se puede luchar contra el hambre o la excreción. Es el consabido tema de la ley natural y de todas las zarandajas de filosofía y ciencia básica de siempre-. Se ve que tampoco podremos luchar contra la guerra, la injusticia o la mentira y la envidia que corretea también por nuestro entorno editorial-. Estaba un poco dolido el machito éste de Pérez.

- Pero esos son impulsos meramente humanos; volvemos en cierta medida a lo mismo, a la libertad que se nos ha dado, al mal uso que hacemos de ella, a las mismas zarandajas, ahora también de teología y filosofía básica.

- Dejaros de monsergas y poner los pies en el suelo. Dejar de volar durante al menos dos horas, porque queremos mucha guerra esta noche.

Y Jaime y Pérez volvieron a mirarse como lo habían hecho al poco de entrar en casa de Mateo, con esa mirada que parecía acercarlos como nunca, como amigos que hubiesen sido toda la vida, porque ahora tenían entre manos un proyecto común (bueno, dos, con la jodienda de esta noche), la realización de aquel libro, que en perfecta y sincronizada dialéctica, tenía que producir, incluso en el público más vulgar, sorpresa y carcajada. Esa mirada trascendió después hacia sus muñecas y alzándose ambos de hombros se dijeron en silencio que tenían que estar ya por la labor, que las cosas eran así y que nada podía hacerse por engañar a esa terrible madre naturaleza, que ellos tampoco iban a hacer mucho por

impedirlo, sobre todo Jaime, que estaba en las vulgares ayunas hacía... Es igual, no nos importa nada del tiempo penitente, porque no estamos en uno de esos estúpidos concursos en que se nos han convertido, y hemos permitido, nuestra vida contemporánea.

Y Jaime comenzó a escribir el primer capítulo. A él le tocó iniciar esa nueva experiencia que no debía trascender, después de todas las pasadas diferencias, ninguna necesidad de venganza, como la de no buscar tampoco el incruento predominio. Lucharían ambos con gracia y profundidad de miras, con luminosidad y deseo mutuo por mejorarse. Volvían a ser jóvenes, si acaso mejor niños. Jugaban con la literatura para, dentro de su renovada amistad, ayudarse a conquistar nuevos objetivos. ¿No recordamos de pequeños haber tenido alguna amistad que creíamos que iba a durar eternamente, porque el momento era tan feliz que ninguna baja pasión tenía sentido para ocupar espacio alguno? Quizá fue durante algún verano. Quizá se nos quedó clavada la espina para siempre y en algún extraño sueño nocturno vuelve a resurgir, en diferentes formas, pero con parecido fondo. Así rememoraba la nueva relación con Pérez. Quizá era la mejor opción, porque de seguro que si se la replanteaban como hace meses, volverían a discutir y a dejarse llevar por sus respectivos y anodinos orgullos. Quizá Jaime comenzaría con bromar, pero en el fondo trascendería este nuevo aroma. Hacía semanas, meses que se empeñó Andrea, su sobrina, en dejarle (obligarle mejor dicho -¡mujeres!-) el mamotreto que Tino presentó a una editorial, y que como las consecuencias fueron las del silencio, ya no volvió a presentarse Tino jamás en otra ni con nuevos libros suyos, que a pesar de su matrimonio, iba hilando poco a poco, y más por los ánimos de su mujer. ¡Ay!, el amor, amor. Lo leyó Jaime. Había textos bastante interesantes, frases muy bien conseguidas, ideas soberbias en ocasiones y hasta poseía una estructura original, que todo renovado, modificado y bien acerado, habría conseguido publicarse y causar al menos efecto, que no posiblemente fama, porque cuando esta sociedad observa cosas demasiado elevadas o incomprensibles, o que dan con el dedo bastante a fondo en la llaga, se asusta, y obediente a su carácter mezquino, las rechaza. Es la excusa de la ignorancia. Pero Tino se empeñaba en seguir enamorado solo de Andrea, y en ocasiones ya resultaba, y todo, preocupante por su exacerbado estoicismo mono-sexual. Cuando todo se radicaliza, mal vamos. Pero fue convencido fácilmente por la misma serpiente de su sobrina y tampoco Tino, como ya se vio en el primer volumen, era un

Catón el Viejo. Era la característica que le definía enteramente: si las cosas eran razonablemente demoledoras «¿qué se va a discutir. Llévaselo y que haga lo que quiera.» Pues fue Jaime y le endosó en el primer capítulo una historia del mamotreto de Tino, retocada y bien arreglada, para observar la reacción de Pérez. No estaba tan lejos de la personalidad más sincera de Jaime, y que muy pocas veces ostentaba cara al público, sino que fue bajo los efectos del vino, su argumento y desarrollo finales. Y en esta etapa de retorno a la infancia, pues que encajaba perfectamente. Solo decir, que Tino ennegreció ciertas palabras supuestamente inventadas por él, variantes populares del habla de Soria, topónimos, música, etc. y que luego ordenaba y colocaba al final de la obra entre distintos apéndices, como si de un sub-libro se tratase. Tino le dijo que era otra forma de apreciar el carácter del escritor, aprovechando esos otros puntos de vista (prismas prefería llamarlos). Además, tenía otras manías, como poner en mayúsculas las dos eses de la LL. Y ahí vamos con la transcripción:

AMBIENTES GRISES DE SORIA

El gris en Soria (cap.) es el del ambiente lluvioso y gélido de las tormentas, de verano y el de **Los Santos** cuando iba a por **nícalos**; el del invierno, el de las tardes ya de plena primavera pero que te recuerdan muchas veces que estás en tierra fría. Y el de cualquier día posible de los que no acostumbro a estar por no vivir allá, pero que fáciles de imaginar me son, más en absoluto sin sentir su todo. Menos mal que ella, siempre ella por mí allá siente.

En su capital la soledad es fácil sentirla, pero es recomendable aún más ir a horas intempestivas, fuera de horarios de mercado, **vermús** y **copas**. En el momento oportuno nadie está a tu lado sobre las baldosas de piedra, entre las casas antiguas, populares, palacios, iglesias y conventos; nadie te entorpece ver a los **enfantasmados** en las ruinas. Pasea mi sueño, al tiempo, por medio de todos ellos. Camina tu corazón sin estar completamente tú. Todo se hace dulce no dejándote llevar en la búsqueda de ninguna anormal exigencia. Tú igual no lo entiendes. Suave viento que me viene de frente me cuenta leyendas, rumores, sentires del pueblo, canciones e historias, es decir, la vida.

Me imagino una leyenda como ésta:

Eran crueles tiempos en hace muchos siglos cuando las campanas de la iglesia tocaban miedo a los habitantes de la ciudad, anunciaban que la muerte caminaba por las sombras, que la maldad mandaba desde el monasterio, las iglesias y los palacios. La gente humilde trabajaba en el helor del terror **sinvivir**. Horror a ir solos por los caminos, por los encorvados de los ríos, entre los chopos y álamos, entre las vegas alzadas de duros perales y ciruelos, por los pasos naturales de las hierbas libres del campo. Podría ser que en cualquier instante apareciese el monstruo ininteligible e invisible que sólo los muertos yacentes vieron con sus ojos abiertos. Solamente el rumor le da forma y hasta un rostro difuminado. Las sombras de las calles, de cualquier esquina, del elegido porche y luego ya maldito para siempre, testifican con la sangre del muerto que la víctima, cualquiera debe ser.

Son ya 5 años desde que la muerte transparente corre y se vacía en los pueblos y caminos. Los amos de la comarca dominan al pueblo para explotarlo máximamente. No les basta con poseer muchas tierras, algún molino, las mejores vegas, el interés de lo mal que prestan. El que nació vive y morirá con lo puesto. Todos los vecinos deben acudir cada fin de semana, sábado por la mañana, a dar lo que cada cual conviene dar según las manos de la muerte. El que no llega al ras de la cuota de cada uno, llegará al nivel trabajando en los campos de los señores muertos, o/o si se opone, muerto es.

En la plaza mayor los señores negros están sobre un entablado de madera pintado en negro. Sus cabezas están totalmente cubiertas por capuchas. En sus blusas y pantalones nada destaca sobre el negro, ni un dorado, ni un plateado en los botones. Sus espadas y hachas son de un metal desconocido, oscuro, como toda la comarca desde hace 5 años. No sólo matan con su causa, lo hacen también para recordar que los humildes solo son piezas de trabajo y nada más, y así por lo tanto, su vida puede evadirse en cualquier momento de cualquier día. Quieren convertir en nuevos cerebros la mentalidad del pueblo que cada vez más olvida sus jornadas de fiesta, su ocio, el trabajar para vivir, y ya el amor y la tristeza no tienen el sentido de hacerse según los naturales acontecimientos. La existencia es el continuo dolor y temor. Desaparece del horizonte la perspectiva. Poco a poco los hombres y mujeres de esta tierra sólo tienen el terror continuado como camino. Esclavos de la magnitud. Poco tiempo ya resta para la última etapa. Los robots funcionan mejor.

Emilio es un hombre más del pueblo. Él llevó el sábado último su parte de trigo y cebada. El vino y la carne acompañarán muy bien las comidas de los señores negros. Pero presiente que hoy en la curva del risco que culmina el río del pueblo le espera algo informe. Se rumorea que son los mismos señores quienes matan, pero sin el antifaz, viéndoseles su verdadero vestido y su espantoso rostro que envenena inmediatamente la sangre. Esta tarde, faltando como cada día, por este lugar que camina Emilio, 1 hora para el anochecer, está muy gris amenazando lluvia, habiéndose callado el campo. Los árboles quietos, aunque corre el aire, oyéndose sólo el crepitar de las piedrecillas que pisa. Un cada vez más incisivo presentimiento le sube por todo el cuerpo enervándole sus fuerzas cada vez más. Ese doble humor le paraliza crecientemente por el terror que provoca. Hoy ya sabe que es el último día. Se lo dicen por sus sienes, por la espalda, por los brazos y piernas, las energías que le circulan en forma de temblores. Sabe que en cualquier momento el señor de la muerte se le aparecerá y él cada vez más pegado al suelo está. Quiere correr, pero es el terror el que le frena. Sabe que el rumor que se hace cada vez más fuerte, por delante suyo, a la izquierda de esta curva del camino a la derecha, le saldrá enseguida a su encuentro. Ya, ya, ya está ahí, inmediato, agudándole el bronco dolor de garganta que ya hace un rato tenía, clavándole en el suelo, alzante con la espada, el señor negro ya está en el camino avanzando hacia él. El miedo de verlo cada sábado en la plaza (bueno, será uno de ellos) es poco ahora. La agresividad y el horror maligno que despide contra él nada le explican del porqué las cosas son así desde hace 5 años. Blandiendo ya muy cerca su espada, Emilio se ahoga inmediatamente en el nada de las cosas. Su corazón pesa mucho. El silencio del lugar sólo es el pisar sordo, en rumor grave, de los pasos rapidísimos que da el guerrero frente a él. Un instante del mayor dolor de su vida siente Emilio. La clavícula y la parte superior izquierda de su cuerpo son en un tajo rasgados. Después da nuevos tajos el terror, quedando el cuerpo de Emilio en un amasijo de partes grandes todo ensangrentado. Será al día siguiente cuando un vecino de su pueblo lo encuentre, aterrado. Corriendo en delirante silencio, habla con gente del pueblo de que Emilio ha sido otro más. El habitual ver a los muertos no enterrados, ahorcados, despellejados los restos por los animales, el pronto ver un cráneo hundido encima del camino, en esta vez le producía al vecino más horror que nunca. El miedo y la tristeza siempre inundan la visión del macabro jardín que rodea el pueblo, pero en esta ocasión le ahogaban el alma.

El buen Emilio, el que de pequeño escapó 2 noches vagando por el campo con un burro, porque le pegó su padre, y todo el pueblo salió en su búsqueda. Exasperaban los pocos recuerdos que de vez en cuando reflataban en la mente de las personas, por el trato al que estaban reducidos. Cuando algún caminante despistado llegaba a las lindes de la comarca comenzaba a notar un nublor en su mente, que crecía hasta la ofuscación cuanto más se acercaba, la cual se hacía pánico al ver algún despojo humano, algún hombre con el vientre herido, atado con los pies a las manos y puesto a altura del suelo en una tapia. El retroceder era intimidado por la amenaza de algún secuaz negro que le indicaba su futuro vivir, obligándole para siempre a permanecer en alguna aldea próxima. Siempre existían vigilantes. Siempre y por todas partes encontraban a los huidos, matándoles y arrojándolos a las puertas de sus casas. Eran sobrenaturales, siempre conocían el lugar y el tiempo de las personas. Quienes se habían agrupado para entablarles combate, terminaban descuartizados en lo que era para los asesinos una simple escaramuza. Los presentimientos que producían al matar, intuían a la población que sus nunca vistos ojos gozaban con la espada. Hacía ya mucho tiempo que nadie se agrupaba y que nadie huía.

Una tarde, unos niños quisieron jugar al más allá llevados por su innata curiosidad, y decidieron acercarse al palacio donde vivían los más terribles de los señores, los que mandaban el tétrico horizonte. La gran casa estaba enclavada muy en las afueras, en el lejano gris del pueblo, al lado del **Duero** en una plana vega, rodeada en la orilla por pinos piñoneros, acostada de un huerto que era el terror vegetal de aquel mundo espeluznante. La tarde era el inicio de la muerte noche. El mediodía el de la muerte sin ningún recuerdo, una muerte soleada en la nada. La verja, la empalizada, la frontera de la mansión eran el subir del rumor presentimiento. El camino que conducía a ella estaba en un desvío a la derecha, en la actual carretera que lleva a la estación de trenes de **Berlanga**, en la penúltima recta. Los niños erizaban su bello, la piel, su cuerpo, su sentir conforme iban acercando su mirada, su deseo. Ya les quedaban pocos metros al desvío maldito, al desvío del que en cualquier momento podría salir algún inmortal. ¿Y por qué no de entre cualquier sitio? Eran etéreos del ambiente. El profundo malsentir general lo enraizaban con los 2 cuervos vigilantes, uno enfrente del otro, sobre las ramas de los olmos que representaban el testigo de entrada. Parecían estatuas, fijos al frente sin mirar a los intrusos: pero presintiendo. Los niños querían volver, pero su fuerza les introdujo por un margen del camino donde los arbustos les protegían. Arbustos, carrascas, avena loca,

cardos y plantel. La sombra era mayor allí, pues más olmos y chopos y pinos surcaban el rodeante bosque en torno a la casa. Pero la sombra era viviente y más oscura por sí, más tenebrosa para estar por ahí caminando unos niños ya infelices. Sus pálidos rostros quedaban rasgadamente inmóviles en repentines ocasiones al ruido inesperado ¿de la naturaleza ó de la maldad? El frío helor de la luz en la avanzada tarde, les invocaba lo terrible, aún sin forma ni sonido, aún inactivo. Cuando entre la nunca mejor llamada maleza empezaba a abrirse la visibilidad del mal deseado querido, de la tétrica vivienda mortuoria, cuando el caleidoscopio tomaba mayor volumen, forma y color, conjuntándose en una grandiosa puerta de entrada, ventanales de grandes marcos de colores oscuros y almacenes a sus lados, con esas piedras grises que alzaban el mal, cuando ese tejado les anunciaba que no era el de sus casas, comprendieron que la idea de ir a la casa de los negros señores ya no podía ser grande. Los ruidos, antes en embozados sonidos, ahora ya se oían claramente en lamentos y zumbidos indescriptibles. Sus corazones se enroscaron definitivamente cuando vieron que el camino a casa era sangre en color y en capa. La misma que en muchas de las piedras de la casa, en muchos chorrillos, recordaban las escenas de muerte, de ejecución, del también ilógico divertimento, del sordo sonreír.

¿De dónde vienen? Qué bello es estudiar la historia en casa, al aire libre. Pero el gris del porvenir seguirá al gris del futuro. Porvenir no, latencia. ¿No tenemos derecho a dejar nuestra viviente impronta? Nadie nos recordará. El viento llevaba en su ser el sentir del pueblo sin recuerdo. Sólo el tiempo. Yo por ejemplo, en ese instante de su existencia veo el sentido, pero el sentido de una historia. Después mi vida es vida. Ellos, sin embargo, sólo tienen el gris de la tristeza, no de las bellas tormentas.

Los niños agazapados entre un gran matorral, bien rodeados, observan su error. El grave dolor de garganta, tan habitual en la zona, les impide reaccionar. Ven el caminar de lo horrendo. 4 encapuchados realizan sus tareas. Yerran sus negros caballos, también de otro mundo como ellos. Sus ojos son rojos.

Más tarde, los 4 ya son jinetes y surcan ya el camino. Sábense solos entonces y tienen la obligación de ver más. Nunca debieron ir con vendas. Se asoman a un establo en el que solamente se distingue una luz de fondo. A ella van todos impulsados y pegados. Pero el ingente crujir, cada vez mayor, y el extraño gotear, se rebelan de repente en el enorme basante de la luz donde los informes restos de multitud de personas les

saludan. Los rostros ya tienen el terror en su naturaleza. Los gritos, las caídas, el huir general, despavoridos, hacen surgir del fondo derecho de la casa, pues ya están todos fuera, uno de aquellos señores del mal, corriendo rápidamente hacia ellos, enlairando una gran hacha. Un niño dice a los demás, por aquí, por el atajo, seguidme. Su velocidad aguanta la suficiente distancia de la muerte. Inundados de terror, sus cerebros van más rápidos que las piernas; éstas van solas en muchas zancadas. Las enganchadas en los arbustos dan igual, los rasguños no son pensados. El ruido grave de los pasos del terror aceleran sus corazones. Aquí ahora, girando de repente por un intrincado sendero, donde la vegetación se les alía, el gran monstruo tiene dificultades, y su rumor, cada vez más lejano, ya perdido, destensa los nervios. Llegan así hasta el pueblo, previamente haciendo algún comentario, siempre entrecortado por la fatiga y el pánico. En sus casas ya se juran nunca volver a salir de su aldea. Este hecho ya hace tiempo que acaeció. También han matado niños. Pero nunca matan por venganza de algo. Matan porque el programa es ese, amedrentar siempre.

Ya son 5 años y la tierra está ya a punto de rebelarse. Las raíces. Las historias. La cultura (*). Las fiestas. La vida ya no aguanta más. Tiene que ser la muerte la que venga en su ayuda.

Existe un cementerio, ya en desuso en el pueblo, cuyos muros tienen brechas, plantas que lo devastan, olvido. De él se dice que los muertos hablan, cuentan, asustan, avisan, viven desde la muerte. Las tumbas están entreabiertas, tumbadas por el movimiento del terreno, por la acción de la **interperie**, por el abandono. Bisabuelos, tatarabuelos y antiguos guerreros que defendían el castillo, antaño, de los enemigos, evaporan humos de colores muchas noches hacia las estrellas. Hasta alguno canta el **Ticking © de ELTON JOHN (1974)**, dicen por ahí. Una noche helada y bien estrellada el humo se intensificó como nunca, y un resplandor relampagueante, y cada vez más nítido, acompañó el movimiento de las tumbas y de la tierra. Salían esqueletos, se unían huesos del osario y de los descampados por el cementerio para formar nuevos esqueletos o acabarlos bien. De donde habían sacado sus espadas no se sabe, pero sus esqueléticos caballos ya estaban esperándoles.

(*) En su sentido rústico, así verdadero. El de siempre.

La marcha veloz la hicieron hacia la mansión de los negros señores. Sus cric cric eran su medio de comunicación. Las vacías miradas su señal.

La exterminación del mal y la liberación del bien sus objetivos. Sus tronantes galopadas helaron la comarca como nunca lo hicieron sus actuales amos. Ya en la senda de la casa gris abrumaron el ánimo dormido de los espeluznantes. Despertáronse raudamente sin que hiciese falta la señal de la guardia. Diosles tiempo justo a algunos para montar. El terror se les iba apoderando ahora de ellos. Presentían una fuerza muy superior. La noche era más negra brillante que nunca. La luna clara clara alumbraba eléctricamente las zonas de donde provenía la muerte. Los rumores de historias, de ejecución, de culpas se lanzaban, ahogando los espíritus negros. Los caballeros veían su final. Ya las refulgentes figuras estaban ahí. Como luciérnagas, en mil movimientos, venían en incontenible avance, ahora ya cantando versos ininteligibles pero comprensibles en horror, el horror de que el fin está cerca y es inevitable. La súplica, la defensa y el ataque fueron inútiles. La lucha era desigual, a la que ya estaban acostumbrados los señores negros. Sus cabezas rodaban, pero sufriendo antes el terror de ver esas formas superiores, de sentir estocadas en los propios cuerpos, largos minutos de intensísimo dolor, de verdadero castigo y de final ejecución y descuartización. El pisoteado de los caballos con fuerza, culminaban la justicia sobre los que habían masacrado, destruido, asustado, alterado la vida feliz de las gentes de paz. Caían rodando por las escaleras de la casa, sorprendidos en la real pesadilla, en plena acometida, en voraz persecución, encontrados en el más recóndito escondite, en ingenua defensa. Muertos al fin, sintiendo su mal, tras el antifaz.

LLegado el amanecer, ya eran cenizas la casa y los despojos, ya dispersos en lo que sería un futuro claro del bosque, donde más matorrales crecerían y ningún recuerdo existiría. Los jinetes volvieron a su lugar, y desperdigados en 1000 partes, volvían a ser el cementerio viejo. El cementerio del siempre recuerdo, donde las plantas crecen en plena libertad, donde el desorden obedece a la vida muerta de los que allí yacen. No quieren orden, no quieren más que las visitas curiosas de siempre. Entre rumores y numerosas versiones, el viejo cementerio siempre se le querrá como hasta ahora se le ha querido y como la libertad quiere que se le quiera.

Siempre serán el viento, la lluvia, los truenos y relámpagos, el discurrir de los ríos, el quieto estar de muchos momentos del campo, los animales, los monumentos, los que alguna vez paseando por los parajes de la comarca te cuenten esta leyenda, o parecida, u otra distinta, pero siempre sobre el bien y el mal, sobre la vida.

,

un rumor como éste:

De entre los árboles de esta arboleda junto al **Duero**, bajo el encapotado cielo, surge el viento buscando hacerse oír. También en los días soleados al lado de unos pinos y en una planicie de cereal, al lado de huertos. En las carreteras levemente sinuosas, suavemente el rumor del pasado sigue ahí. Ahora mayor, entre el gris de la arboleda y la clara tarde, la infancia está contenta al ver mi futuro realizado en la pasada comprensión. Los árboles siguen vivos y siguen ondeando al viento el significado de la vida. Siguen las lluvias informando a los niños.

Presentía en el Duero, presentía en el huerto. Los barbos nadaban. Fácilmente visibles en otras ocasiones, dormían profundos. Brillo metálico del puente de hierro que sostiene el ferrocarril, que lo afianza la historia. Vuelven a pasar bicicletas por la carretera. El presentimiento del rumor.

El rumor del pasado sigue actuando. El rumor de hoy para mí es el mismo. El rumor son las cosas vivas. Que de ellas vivimos. Que con ellas vivimos. Que las plantas silvestres del campo saludan al tiempo y yo a ellas y ellas a mí nos sentimos.

El rumor te informa de la vida. Sólo los estúpidos se hacen el sordo y lo destruyen.

,

un sentir como éste:

Un sentir es verte tan guapa entre el paisaje que imprimió mi ser y al que el amor le da el completo sentido.

,

unas canciones que me dijo mi abuela:

Las canciones me imaginan muchos colores, pero el recuerdo, aunque los conserve, es de color gris, tras muchos años. Es decir, el gris es de colores, es la base del sentimiento que ha formado la vida.

...

El gris es el color fácil del recuerdo, pero bien vivos están en mí todos los colores a pesar del pasado lejano. Creo ya seguro que le faltan colores al título del subcapítulo. Sólo la ausencia es gris, pero los momentos vividos tenían todos.



El día que yo nací
se hundió un cachito de cielo.
Hasta que yo no me muera
no se tapa ese **bujero**.

Desde mi ventana veo
la **carretera de Soria**
y con ella me consuelo
aunque no vea otra cosa.

Clara soy y clara me llamo,
siendo clara me enturbié,
por eso no digo ahora
de esta agua no beberé.

Pensamiento tu me matas
tú me traes a perder
tú me traes a la memoria
cosas que no pueden ser.

Suspiros que de mí salen
¿a dónde irán a parar?
Si van donde los envío
bien recibidos serán.

Virgen de Carrascosa

¡a qué tiempo hemos llegado!
que te ha traído Zangarriana
entre patatas y nabos.

Por alto que sea un pino
a la copa subiré,
si me caigo que me caiga
del suelo no pasaré.

Pajarito litolito
no te comas las cerezas,
que te tiraré un cantito
y te rompo la cabeza.

Todita la sal de Dios
en el baile está bailando.
El que no lo quiera creer
a la vista el desengaño.

El lucerillo está malo
y la luna llora llora,
y las estrellas del cielo
de luto se visten todas.

A la Virgen del Carmen
la han hecho un manto,
del color del cielo
azul y blanco.

De lo que ha sobrado
lan hecho al niño
pantalón y chaqueta
pa los domingos.

Como me eche en esta cama
me echaré en la sepultura.
A la hora de mi muerte
ampárame Virgen Pura.

En la esquina de la plaza
hay una piedra redonda,
donde encienden los cigarros
los mozos que van de ronda.

La mañana de San Juan
niña, no te he echado ramo,
la mañana de San Pedro
con claveles encarnados.

Al entrar en **Berlanga**
¿qué cantaremos?:
que preparen la cena
que ya **venemos**.

En la cama que tu duermes
ha nacido un arbolito,
con naranjas y limones
mira si será bonito.

Ángel de la Guarda
dulce compañía,
vela junto a mí
de noche y de día.
No me dejes sola
que me perdería. 🗝️

Estas canciones pueden describirse con los adjetivos concretos. No existe nada translúcido en su significado.

e

historias e Historia como éstas:

Las leyendas, rumores, sentires y canciones. Las historias en definitivas, el vivir diario del que se forman y forman a éste, precisan la personalidad de una gente, de un pueblo. La Historia ha cometido el pecado mortal de apartarse de la realidad, de contar a los hombres su trascender con lo que debemos ser, con una historia plana, sin carácter, explicando lo que debemos (¿a qué cura? -no de pequeño pueblo; ahí el problema-: siempre culpa), no lo que somos. La meta, no el medio. **LOCKE**, **SMITH** y **MARX** son lo mismo. La historia no cuenta la realidad sino la utopía. El presentismo de lo aburrido (¡encima!) aburrido.

Pocos historiadores, y así casi ningún político, calan en el pueblo. Es que claro ¿de dónde provenían **LOCKE**, **SMITH** y **MARX**?

Y tenemos que ser todos iguales de un mismo ejército. Yo no quiero ser igual, quiero ser yo y mi gente. La mía es la que más me gusta, es la mejor. No me la impongas y no te la impondré. Me aburrís.

Siempre confundiendo la velocidad con el tocino.

Querido amigo que retornas a la infancia. ¿No será que chocheas y vas pa viejo? Mira lo mío, y te ataca de salida:

Se aparece una visión y crees que es un fantasma.

Se aparece una idea nueva y crees que es del látigo moderno.

Se aparece tu asistente y crees que estás sonámbulo.

Se aparece tu propia imagen y dices: ¡desaparece!

¿No será, Jaime, que deberías desaparecer, durante una temporada, tú y no los demás?

-

Vuelvo a recordar a aquellos que fueron clásicos, a aquellos que fueron modelos de arte, gracia y costumbres. Me renuevo con aire fresco. ¿Será posible, Jaime, que pueda volver a ser joven, a creer en las cosas más sencillas y definitivas de la vida?

-

Ves una polilla y temes por tus ropas.
Ves los minúsculos comedores de papel y ahuyentas los malos espíritus.
Las cucarachas comienzan a frecuentar tu cocina y es el guarro de tu mayordomo el culpable.
Preocúpate un poco más de tus cosas también, porque el esclavo no podrá querer las cosas como las quiere el amo.

-

Chico golfo y con gustirrinín.
Chico que busca golfas.
Chicas golfas que tararean con tu flauta.
¡Eh! chico golfo, ten cuidado que no desafinen porque estés encantado en otros lares.

Menudo corte. Te has llevado el primer asalto mandrín. Epigramático me has salido, y con algo que ya no sigues, como das tu mismo a entender. Cuida, no obstante, de no abusar de las palabras con sentido *definitorio*, porque desfloran el antiguo arte vocablos tan pseudotécnicos. Marcial habría hablado de afeminamiento o idiocia en su lenguaje. Es mi opinión, evidentemente, uno que siempre ha sido moderno y que ahora se torna radical del pretérito.

Pero a pesar de todo, continúas llevándote el primer asalto. Debo retomar la delantera.

No me preocuparé, sin embargo, y escribiré lo primero que me plazca. Incluso, voy con tu estilo, sino epigramático, sí conciso.

Y me place decirte lo cabeza de chorlito que llegas a ser cuando nos invitas a tus cenas adornadas de espectáculos que tú mismo inventas.

Canta una amiga tuya una opereta que úsase en los campos de concentración.

Recita un diplodocus que no terminó paleontología. De ahí que su barriga no acaba de aprender a fosilizarse.

Nuestros oídos indigestan el estómago cuando no lo pueden hacer tus cenas en sí, las cuales, también en sí, son excelentes.

Pérez, preferimos una sencilla cena libre de aullidos y de danzarines que solo esperan mamar todo lo que no lleve alcohol, y no es que sea más bien líquido lo que ansían.

Las idas y venidas iban siendo muy agradables, porque el humor, y la cada vez mayor sinceridad, iban aflorando en este bis a bis literario. La franqueza es verdad que solo se contemplaba en las ganas de escribirse y contestarse; en la forma de picarse amigablemente y de cómo continuar narrando, con verdaderas ganas, todo lo que se les antojaba. Pero poco a poco, los compromisos de uno y otro, el largo tiempo que también iba transcurriendo, la merma de ideas, todo aquello que se dice de que el fin es común a cualquier naturaleza y sustancia; en definitiva, cuando no hay una verdadera fuerza ígnea que mueva las capas superiores, como máximo esperemos obtener un agradable relato o cuadro pictórico, un puro entretenimiento, apenas nocivo, pero jamás una obra maestra. Y he ahí que Antonio, el editor, quedó encantadísimo y las ventas de este invento no fueron nada desdeñables. No consiguió convencerles para que prosiguieran en la brecha con nuevas y diversas ideas y estructuras, pero es que cuando el fondo sincero no existe completamente, cuando la amistad no se puede permitir el gusto de decirle al otro lo que realmente piensa de él, y para ayudarlo, no para insultarlo, el fin es el resultado común. Sólo la muerte evita las relaciones y los efluvios verdaderos que los hombres reales tampoco desean. Cuando algo se frena, antes de que ella la siegue, es que de seguro que hemos puesto nosotros el freno porque algo no nos convence. Los epigramas y hasta las pequeñas narraciones de Jaime y Pérez no atendían a una puesta en claro de ideas más elevadas. Pérez era un maestro, un ser demasiado inteligente, porque había llegado a domeñar sus ideales en aras del beneficio y de la fama. Era capaz de escribir una sátira sobre cualquier político o artista para después encumbrar al degollado. Era el arte por el arte el de Pérez, un arte por el arte falso, ligero, pero su conocimiento atendía a esa rara habilidad que cada vez más artistas poseen en nuestro tiempo, capaz de disimular sus más profundos fantasmas en pos del conveniente derredor. Esa hábil esquizofrenia suya, que le hacía estar por encima del bien y del mal, es la que caracteriza al artista contemporáneo, postmoderno y grandilocuente, a la vez que se codea, entre

películas más que modernas, con otras musas, musos, ninfas y ninfos. ¿Ultras? Jaime pronto se cansó, él quería decir mucho más. Hace años sí que habría jugado con gusto a actuar desde el pedestal. Mejor dicho, él era el mismo pedestal. Todas las hormigas de dos piernas pululaban con sus sucios cuerpos e ideas, en su conciencia muy por debajo de él, para gusto y negocio de sus abdómenes. Que placer vivir de y a costa de semejante sumisa masa. Debe ser la ignorancia... Bueno, no empecemos. Jaime se cansó de no llamarle a las cosas por su nombre y de ver claramente que Pérez no había cambiado ni quería cambiar. Tenía el poder de hacerlo, pero ese estado de estar por encima del bien y del mal da seguridad hoy, pero para Jaime es erróneo. Ese estadio es simplemente dañino, es el diablo, el mal de nuevo, que se camufla con la dualidad Nietzscheana. Adam Smith exigía que el poder del estado hiciera la vista gorda cuando los burgueses abusaban de los obreros; si acaso, solo servía para reprimirlos con sus soldados. Por eso se le llama al estado poder ejecutivo. Para Jaime ya solo hay un ente superior, el bien, y esa fue la idea última que le escribió a Pérez antes de mandarle la esquila que cortó la relación literaria. Pérez le contestó con un despropósito de páginas y páginas, no exentas en ocasiones de gotas de humor, pero que tocado el barco, no pudo más que hundir todo su propio humor bajo las pobres entendederas de Jaime. Fue horrible leer aquellos veinte folios. ¡Intentaba explicarle, de nuevo, a Nietzsche desde un punto de vista moderno! Pérez se había puesto serio ahora y ello indicaba que no había entendido nada de la propuesta de Jaime. No podía hacer nada. Quizá el tiempo enseñe. ¡Pero cuándo va a sufrir Pérez! ¿Y el sufrimiento, por sí, meramente enseña? ¿Qué es lo que había sufrido él mismo, Jaime? Puede que la adolescencia defina todo. Él tuvo una muy particular. ¿O hay también una gran base genética? Y cuidado con la infancia freudiana. De este lío de causas, concausas, efectos y consecuencias siempre hablamos y nada con acierto sonsacamos. ¿No deberíamos volver a reducir los párrafos, después las estrofas y frases, para quedarnos, al poco, con cuatro palabras, con un solo verso? Marcial se dio pronto cuenta de ello y al pan le llamó pan, al vino vino y al asqueroso asqueroso. Por si acaso, reduzcamos, ¡cruel hipocresía!, terminemos, terminemos esta parrafada aquí.

El sonido del piano es penetrante, pero generalmente suave. Poco a poco va inundando el alma, porque lo que estamos escuchando son pasajes tranquilos de los grandes clásicos, de los genios del pasado. Jaime estaba absorto en su sillón y la vida, para muchos, había sido mucho peor. A veces

no le encontraba sentido a la misma. Quizá la monotonía de escribir y escribir montones de páginas, tras dejarle agotado, le devolvía un mundo completamente vacío. Debía ser el agotamiento de las neuronas, no otra cosa podía ser su explicación. Pero que le dijeran algo. Él tan bien sentado, con esa linda música de fondo, con ese ambiente tan bien nutrido y que exponían sus cuentas corrientes; con esa coartada hasta el fin de sus días y que representa una saneada economía. No debía tener ninguno de aquellos miedos, que de pequeño, le alumbraron en alguna ocasión. Tampoco la escasez la pudo comprender. De Tino le viene ahora el conocimiento. Según Andrea, él sí que padeció. ¿Y la escasez del afecto? No, tampoco podía quejarse tanto, si acaso cuando los compañeros de colegio le calentaban y le hacían sufrir, sufrir innecesariamente. Sus padres le amaban y él tanto a ellos, que por aquí no van los tiros. A este mundo nos viene el dolor, encima, de forma inexplicable casi siempre. Debe ser la profunda sensación que produce, la que nos evita aprender la mayoría de las veces. El maltratado continuará la cadena maltratando. ¡Bah! qué mundo más absurdo y aburrido. Compre, compre, compre y no valemos más que el peso del papel de nuestras cartillas. Hay que tener varias para que no nos pillemos los dedos. Y siempre pensando y pensando para morirnos y ¿después qué? Porque si de seguro hay juicio final, ninguno vamos a ir al cielo. Todos de cabeza al infierno para pudrirnos entre sus brasas, y no como el chiste, que allí solo hay fiesta y jarana. ¡No!, ahí habrán los peores campos de concentración, porque, padeciendo lo indecible, jamás morirás. ¡Bueno!, tampoco hay que odiar tanto con el futuro castigo. ¿Vale la pena? Si acaso, como un poco de sufrimiento, antes de darnos cuenta de nuestro error, para primero subir al purgatorio, y después, acabar en el cielo por fin. ¿Y por qué entonces nos hacemos tanto daño en vida unos a otros? ¡Claro!, porque nadie cree en nada. ¡Eso es! Yo hago y deshago y a ver quién me castiga. Y si... Malditos humanos de piel de estiércol. Y qué relucientes nuestros trajes en cualquier fiesta nocturna. Por eso buscamos tan ansiadamente el goce, ¡claro!, tan absurdamente la *acumulatio* en nuestras cartillas, porque después no va a venir nada, nada. Vivamos el momento. Pero como algo por casualidad sea cierto, nos vamos todos a acordar. Les echaremos la culpa a todos los curas y a las sociedades predecesoras. Nos lo tienen que dar todo hecho, porque nosotros somos entes superiores, somos hijos de la divinidad (cruel paradoja) y exigimos, por nada, el todo. Somos simple masa, menos que las masas referidas por Ortega, vulgares mentes que demandan sin merecer siquiera que nos miremos a nuestra propia cara. Todos arderemos finalmente y sea o no en el infierno, de seguro, que alguna banda de marcianos arrasará esta espantosa y horrible panacea de algunos. Adiós mentecatos, adiós absurdo,

adiós Pérez, adiós zorras, todas mías, adiós súper golfo de Jaime, adiós abominables hijos de Perseo y de sus ninfas *sine qua non*. Adiós a todos porque asco todos me dais por fingir lo que realmente deseáis. ¿Por qué no lo decís claramente y sobre la mesa exponéis que solo os gusta el dinero, el vicio y el puro egoísmo, lo fácil y ningún esfuerzo hacia el otro? ¡¡¡Vivan las residencias!!! “*Nadie me ha ayudado jamás.*” Cómo te iba a ayudar nadie, si tú no has ayudado nunca. Y los que lo han hecho, ¿cómo es que no habéis sabido transmitir el amor? Solo el trabajo, la pútrida labor que dona la existencia. “*No te fíes, hijo, de nadie. Tú tira siempre para ti, solo para ti y los tuyos.*” Ahí está el círculo vicioso y la paradoja de esta horrible y asquerosa vida. Esto es como una muy pesada broma, ¡Dios! Y todos a chafardear con la mirada, a olfatear, a enterarse y a imitar. La rueda gira y ¿cuándo será sobre vuestras cabezas? Malditos y maldito yo el primero. Dejémoslo, no vale la pena continuar. Yo debo castigarme antes que ninguno, pero como no puedo ni quiero sufrir, como soy un maldito cobarde, será mejor que termine con esta pantomima. Adiós. Al menos soy educado.

07/10/2002